



# EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 3 - 9 enero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 266

## GRANDES DE LA NOVELA A LAS PUERTAS DE 1954



FUERON LAS NAVIDADES Madrid, Castilla la Vieja, Cataluña, Galicia, Andalucía, Navarra y Valencia (Vea la página 2)



# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 3 - 9 enero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 266

**GRANDES DE  
LA NOVELA A  
LAS PUERTAS  
DE 1954**



**FUERON LAS NAVIDADES**  
Madrid, Castilla la Vieja,  
Aluña, Galicia, Andalu-  
Navarra y Valencia  
(Vea la página 2)



# 7 GRANDES DE LA NOVELA A LAS PUERTAS DE 1954

## PROA A LA NAVIDAD QUE SE FUE

Por  
Camilo JOSE CELA

I  
VINIENDO por la mar abajo  
—o por la mar arriba, por  
donde llegan las gaviotas, los ae-  
roplanos y los malos pensamien-  
tos—, el emigrante, de regreso a  
sus fieros, a sus entrañables y  
misteriosos lares carpetovetónicos,  
va pensando, quizá para espantar  
el miedo, en cosas vagas  
y cordiales, en detalles mínimos  
a los que hincha el recuerdo,  
en nimios sonreír, en lagrimitas  
de color naranja, en el pavo  
del festín familiar—pechugón  
como una dama de la conferencia—,  
en la nieve pintando los  
tejados, en el niño pobre a quien  
nutre la sebosa y anciana grima  
de la zambomba, en la niña rica  
que esperó la vacación para  
pasar las paperas: tan circunspecta  
ella, tan en su sitio siempre,  
tan presentable, sí, señor, tan  
presentable.

Porque la Navidad queda—que-  
daba—por la proa y con la Navi-  
dad, el emigrante, que es de na-  
tural ingenuo y decidor, esperaba  
la nieve que no quiso llegar—ella  
sabrá por qué—y ese sentirse  
atónito, infinito y triste para  
pasar, como quien no quiere la  
cosa, de puntillas y con la vista  
baja sobre el día de los Santos In-  
ocentes: esa atroz casquería que  
en España tomamos a chacota.

Y si en Bogotá se mojó (adiós,  
amigos de Techo: Víctor Emilio  
Jara, sota, caballo y rey del co-  
razón; viejísimo adolescente Os-  
car Delgado, caballero con la  
mano puesta en el pecho de la  
poesía; mozo de Arlanzón y em-  
bajador de Indias Alvaro Polanco,  
como te llaman por la latitud en  
que triunfaste; Pablo Rada vo-  
lador, gorrion, halcón, vencejo;  
Marino López Lucas, patriota, y  
que Dios te pague con creces la  
caridad de saberte mis novelas  
de memoria), y en Barranquilla  
se asó (adiós, negra Paulita Ja-  
ramillo, tiburón del bambuco, que  
me mordió una oreja en trance  
de recitar a fray Luis), y en Ber-  
mudas se aburrió (adiós, M. La-  
niel, que yo bien le dije que re-  
sistiese), ya en mitad de la mar  
le dió al barrunto de que Europa  
le había de recibir con el disfraz  
del tiempo, la blusa de Pierrot



El vendedor de zambombas va anunciando la Nochebuena con su ruidosa mercancía

con que diciembre se seca la na-  
riz.

Pero, no. Europa, esa vieja cacatúa que se está quedando hasta sin toro que la rapte, se vistió de rosa y malva—¡a la vejez, viruelas!—para recibir a la Navidad y al emigrante, cada uno en su buen orden, y fingió primavera a destiempo, según las severas y quebradizas normas de la menopausia. ¡Qué vergüenza!

### II

Con las carnes hechas a lo que caiga—y no caerán brevas, no, que caerán palos—, el emigrante, que no renuncia a nada, ve nieves adornando la Navidad que espera, la Navidad que vino a buscar desde tan lejos. Porque si cambia el joropo por el villancico—cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento—, por algo habrá de ser. Y si el calendario no tiene formalidad, allá él, y que con su pan se lo coma.

Madrid cumplió como debía y soltó los chorros de la nieve para recibir la

Navidad. Y lo hizo—¡válganos Santa Rita, Patrona de los imposibles!—tan elegante y tan señor, que ni la vimos.

### III

—Yo quiero tomar besugo y pavo; amoroso besugo, pavo cachondo.

—Tendrás besugo y pavo, ricura.

(Un ángel se escondió en la colección del «Blanco y Negro».)

—Y de postre turrón y mazapán, polvorones y peladillas, pasas de Málaga y frutas escarichadas.

—Tendrás lo que tú quieras, encanto.

(Un ángel se escapó por el lavabo.)

—Y para beber quiero sidra y anís: la sidra para el fiato y el anís para el gato



Los pavos criados para el sacrificio son también mensajeros de la Navidad

—¡Olé, las chatas! ¡Y quién le va a comprar a ella sidra y anís!

(Un ángel se posó, con dulzura, sobre una litografía que representaba a Lagartijo y al Empecinado tocando la guitarra, vaya usted a saber por qué, en la isla de Cuba.)

#### IV

Y la Navidad pasó. Al emigrante, la Navidad le recuerda a su colega Charles Dickens, famoso novelista inglés del siglo XIX y autor de varias obras aptas para personas formales.

#### V

Envío.

Señor don Juan Aparicio López:

Desengáñese usted y no sea terco. Cuente conmigo igual que ayer (anteayer era fácil) y observe que uno ve, pase lo que pase, la Navidad jugando a las cuatro esquinas, en torno al Niño Jesús, entre San José, Santa María, la mula del aliento y el buey del compasivo mirar. O entre el turrón, el pavo, la nieve y la zambomba.

Y uno va ya para viejo y con mal arreglo, mi señor don Juan.



Una curiosa colección de figuras de belén ataviadas con trajes populares salmantinos que se conserva en un convento de Salamanca

## EN CASTILLA SE CONSERVA VIVO EL SENTIDO PATRIARCAL DE LA FAMILIA

Por Miguel DELIBES

YA es petulancia pretender caracterizar la Navidad castellana. Yo estimo que esto de una Navidad u otra Navidad es una mera cuestión de matiz, y lo que en Castilla se hace en estos días se hace en Extremadura y, más o menos, se hace también en Calabria y se hace en Normandía. Si así no fuera, el cronista sufriría un vivo desencanto.

Castilla, como es de ley, construye las fiestas navideñas alrededor de la infancia. Tan es así, que el castellano que en estas fechas no acierta a convertirse en niño se siente naufrago y desplazado. Infancia quiere decir algarabía. La Navidad en Castilla tiene una manifestación externa especialmente ruidosa. Diríase que si la característica de la Semana Santa castellana es el recogimiento, la de la Navidad es la barahunda, con la particularidad de que aquélla se celebra en común y ésta en la intimidad de los hogares.

Es difícil hallar un común denominador a la Navidad castellana al margen de la algarabía. Y aun ésta responde a distintos motivos, supuesto que si la estridencia de la Nochebuena obedece a un impulso religioso y cordial, la de la Nochevieja responde a un signo de frivolidad y dispersión. La Nochebuena es fiesta hogareña; la Nochevieja, de plaza o plazuela. La fuerza centripeta de la Nochebuena es asombrosa en Castilla. Es la fecha en que reaparecen en la ciudad rostros que solamente asoman a ella de año en año. Si el sevillano nómada reserva su licencia para la feria, y el valenciano para las Fallas, el castellano lo hace para la Navidad. Las despedidas en Castilla nunca rebasan el límite de las Navidades inmediatas. Quebrantar esta costumbre constituye un doloroso in-

dicio de frialdad y desapego. Los ausentes regresan en esas fechas, cuando la cellisca azota los techos y los páramos. La llamada del calor hogareño—calor, literalmente hablando—no puede desoirle el castellano de pura cepa. Constituye una fuerte, inexorable atracción.

En Castilla se conserva vivo el sentido patriarcal de la familia. En torno al patriarca se sientan en la Nochebuena tres y hasta cuatro generaciones. Es curiosa la composición uniforme del refrigerio: Entrada de verduras—generalmente lombarda, coliflor, cardo y apio—; el besugo tradicional, asado al horno, con rodajas de limón; el pavo o el capón con guarnición de manzanas; escarola envuelta con granada y sopa de almendra.

La Nochebuena campesina ofrece pocas variantes. La única particularidad consiste en que la reunión se verifica en las grandes cocinas de campana o de trébede, con el vivo fuego acendrando la intimidad. Una imagen del Niño suele presidir la mesa. Concluida la cena, los campesinos se reúnen con sus amigos y parientes en las casas más confortables. Es el momento de la partida. Una partida excepcionalmente comedida y cordial. El campo castellano rinde culto a la baraja. A trancas y barrancas el dominó ha entrado en los pueblos grandes, pero no en los pequeños, donde se guarda una fidelidad conmovedora al mus y al tute subastado. Tal es la partida de los hombres en la Nochebuena. Excepcionalmente, las mujeres del campo componen esa noche una mesa de brisca que los hombres observan con indulgencia. La cellisca silbando fuera y la voz opaca de la campana de la parroquia, en la alta noche hacen más entrañable el ambiente de estas reuniones.

La costumbre de los «belenes» perdura en toda Castilla. La de las serenatas, en cambio, es privativa de los pueblos. Son serenatas improvisadas, a cargo de niños y muchachos que entonan villancicos de puerta en puerta, acompañándose de instrumentos elementales, como tapaderas de cazuelas, almireces y panderetas. También es muy usada en estos menesteres la zambomba, que en Castilla construyen taponando un puchero con la vejiga del cerdo o la membrana que recubre la manteca, que, a su vez, se atraviesa con una caña liviana. Los coros así improvisados recorren las casas del pueblo y piden audiencia para penetrar en las grandes cocinas donde, después de su actuación, son obsequiados con licores y dulces. En ocasiones, estos coros armonizan la misa del Gallo, solemnidad que en Castilla remata indefectiblemente la Nochebuena en pueblos y aldeas.



Los turrones se venden en plena calle. Es un rito español comerlos en estas fiestas

Ya dijo el cronista que la Nochevieja tiene otro carácter más frívolo. La misma entraña de Castilla, el campo, tan austero, ha aceptado la costumbre de comer las doce uvas con música de reloj de campanario. En las ciudades, esta costumbre va tomando un desagradable matiz carnavalesco. En los pueblos es aún pura e inefable. Es de notar que en esta ocasión, lo mismo que en las fiestas estivales, los pueblos de Castilla se apinan en torno a la torre parroquial. Estas torres suelen tener arriba un nido de cigüeña, una campana y un reloj. La campana, sincronizada con el reloj, señala el momento culminante de la fiesta. ¿Y el nido de cigüeña? El nido de cigüeña no pinta nada. El nido de cigüeña es un mero accidente decorativo que tiene su vigencia vital unos meses más tarde. Es de observar que la brillantez de las jornadas navideñas en los pueblos de Castilla, lo mismo que la de los festejos de la Virgen de Septiembre, va íntimamente enlazada a la abundancia de la cosecha y a la perspectiva de los sembrados. Pese a recientes conatos de industrialización, el campo sigue siendo en Castilla la fuente de todas las sonrisas.



Los niños se agrupan en torno al pesebre para cantar villancicos

La pureza navideña rebrota en la festividad de los Reyes. Algunas familias de rango tratan de introducir en Castilla la costumbre del árbol de Navidad. Afortunadamente, y en beneficio de la repoblación forestal, esta tendencia no ha tomado cuerpo. Ni San Nicolás, ni Santa Claus, ni Papá Noel pueden con Melchor, Gaspar y Baltasar. Las cabalgatas —ingenuas mascaradas de ingenuo fasto oriental— están cada vez más extendidas en Castilla. No ya las ciudades sino hasta los pueblos minúsculos organizan pintorescos desfiles con ocasión de la Epifanía en los que tres ciudadanos respetables encarnan a los reyes de Oriente. Estos desfiles concluyen con un reparto de juguetes entre los niños pobres en los salones de los Ayuntamientos. La fiesta resulta de una simpatía contagiosa y en ese día el intercambio de regalos entre chicos y grandes adquiere carácter de obligación moral. Son fechas de una especial euforia mercantil. La mujer castellana, de ordinario ordenada en sus gastos, echa a rodar con ocasión de los Reyes Magos el equilibrio de su administración.

Muy extendida está también en Castilla la tradición de la rosca de Reyes, cuyas entrañas ocultan una sorpresa. En torno al azar de la sorpresa se organizan fiestas, apuestas y discusiones familiares.

Algunos pueblos de Castilla organizan la festividad de los Reyes peculiares manifestaciones. Así, Cuéllar, villa de una vitalidad asombrosa, cuyo vecindario se lanza al campo con flautas, panderetas, almireces y cerros para dar la bienvenida a los regios visitantes. Todo ello no es sino un inocuo motivo de desfogueo vital, supuesto que el estruendoso cortejo no tiene siquiera la compensación de un simulacro. El Carrion de los Condes, en cambio, la caravana de los Reyes sigue a una estrella colgada de un alambre hasta la puerta de la iglesia. Una vez allí descabalgan y la estrella sigue su curso previsto hasta detenerse en el altar mayor, sobre el portal de Belén. Es el momento de la adoración, los Reyes se postran de hinojos y hacen sus oraciones.

Con ligeras variantes esta es la Navidad en Castilla Fechas, como hemos visto, de carácter cambiante, siquiera no falte nunca un agríndice sabor, como fondo de evocaciones y de nostalgias.

## LOS "PESEBRISTAS" DE CATALUÑA HAN ECHADO EL RESTO

Por Luis ROMERO

UN día, no se sabe exactamente cuál, nos damos cuenta de que ya estamos en período de Navidades. El aviso de que esto ha sucedido puede proceder de la feria de belenes que hemos visto al pasar por los alrededores de la catedral; puede relacionarse con la tarjeta que hemos recibido de ese amigo algo precipitado y que lleva escrita la palabra «Felicidades»; a veces se relaciona con el primer aguinaldo que nos pide alguien, más o menos disimuladamente, o con la cartulina de colores chillones en cuyo dorso con ripiosos y pediguños versos el vigilante, el sereno, el lechero o el basurero nos anuncian ingenuamente la proximidad de las fiestas. («Ya se acercan, ya se acercan —las Pascuas de Navidad; —los pavos sus rojas crestas —lucen hoy por la ciudad...») Algo ha sucedido, algo que durante algunos días pondrá sobre la ciudad su nota optimista, tierna y familiar. En los despachos, en las tiendas, en los lugares de trabajo, se empieza a hablar de la paga extraordinaria. Esa fabulosa paga extraordinaria, nunca suficiente para satisfacer todo aquello que, a lo largo de los meses, se necesitó y no pudo adquirirse. En los escaparates comienzan a aparecer las cestas, los turrónes, las botellas y, por último, los pavos y los capones. Las

calles, al anochecer, se llenan de gente; se diría que la población aumenta o que su área disminuye. Las participaciones de la Lotería están detrás de cada mostrador o en cada encrucijada familiar. Hay quien supone incluso que jugando una peseta pueden tocarle varios millones.

Los días anteriores a la Navidad debería hacer frío. Este año, sin embargo, no ha ocurrido así. Aunque para ser ordenancista y respetar el calendario en la medida de lo posible, el día 21 de diciembre la temperatura bajó sensiblemente.

La mañana del sorteo es importante; la tensión de la Lotería ha llegado a su máximo. En las Ramblas, especialmente, se congregan muchas personas ilusionadas o simplemente curiosas. Cientos de miradas se dirigen a unas pizarras; allí de pronto aparecerá un número, que llevará la fortuna a alguien —seguramente a un desconocido—, pero a alguien. Por las rendijas de toda la ciudad se escucha el sonsonete de los chicos que en Madrid salmodian números y premios. De pronto una emoción atraviesa los grupos. «¡El «gordo»!» (En catalán es femenino —«la grossa»—.) Y ese ente, casi humano, al aso-

marse por fin a las pizarras de las Ramblas permite que la tensión se relaje, y todos los espectadores, en la medida de su pequeña desilusión, se sienten, sin embargo, más descansados. Hay cientos de pequeños premios todavía... Los castillos de naipes se derrumban, pero hay que reconocer que nadie confiaba demasiado en las ilusiones que se basaban en la Lotería.

En estos días la gente va por la calle alegre, esperanzada, olvidándose, siquiera sea momentáneamente, de que estas Navidades también pasarán. Todos parecen más contentos, más comunicativos. A veces estanta la aglomeración, que se tropiezan dos personas cargadas con paquetes; entonces se miran con regocijada complicitad y se dicen cordialmente: «Usted perdone.»

\* \* \*

En la radio tocaban un villancico. Al cerrar la puerta del piso, la música se sigue escuchando por las escaleras. Es Nochebuena. La calle está llena de gente, la temperatura es amable. Por las Ramblas, por la calle de Pelayo, por la avenida de la puerta del Ángel, por Fernando y Boquería, apenas puede dar un paso. ¿A dónde va tanta gente? Este año, definitivamente, no hará frío. Mejor. El frío tiene una sugestión poética e intelectual sólo

asequible a los que viven en habitaciones con calefacción. Los escaparates derrochan su sugestión luminosa sobre las personas que se paran ante ellos; un niño aprieta las narices contra el cristal. Las mujeres van cargadas de paquetes. En la Rambla de Cataluña se venden los últimos pollos. El asfalto del paseo se ha llenado de paja campesina y los payeses, con trajes de pana y bufandas, ofrecen su mercancía. A la puerta de las tiendas, cajones con botellas de champán. Turrones de Jijona, de Alicante, de guirlache, de yema; hoy es imprescindible comprar turrones. Y las «neules», que tampoco pueden faltar en este día. En algún lugar de la ciudad venden pavos de Salamanca. Negros y rojos, han desfilado procesionalmente por las calles. En los mercados hay bandas de música para que todo resulte más alegre. «Bon Nadal y bona vigilia», nos ha dicho apresuradamente un amigo a quien hemos encontrado por la calle cargado de paquetes. Otra vez, por un altavoz, se escucha un villancico; es una vieja canción navideña que nos recuerda los años infantiles o tal vez nos recuerda vagamente algo que sucedió muchos años antes de nacer nosotros. Grupos de curiosos contemplan cómo los automovilistas hacen espléndidos regalos a los guardias de tráfico. Los «pessebristas» de Barcelona, este año como todos, han echado el resto, y en la Virreina se ha instalado incluso un belén surrealista. En alguna casa, los pequeños se extasían ante las estrellas de papel de plata, y un Niño Jesús toscamente modelado se diría que tirita junto al río de cristal. Sobre el río hay un puente de corcho, donde se cruzan un cazador con su escopeta y un cura con paraguas rojo que compraron en la feria de Santa Lucía. Es tarde, pero las calles siguen atestadas de público y las tiendas abiertas. La acera es estrecha y dos mujeres que se han parado a charlar interceptan el paso. «¡Ay! Señora Engracieta, no quiero detenerme porque vamos a ir a la misa del Gallo en el Colegio de la nena. Me marcho en seguida.» Y la enseña dos pollos que acaba de comprar en el mercado. Fusa un auto con gran alarde de claxon y una mujer llama a su hijo, que se ha soltado de la mano. Todavía se oye la voz de la mujer: «Si viera lo bonita que está la capilla de las monjas. Y hay un Niño Jesús que parece de verdad.»

Por la noche las estrellas están altas y claras. En una capillita cualquiera hay un Niño Jesús que parece talmente de verdad. En la catedral, bajo las altas bóvedas ojivales, los fieles sienten su propia y terrena insignificancia. En el Pino, en Belén, en Pompeya, en las pobres iglesias de las barriadas, las gentes oyen la misa de medianoche. Muchos son los que se han trasladado a Montserrat. En una iglesia está arrodillado entre sus hijos un hombre que no cree.

«Felices Pascuas», «Felices Navidades», se dicen unos a otros mientras regresan a sus casas sa-

tisfechos. De una taberna salen unos borrachos cantando al son de una zambomba: «Ande, ande, la marimorena...» Están lejos de su casa, de su familia. ¡Están solos!

\* \* \*

A las tres de la tarde las calles se han despoblado. Las avenidas, a lo ancho y a lo largo, están casi desiertas. Un hombre apresuradamente se dirige a su casa; se ha retrasado por ir a felicitar a unos familiares. Otra chica se ha distraído despidiéndose del novio y ahora busca un taxi. Pero los taxistas van desapareciendo de la calle, quieren celebrar también la Navidad. Por la mañana ha habido misas; en el tradicional partido internacional, el «Barsa» ha ganado al equipo austriaco, y los nadadores se han arrojado al agua fría del puerto para ganar la Copa de Navidad; también ha habido visitas de felicitación, paseos y aperitivos. Pero son las tres de la tarde y hoy es el día de Navidad. La ciudad dispersa, activa y despreocupada se ha recogido. La familia recupera hoy su vieja significación de clan, de colectividad cerrada y autárquica.

En una casa cualquiera del barrio antiguo, del Ensanche, o de las barriadas, una señora insiste: «¿Os fijasteis en el Niño Jesús de las monjas? Parecía de verdad...»



Las figuras del Misterio

## EN GALICIA

Por Vicente RISCO

NO existe diferencia notable en las fiestas de Navidad en Galicia con respecto a otras regiones de España. En lo que toca a la religión, nuestra especialidad, en el culto público, son los santos milagrosos, y en el íntimo, los difuntos. Sin embargo la Navidad da nombre al mes: en el calendario gallego, diciembre se llama el «mes de Natal», y la Nochebuena es ocasión solemne en que todas las familias procuran reunirse, viniendo algunas veces de muy lejos los que la componen.

Días antes empieza a notarse cierta impaciencia, cierto hormiguillo en la gente. Llegan forasteros y hay saludos en la calle y visitas en las casas. En las ciudades se llenan las calles antes de cenar y los escaparates exhiben «bodegones» de verdad, que todavía no se le ha ocurrido repre-



Artístico grupo de pastores en un gran nacimiento



El ángel despierta a los pastores



La huida a Egipto

sentar a ningún pintor; son la deslumbradora incitación de lo exótico a la gula tradicional, pecado inevitable de Navidad: boas de Toledo con ojos de azogue, pilas de cajas de turrón de Alicante y de Jijona, de higos y pasas de Málaga, de frutas escarchadas de Calahorra... Este año se destaca de un modo especial la pifia de América, dulcísima, perfumada, refrescante y con un deje de empalago y repugnancia al final. Lo decimos para probar que dominamos la fisiología del gusto... No faltan, aunque en menor es-

cala, los productos típicos del país. Entre los de este tiempo, predomina la almendra, finamente elaborada en Allariz, en Verín, en Trives. La almendra concentra todo el fuego del sol en ardentemente comprimidos, que, en preparaciones hechas con azúcar, y mejor con miel, podemos injerir con delicia del gusto y provecho de la economía fisiológica, en estas heladas noches del invierno. Tarta real y «dulce de baño», de Allariz, propio de esta fiesta, como la «fruta real», de la misma villa, que se remonta acaso a la Reina Doña Violante, y luego los bizcochos y tortas de Monforte de Lemos, los «boleardos» y «encomiendas» de Bayona de Miñor y otros muchos dulces conocidos o desconocidos, que se preparan en los mil rincones de esta tierra, que esconde tantas cosas inéditas.

En las ciudades, en las villas, en las aldeas, se reúnen las familias para la cena ritual. Todavía hay casas, en la ciudad misma, en que, con anticipación de varios días, se han dedicado a hacer dulces. De antes, de la época en que la de Nochebuena era «colación» y no cena, quedó en las aldeas, como plato obligado de esta noche, el bacalao guisado con patatas y un plato de verdura. Hoy, sin aquella limitación, y coincidiendo este tiempo con el de la matanza del cerdo, ello permite mayor variedad; pero los elementos fundamentales de la anatomía del marrano, la «cachucha», el «dación», la «soá», se reservan para el Carnaval.

La resistencia de los estómagos gallegos es, en todos los casos, ingente. Se injieren en esta noche, en volumen y peso, considerables cantidades de materia sólida, pero los líquidos la superan muchas veces: anda el jarro, en las aldeas, alrededor de la mesa, y al terminar viene el «resolio», el aguardiente de hierbas, el aguardiente de guindas, el aguardiente simple, el «licor café», el «aceite de anís». Se animan progresivamente y suelen acabar cantando la larga serie de historias, de sucesos, de cuentos, de alabanzas y de censuras con que cada uno ha contribuido.

Como la fiesta es de familia, se ha recordado a los difuntos... Se cuenta con ellos muy especialmente esta noche. No se harán visibles, pero probablemente vendrán a calentarse en el fuego del hogar, alrededor de la «lareira», allí, cerca de sus hijos y de sus nietos... Sería conveniente ponerles plato en la mesa...

En montañas que todavía no han asaltado la electricidad y los automóviles, ponen en el fuego el tizón de Navidad, que debe durar hasta el otro año. Viena de tiempos anteriores a San Martín Dumense, debelador de las supersticiones de Galicia, o de otros usos que le parecieron paganos. Libra del rayo y del granizo, y sus cenizas curan las enfermedades del ganado y las calenturas de los cristianos... «Cristiano», para los gallegos, equivale a ser humano, como si no concibieran que un hombre pueda ser otra cosa. Hubo quien creyó que el tizón de Navidad tiene relación con el culto pagano de Mithra; pero, en realidad, sus virtudes le vienen de la Virgen y de los ángeles, que andan esta noche entre los mortales. Tampoco se ve, pero la Virgen Santísima viene también a calentar los pañales del Niño Jesús. En esta noche prodigiosa el cielo se acerca a nosotros porque en ella el Hijo de Dios se manifestó al mundo unido a la naturaleza humana. Nosotros no lo vemos, pero es indudable que sentimos algo extraordinario alrededor de nosotros: la estela del milagro.

Y como a quienes se hizo presente el Hijo de Dios aquella noche fué a los humildes, a los pastores, no es extraño que sea en las aldeas, y especialmente en las aldeas de Galicia—que acaso sean, o hayan sido al menos, las aldeas más aldeas de la cristiandad—donde más se haga sentir esa presencia del misterio.

Por eso aquí nacieron o fueron inspirados los villancicos que, desde el siglo XVI, se extendieron por todas las titras de España. Hoy se canta, en versión rural castellana, el que narra en metro popular el suceso del Nacimiento:

«Caminando va José,  
caminando va María...»,

con la petición ultracorrecta que hacen al llegar a Belén:

«Abre las puertas, puertero,  
puertero de puertería»,

y la cortés respuesta del «puertero»:

«¿Cómo os he de abrir, Señora,  
si las llaves no tenía?»,

cantado con música de un primitivismo que sólo oyéndolo se puede apreciar en su sabor.

Se cantan hoy poco los villancicos populares en esta noche. Algunos párrocos, algunos colegios religiosos, algunos grupos del Frente de Juventudes y de la Sección Femenina han restaurado viejas tonadas y romances navideños del país. Otros han rebuscado los que se ofrecen, por ejemplo, en una tienda de música. Los cantos de más enraizada tra-

dición son los de «Ani Novo», que cantan los chiquillos por las casas pidiendo el aguinaldo en la tarde del 31 de diciembre.

«Ano Novo, Ano Novo,  
Ano Novo velo ehí ven,  
veña polo noso ben,  
polo de vosté tamén»,

y los de «Reises», los días 5 y 6 de enero. Cantos de Reyes se conservan en inmenso número, en gallego y en castellano. Sus temas son el Nacimiento, la Adoración de los pastores y el episodio de los Reyes Magos.

Se tiene casi como obligatorio, especialmente en las aldeas, la asistencia a la misa del gallo. Como no es fácil que los hombres—y aún, a veces, las mujeres—se levanten serenos de la mesa después de la colación, y como hoy en todas las aldeas hay alguna taberna o tienda de esas en que se vende de todo, y que pueden ser visitadas toda la noche, de ahí que ocurran algunas cosas.

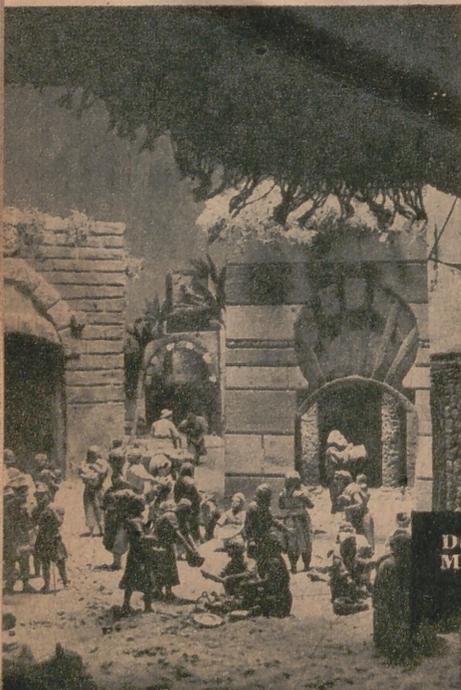
O sair da misa,  
da misa do galo,  
foi pra a casa chispo  
Xacobe do Pazo...»,

así comienza Lamas Carvajal una de sus poesías costumbristas... Antaño se gastaban bromas de mal gusto, y hasta irreverentes, en la misa del gallo; coser con cordel por la saya a dos o más mujeres, para que no se pudieran separar al levantarse; poner pintura en las puertas o en los bancos, para que se mancharan las manos y la cara... En las calles, el jolgorio, el paso de gaitas y rondallas, de grupos cantando a coro, las bromas y ocurrencias propias del humor gallego, duran hasta el alba. Que nuestro humor no se limita a la ironía y a la retranca es cosa conocida, aunque no divulgada; la alegría de los gallegos es, en las ocasiones propicias, ruidosa y desbordante. Y nunca mejor ocasión, incluso con un poco de licencia.

También es bueno el movimiento durante la Nochebuena, para hacer bien la digestión, en vista del yantar del día 25. El pavo es un lujo poco frecuente. Lo sustituye el capón, que se ceba y se cocina con verdadero refinamiento. Se repite la sopa borracha y los postres del día anterior. Como la vida en la aldea se ha elevado notablemente en la última década, los refinamientos de la ciudad y las golosinas exóticas se extienden cada día más, como se han extendido las gabardinas y la «permanente».

Los Nacimientos, que en otras partes llaman belenes o pesebres, son de uso ciudadano principalmente. Hoy se arman en muchísimas iglesias rurales. En otro tiempo, en el Colegio de la Enseñanza, de Santiago, donde se educaban las jóvenes de la nobleza gallega, y en algún otro colegio de monjas, representaban las niñas escenas del Nacimiento y de la Infancia de Jesús. Algo de esto se hace ahora también, incluso en funciones públicas en los teatros. Acaba de celebrarse una en Orense a beneficio de la Campaña de Navidad.

El Día de los Santos Inocentes es el consagrado a los «chascos» o «pegotas». Es costumbre antigua de los sastres, este día, o bien



Detalle del belén, realizado por M. de Mora para la Caja de Ahorros de Asturias, de Avilés

el último del año, enviar al más burro de sus aprendices a casa de un colega a buscar «a pedradas agujas»; llega el recadero junto al otro sastre y éste lo carga con el pedrusco más pesado que encuentra, para que lo lleve al maestro para afilar las agujas. Es broma que se repite todos los años y siempre hay un inocente que cae.

Una costumbre que parece haber desaparecido enteramente de las ciudades y que se conserva en las aldeas es la que en las primeras se llamaba los «estrechos» y en las segundas las «sortes». En la noche del 31 de diciembre, cuando termina «o Año Vello», en muchas aldeas se reúnen los mozos alrededor de una gran hoguera en el atrio de la iglesia. A veces se quema en esa hoguera el Año Viejo, representado por un monigote de paja... Pues si hay quien cree que todo tiempo pasado fué mejor, también hay quien lo condena al fuego. Los mozos de nuestras aldeas no son «pasatistas». Después echan en una gorra los nombres de todas las mozas del pueblo—sin que falte alguna vieja—y en otra los de los mozos, y los van sacando, para formar las parejas del año que entra. Por lo menos en la fiesta del día 1.º cada uno ha de bailar con la pareja que le tocó en suerte. Y al que le toque la vieja...

Los etnólogos quieren ver en esto un rito primitivo, y como cada uno ve lo que quiere ver, hasta llegan a demostrarlo. Sin duda las fiestas de Navidad han atraído aquí como en todas partes costumbres de muy diversas épocas, que perdieron su sentido original para adaptarse al calendario cristiano; pero éste se ha enraizado de tal modo en Galicia, que hasta dió nombre a los días y a los meses: mes de San Juan, mes de Santiago, mes de Santos, mes de Natal.

Y con esto hemos llegado al Año Nuevo.

## LA ALEGRE NOCHEBUENA ANDALUZA

LA Nochebuena es noche de Amor, de Amor con mayúscula, que se expande del corazón después de reventar en ternura de villancicos y en exultaciones incontinentes en las que se identifican nuestro pueblo y nuestros místicos. Las castañuelas y palillos suenan acompañando canciones en la misa del Gallo con la misma alegría que crotoraron en las manos de Santa Teresa de Jesús ante el Niño Dios. Por eso nuestra Nochebuena no tiritita en las esquinas ni se entristece en los umbrales como muchas veces ha pretendido la literatura, el sentimentalismo y la filantropía. La Nochebuena en Andalucía, no es tan «esquinada» y triste para el necesitado. El resplandor divino del ángel nos ilumina a todos como a las pobres terracotas de los nacimientos hogareños, y la resignación cristiana del humilde en esa noche, se trueca en alegría. Ella y el vibrar de las campanas echan a la gente de casa para desbordar calles y plazas en un trasiego de barrios hacia el centro de la ciudad. Son las de estas latitudes noches casi tibias com-



El fotógrafo Cortina ha conseguido este bello efecto en un moderno belén

Por Pedro ALVAREZ

padas con las nortefías, de estrellas furiosas en un cielo esclarecido por la helada. Aquí las estrellas son plácidas, parpadean con sumisión, no se tiran a uno avivadas por el frío. El naranjo de las aceras y la palmera en el remanso de las fuentes, el nopal de los desmontes, el algarrobo y el olivo del campo, ambientan la Nochebuena como ambientaron la de Navidad en Belén, para autentificar en el paisaje y la dulce temperatura un mismo ambiente: un mismo cielo e idéntico Amor. Aquí no se estilan la escarcha y la carambaniza, la zamarra con nieve y la puerta cerrada durante la misa del Gallo en la iglesia.

Los difusos sentimiento de tribu y de clan en los que se dilatan las familias que viven en una casa de vecinos, se polarizan en la Nochebuena a la intemperie, en el patio de la casa, en torno a la hoguera. Los pestiños con ajonjolí, los roscos de vino, la perrunas y el aguardiente al amor de

las llamas—calor por dentro y por fuera—son aglutinantes y estimulados para el baile y el júbilo que sube de la ciudad con estruendo y rumores para propagarse al cielo y dar envidia a los ángeles. El que bebió de más, al calor interno duerme en un rincón del patio, o deja aflorar, impelido por remota fuerza que todavía actúa sobre la sangre y el espíritu desde su origen romano—que lo moro no ha podido sofocar—el histriónico anhelo de tragedia o fiesta pagana, disfrazándose con tiznes y harapos, a pesar de las prohibiciones y multas señaladas para ellos. Y entre los vozarrones, destaca más el suave cántico que pasa a la calle por la celosía conventual en las armonías de un villancico acompañado con zambombas y palillos, un villancico que resuena en el patio del convento aquella noche abierto a los fieles para que oigan la misa del Gallo, mientras se espadafía la palmera vieja y el azahar da su olor como en el «Cantar de los Cantares» en este invierno mimoso, ilusionado de primavera y misticismo, entre naranjas y flores de Alejandría de los rosales que suben por los muros y columnas.

Vive la ciudad los días navideños, pero sobre todo la nochebuena, transida de «campesania». Hay una añoranza del campo que antes se volcó en la urbe en haces de madroñera y en puñados de musgo y helechos para soportar las abigarradas figuras de barro de los nacimientos, y que viene en oleadas de fe y transuntos de estable, del mismo Belén, con realismo que se patentiza en la liturgia y en los villancicos. Poco esfuerzo se precisa para ambientarnos y dar vida desde los puestos de venta y escaparates a esas terracotas quietas, en éxtasis ante el sostenido vuelo del ángel, o ante el pasmo infantil que chafa la nariz contra la luna de las tiendas o desorbita los ojos en el arrobo de la contemplación de un portal iluminado por la estrella. La proyección humana, real, de estas figuras se esparce por la ruralia, en la vida del trabajo, por el llano y la montaña, como un «nacimiento vivo», colocado por Dios en los días maravillosos de la creación.

La Nochebuena en el campo, la guitarra de Ramón Medina nos la podía relatar con el villancico de los piconeros. Piconeros que saltan de los picachos de la sierra a las cuerdas vibrantes que cantan su vida de humildad y trabajo. Negros, tiznados, deslumbrados por el fondo de cal de las paredes masticando copos de luz y papando resplandores con los ojos rechinantes como brasas en las cjeras cárdenas, bajan de la sierra los piconeros. Sonríe y silba el guitarrista para acompañarse en la guitarra, para singularizar, a fuerza de humor y armonía al más travieso. Se le ve caminar tras los borricos que portan el picón, sobre las bardas de una cerca. Ramón Medina lo hace pasar a la cuerda de la guitarra como equilibrista en el alambre. El piconero volatinerio, casi con chistera, como lo veía Lagartijo el Grande cuando se los llevaba por ahí para que le aplacaran nostalgias de la tierra: Al «Piliñdo» y al «Manano»—su compare «Rafaé—los va a llevar a la Corte—pa» que toreen con él. Como a buen cordobés, en «estratos de cultura y civilizaciones», el guitarrista hace al piconero, primero dionisiaco, después cristiano, nunca moro y, a medida que se acerca a la ciudad, franciscano, cuando las composturas y condimentos que salen en grato perfume de las tabernas y chimeneas le hacen sentir apetito y evoca la cena succulenta de la Nochebuena y sonríe socarrón, con el placer que experimentarán los borricos ante otra copiosa de paja y cebada: «Que esta noche es noche buena—noche de diversión—tú tendrás «pisebre» lleno—y yo pavo con arroz».

Y allá arriba, en la sierra, quedan los piconeros del chozo humildísimo, los que hacen cabecear al hermano Cándido, el de las ermitas de Belén, porque no se explica que una tierra tan rica como ésta, de unos pobres de tanta solemnidad, mientras relata cómo pasan todos ellos y los cortijeros en aquellas alturas la nochebuena en la iglesia de las ermitas, entre

cipreses erectos que enflan el cielo, conmovido sin duda en la alegría de la Vida sobre la tristeza de la Muerte—el nacimiento ingenuo sobre la calavera enjaulada y ejemplarizante—, de un «belén» que recoge en torno suyo a los campesinos de la contorna, que van al templo a cantar con los ermitaños que esa noche no se disciplinarán en la oscuridad del templo, porque es noche de júbilo y de reunión en la salica, en aquel cuarto como de rectoría pobre, con sillas de enea y gran jarrón de agua sobre el hule descascarillado de la estufa camilla, y la ventana al campo desde la que Córdoba se ve espléndidamente iluminada como para estar haciendo metáforas y metáforas con los arrebatos y nostalgias de un poeta arábigo andaluz enamorado de la ciudad.

## EN NAVARRA

### Plenitud de vida y de verdad

Por Manuel IRIBARREN

EN este año de gracia de 1953 el angelical mensaje que predijó y propagó el Nacimiento del Salvador de los hombres se ha dejado oír sobre las tierras creyentes del antiguo Reino pirenaico en plenitud de vida y de verdad. Navarra entera ha visto cumplirse las profecías en su seno y en estas veladas íntimas y solemnes se ha transformado en un inmenso Belén, con estrellas de Dios en las alturas, santa paz en los cerrazones y villancicos y plegarias fervientes en las iglesias y en los santuarios del hogar.

El pueblo gozoso—¡ésta sí que son fiestas del pueblo y para el pueblo, en la más sublime acepción de la palabra!—ha conmemorado el advenimiento del Mesías, fiel a sus tradicionales ritos, con cristianizado jolgorio pagano en apariencia porque sabe mucho de la panza y de la danza.

¡Qué litúrgico nos parece esto de actualizar, de perpetuar el Misterio de la Natividad con anacrónicos adoradores de arcilla! Y más aún con pastores y artesanos de carne y hueso, camino del portal de Belén, que es de hoy y de todos los días, las manos desbordantes de ricas ofrendas—sacrificios y buenos propósitos—y balbuciendo requiebros y súplicas con estribillo de zambomba y pandero.

Un preámbulo piadoso ha preparado y caldeado el ambiente: la campaña de Caridad organizada por la Junta Diocesana—importa decir y repetir que nunca se ha dado a los pobres tanto y tan bien como en la hora presente—y el concurso de villancicos de Acción Católica.

Durante todo el día trenes, autobuses y turismos particulares han volcado sobre la capital y sobre los pueblos y caseríos de la provincia la carga preciosa de los ausentes. El empadronamiento del amor, como dulce remembranza de aquel otro, promulgado por edicto de César Augusto, que sacó a María de Nazaret, en trance de ser Madre, acompañada de su casto Esposo («Y todos iban a empadronarse, cada cual a la ciudad de su stirpe». San Lucas, Cap. I, vers. 4) se repite año tras año en el altar de la familia cristiana que asienta su continuidad sobre las cálidas y humildes pajas del pesebre.

Durante toda la mañana la plaza del Mercado, mentidero del regateo y de la anécdota, ha sido insuficiente para contener a la multitud de vendedores y compradores que rebullía por los distintos puestos, hasta el punto de tener que regularse la circulación. Seguros de obtener pingües beneficios a costa de las pagas extraordinarias, los aldeanos de la cuenca nos han traído, para regalo del paladar, lo más sabroso de sus corrales y lo mejor de sus huertos.

Tiene la Nochebuena un escandaloso guirigay de quiquiriques que alborotan los patios de vecindad durante las dos o tres madrugadas que lo anteceden. El quiquiriquí de los gallos y pollos que se sacrifican en estos días—cada hogar es un ara—suenan no a estridente grito de despedida, sino a himno de triunfo. ¡Qué mayor gloria, para una pobre avecilla, que honrar con su muerte al Creador y Dispensador de la vida eterna!

### GASTRONOMIA Y ESTADÍSTICA

No hace muchos años, antes de suprimirse la vigilia de Nochebuena, se colacionaba en los hogares. Denominábase colación al conjunto de turrones, mazapanes y frutas secas con que las confiterías, chocolaterías y tiendas de ultramarinos obsequiaban a sus parroquianos.

Aún percibo el olor de las manzanas papandojas de Huarte—las más aromáticas y sabrosas del mundo—despidiendo cráteres de almíbar junto al fuego, y me parece oír la jubilosa traca de las castañas, al reventar dentro del tamboril que hacíamos girar con férreos ruidos sobre las brasas del leño trashoguero. El besugo asado era uno de los platos de rigor y el Jerez, el vino rancio y el anís rociaban los postres, por lo común, con prestigio de ambrosias.

Pero se ha perdido la antigua sobriedad y por otra parte el nivel de la vida española ha subido considerablemente en los últimos años. Quizá las mesas de los richachones, que eran los menos, no se sirvan con la dispendiosa opulencia de antaño. Pero la despena de los pobres, que son los más, y la de la llamada clase media sobre todo, está mucho mejor surtida.

Pamplona, que disfruta de visible bienestar, como casi todo el

resto de Navarra, es una de las ciudades más caras de la Península. Ojo a los precios que han regido estos días en la plaza del Mercado.

Cordero sin partir, a 32 pesetas el kilo. Pavos, de 125 a 160 pesetas la pieza (el pavo, como manjar, no es muy estimado entre nosotros). La pareja de pollos a 140 pesetas y la de capones, con cuya grasa disuelta en leche con canela y azúcar se hace la típica sopacana del día de Pascua, a cincuenta, sesenta y hasta setenta duros.

En cuanto al pescado, la merluza se ha vendido a 40 pesetas kilo, el congrio a 20, el besugo a 16, los calamares a 24 y las anguillas a 315!

Aunque los números cantan y no en tono fascinador para la mayoría, huelga decir que de todo ello se han consumido enormes cantidades, amén de los clásicos turrone, y que los escaparates se vacían como por arte de birlibirloque.

### EL TIEMPO Y LAS MISAS DE GALLO

La Navidad reclama nieves sentimentales y cuentos de huérfanos pobres. Pero las nieves no han aparecido ni siquiera en las altas cumbres vecinas. Y los huérfanos se hallan por fortuna recogido y bien atendidos, como los ancianos, en los centros benéficos que la caridad navarra sostiene con esplendor.

No ha sido esta Nochebuena excesivamente bulliciosa, no obstante disfrutar en toda la región una temperatura bonacible. Menos jaleo báquico en las calles y más recogimiento que otros años.

Mucha concurrencia en los templos aunque no fueron pocos los que se quedaron en sus casas para oír devotamente la misa radiada desde el Vaticano y el emocionante mensaje de las campanas de Roma que, en esta bendita noche, voltean para todos los rincones del mundo, pregonando el gozo unánime de la Cristianidad.

Con las primeras horas de la madrugada oía el campo a musgo verde. Algunas ventanas y balcones permanecían con luz. En el aire, guifos de estrellas y ángeles músicos y sonrisas infantiles. Ha refrescado—término impropio de la estación—y el relente empañará los cristales al amanecer. Las lincitpias paradas, los cafés cerrados, los teléfonos mudos.

El Niño Dios ha nacido y en esta tierra cristiana donde no escasean los hombres de buena voluntad, una paz de bendición fecunda los campos de la Montaña a la Ribera, como el más apetecible don del cielo.

### 25 DE DICIEMBRE

Siempre me ha chocado la pereza lenta con que el día de Navidad despierta a la vida en las ciudades y en los pueblos. El trasnocho colectivo retrasa sensiblemente el ajeteo urbano.

Por no perder la costumbre, ha



Los puestos de figuras para belenes, en plena calle, ayudan a conservar la tradición española y cristiana de los nacimientos

amanecido tarde. Hasta muy entrada la mañana, Pamplona envuelta en niebla nada londinense, auténticamente española, no se ha despezado del todo. Al filo del mediodía la niebla se dispó y un sol de domingo otoñal ha echado la gente a la calle.

Animación y rostros risueños, a todas horas y en todas las esquinas. Caras de Pascua, como es obligado por doquier. En las casas han continuado los ágapes, sin agapetas, y las reuniones familiares. Las jornadas han transcurrido tranquilamente, venturosamente. Y en esta comedia apacible sin nudo ni desenlace, en este recoleto auto sacramental to-

dos hemos representado nuestro papel como magníficos actores.

Cines, teatro, frontón, fiestas de sociedad, cafés, bares, casinos, bailes y veladas en los centros recreativos, que de todo ha abundado, se han visto materialmente asaltados por el público. Pero esto corresponde ya al aspecto profano del día y es tema gacetero que no me incumbe y que los periódicos registrarán para dar testimonio de nuestras costumbres a las generaciones futuras.

Una Navidad sin historia es a de 1953 y por lo tanto una Navidad feliz. Que el Señor nos la depare igual en los años venideros.

## LA FERIA VALENCIANA DE NAVIDAD

### DOCE DE LA MAÑANA

EL carillón del Ayuntamiento ha dejado temblando en el frío aire decembrino su esquemática parodia de la marcha de la ciudad y los desocupados de siempre — desocupados de tercera—conversan al sol en los bancos de la plaza del Caudillo; que si la Lotería, que si Fulano llevaba parte en el número del «gordo», que si Mengano rechazó la que le ofrecían, que si el invierno se ha presentado de pronto... Siempre se presenta el invierno de pronto y siempre se hacen los mismos comentarios:

—Otros años por estas fechas...

Esta noche es Nochebuena. El guardia urbano que regula el tráfico en la esquina de la calle de las Barcas—«nuestro modesto Wall Street», piensa un cronista local—hace inventario, con una rápida ojeada, de los obsequios navideños que ha reunido: un cajón de botellas de champaña, otro de naranjas, tres botellines

### Por José OMBUENA

de cerveza, un cartón de «bisontes», una botella de anís, varias pastillas de turrón, un ramo de flores... Un compañero se le acerca y le dice:

—Al de la esquina de María Cristina le han dejado un perchero.

Ríen ambos. El tráfico se aglomera. Alborotan los claxons. Esta noche es Nochebuena.

### UNA DE LA TARDE

Alameda arriba, Alameda abajo, ahora agrada dar un paseo por la feria. Es una feria infantil, abigarrada y ruidosa. Hay casetas de tiro al blanco y de pim-pam-pum; puestos de baratijas y freidurías de churros; artefactos que revelan el porvenir a cambio de unas percas gordas y cochecitos que chocan con estallido de chispas y gritos. Campanas. Sirenas. Chilla un altavoz «La Ni-

ña de Fuego». El tibio sol se enciende furtivo en el ramaje de los árboles. La ciudad se asoma al cauce casi seco de su río. Humean las chimeneas de todas las casas. Al rato, la tregua del mediodía empieza a despoblar esta feria que renace en Valencia cada año cuando la Navidad se acerca: la feria de Navidad.

### TRES DE LA TARDE

En las inmediaciones del Mercado Central no se puede parar, tanto es el estruendo que mueven los vendedores de «carrancs» y zambombas, haciendo de mostraciones prácticas de los efectos de su mercancía. Abuelo y nieto se aproximan a uno de aquellos vendedores.

—¿Buena venta?—inquiere el anciano.

—Yo no puedo quejarme—replica entre sincero y cauteloso el de los «carrancs»—. Pero cada año se vende menos. La gente está por los regalos finos, los que pueden; y los que no pueden...

El anciano piensa con melancolía en el ocaso del tipismo que alegró su niñez. Tampoco ve ya a los castizos turroneros de Jijona que hacían su aparición por este tiempo, tocados con el pintoresco sombrero que les caracterizaba. Ahora los turrones y toda la infinita gama de los dulces que amenizan gastronómicamente las Navidades de los valencianos «lépols» se adquieren en establecimientos rutilantes de espejos, mármoles, níqueles y acaso, acaso muebles de reminiscencias isabelinas.

### CINCO DE LA TARDE

A las cinco de la tarde entra doña Manuela en la plaza del Mercado. Esta doña Manuela está unida por un lejano e impreciso parentesco con aquella otra doña Manuela que irrumpe en la primera página de «Arroz y tartana», dispuesta a hacer la compra de la Nochebuena. La doña Manuela de ahora ha leído la novela de Blasco Ibáñez, y se complace en recordar su descripción de aquel mercado «fin de siglo»: aquel mercado alborotado y revuelto, con mucho de opulento zoco, y sus toldos recosidos y morenos tendidos sobre el trajín de la gente.

Doña Manuela penetra en el

Mercado Central, todo él de un calculado funcionalismo. La explosión rabelesiana que inunda el primer capítulo de «Arroz y tartana» resulta ahora más ordenada y sistemática. Allí están, sin embargo, como todos los años, las barrocas cataratas de embutidos, las apoteosis frutales y los grandes grupos de aves que con su actitud resignada llevan hasta la ciudad una bocanada de aire campestre.

### SIETE DE LA TARDE

Hierven las calles de vehículos y viandantes. El cronista observa:

—En Valencia, y tanto en la ciudad como en los pueblos, la celebración de la Nochebuena es muy escueta e íntima. La reunión familiar suele demorarse hasta el mediodía siguiente, esto es, hasta la comida de Navidad. Descarto, naturalmente, la universal misa del gallo, que aquí, como en todas partes, colma de fieles los templos. El mismo folklore navideño es aquí muy exiguo y está muy escondido. Y, sin embargo, hay no sé qué en el ambiente que está pregonando la entrañable emoción de la gran fiesta.

Un coro de mozalbetes voceaba ante la puerta de un comercio solicitando el aguinaldo. Cantan con acompañamiento de «carrancs» y zambombas:

Esta nit fa bona nit  
i demà farà bon sol...»

«Esta noche hace buena noche, y mañana hará buen sol...» En su segunda mitad, la copla toma un sesgo intranscriptible.

### NUEVE DE LA NOCHE

En la espera de la cena, el señor Querol da los últimos toques al nacimiento. Está reunida toda la familia Querol: tres generaciones. El señor Querol es un funcionario distinguido que alterna los libros cuajados de cifras con las cuartillas repletas de versos: es poeta. El nacimiento está instalado en un rincón de la salita de estar—en las modernas casitas mesocráticas no hay salones—, y es como los de siempre: reyes, pajes y pastores de barro pintarrajeado, montañas de corcho, vegetación de musgo y río de cristal azogado. Sobre la gru-

ta fulge—papel de estaño—la estrella portentosa. Como siempre. Como cuando otro valenciano, también funcionario, también poeta y apellidado también Querol—Vicente Wenceslao Querol—cantaba los encantos de la Nochebuena doméstica en versos estremecidos por una recóndita ternura:

La roja lumbre de los troncos  
del pequeño dormido en la mejilla  
que con tímido afán la madre besa  
y se refleja alegre en la vajilla  
de la dispuesta mesa.

¿No es, acaso, la Nochebuena la fiesta más inmutable del orbe?

### ONCE DE LA NOCHE

Campanas en la noche convocan para la misa del gallo. Hacen guiños en las calles los anuncios luminosos. Los fieles empiezan a afluir a los templos. Hace su aparición el primer borracho:

Esta noche es Nochebuena...

Los gallos, desvelados, dialogan de azotea a azotea. Las estrellas brillan muy altas en el cielo de diciembre. Los oficiantes se revisten con los blancos ornamentos. Preludia el órgano. En el coro, un niño ensaya en voz baja:

Et in terra pax hominibus...  
... Y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad.

### TRES DE LA MADRUGADA

El último borracho avanza haciendo eses por la calle solitaria. Con voz ronca y un vago acento andaluz grita:

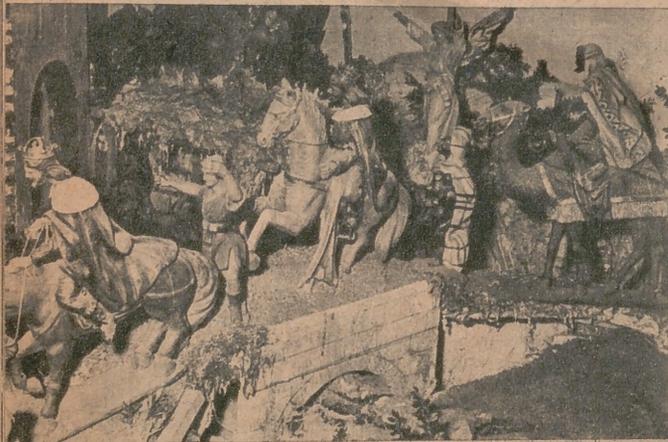
—¡Que ze mueran loz feo!...

El vigilante nocturno le sale al paso con tintineo de llaves y enérgicas conminaciones. El borracho—¡es Nochebuena, señor!—no se resiste:

—¡Está bien, está bien! Ya me voy... Pero que ze mueran loz feo...

Luego desaparece por la primera encrucijada.

Lentamente, silenciosamente, avanza la madrugada de la Navidad.



Los Reyes Magos, a galope en sus cabalgaduras, irrumpen jubilosamente en las fiestas de la Navidad



El fabricante de zambombas es un artesano modesto que hace su agosto en diciembre

# RAZONES DEL OPTIMISMO ESPAÑOL

**P**ODRIAMOS hacer un balance, realmente confor-  
tador, de los trescientos sesenta y cinco días  
del año que acaba de pasar. Preferimos, no obs-  
tante, encararnos con nuestro más inmediato fu-  
turo. Preferimos, con los pies bien clavados en la  
tierra, situarnos ante la tarea que ha de consti-  
tuir el tajo al que acudirá, hora tras hora, el es-  
fuerzo de la voluntad española, ya desde estos mo-  
mentos. Esta es, además, la actitud espiritual del  
pueblo español, orgulloso de su conducta pública  
y privada durante el año 1953, pero con la aten-  
ción y la preocupación puestas, sobre todo, en lo  
que ahora puede y debe hacerse. Indudablemente  
esto ya es un signo positivo que influirá muy enérgi-  
camente en la vida nacional.

Dentro de los horizontes que encuadran el «mundo hispanico» veremos cómo se estimula el afán y la colaboración de los veinte pueblos que lo integran en la consecución de aquellos instrumentos de relación y coordinación que hagan trascender lo específicamente afectivo y espiritual a los problemas de naturaleza jurídica, económica y política.

Es cierto que el paisaje internacional continúa excesivamente enmarañado y que la carga explosiva enterrada en sus senos no ha disminuido. Ciertos pueblos de Occidente siguen sin encontrar su sitio y la orientación necesaria. Su política, lógicamente, resulta harto mutable y circunstancial. Viven al día y no dominan los hechos, sino al contrario. No pueden, por lo tanto, ordenar su actividad para mañana. Esta situación nos afecta y afectará. Pero la posición española es en el área internacional no solamente sólida y amplia, sino perfectamente clara en cuanto a la obra que vamos a realizar.

Entre otras cosas muy concretas, se llevará a cabo la aplicación de los fines y cláusulas del Concordato y de los Acuerdos firmados con Norteamérica. El robustecimiento de nuestro potencial defensivo, la revigORIZACIÓN y adaptación de nuestras fuerzas armadas —el único ejército, hasta la fecha, vencedor del comunismo— a las exigencias de esta nueva etapa del mundo; completar la vinculación orgánica entre el Estado y la Iglesia, sin merma de la libertad e independencia de cada potestad para actuar en la esfera respectiva que le es propia, son objetivos cuyas etapas se cubrirán ordenadamente, sin demoras impuestas por Cancillerías extranjeras. Como será, igualmente, una realidad de resultados óptimos, aun para aquellos que ni nos entienden ni nos quieren, la fuerza, importancia y fecundidad de la amistad hispanoárabe. Se trata, pues, de una política con vitalidad propia, de continuidad, que responde a razones permanentes, cuya validez será cada día más contundente y más beneficiosa para todos.

En cuanto a las cuestiones de carácter más propiamente interno, los españoles tenemos datos claros para deducir que en 1954 se harán grandes progresos en la nivelación de las disponibilidades o capacidad adquisitiva de cada familia y el coste real de la vida. La nivelación conseguida de los presupuestos, el crecimiento de la renta nacional, el reajuste de las reglamentaciones del trabajo en ramas de la producción que ocupan a los más densos sectores de la población española, la solidez y alza que acusa la peseta son garantías firmes, primero, de que esta nivelación es factible y, segundo, que esta nivelación se logrará sin detrimento del valor de nuestras fuentes de riqueza y sin el peligro que encierran siempre los procedimientos artificiales y de emergencia. La normalización progresiva de la tributación y el perfeccionamiento de nuestro sistema de recaudación confirmarán, de una parte, la recuperación económica del país y, por otra, la seguridad de que los planes de gobierno previstos están debida y suficientemente respaldados. Si a esto se añade que durante el presente año se continuará traba-

jando en el proyecto de una nueva ley de Administración y Contabilidad que, manteniendo los principios básicos sobre los que descansa la vigente desde el 1 de junio de 1911, la renueva en aquello que el tiempo y las nuevas realidades convirtieron en inútil, contraproducente o menos adecuado, obtendremos una idea, no completa, pero si aproximada de la labor que en estos aspectos tienen ante sí tanto los españoles como los organismos del Estado.

Este mismo sentido de adecuación a la realidad y a lo que el porvenir, dentro de lo previsible, ha de requerir, y esta honradez política en aceptar lo que la experiencia va aconsejando caracteriza también toda la proyección del Ministerio de la Gobernación. La reorganización de los Servicios de Correos y la reciente ley que modifica la de Bases del Régimen Local son ejemplos terminantes.

Es patente que entramos en un año de franca y decidida renovación, aun de aquellas parcelas que coyunturas difíciles, de todos conocidas, nos impidieron abordar con desembarazo. En el silencio que requieren la elaboración sensata y prudente del Derecho, el Ministerio de Justicia irá dando cima a aquellas reformas que, si implantadas escalonadamente, pueden ofrecernos algún día, sin traumatismos ni desequilibrios, la renovación jurídica nacional, obra ambiciosa, pero necesaria. Conjugar la presencia constante de las metas ideales y la escrupulosa atención a las urgencias de cada momento es el auténtico modo que conforma el buen gobierno.

Comercio, Industria, Agricultura y Obras Públicas son vasos comunicantes. Prueba de ello la frecuencia con que es preciso acudir a Comisiones interministeriales integradas por representantes de los Departamentos, a los que están encomendados los servicios oficiales relacionados con estos problemas y su repercusión en la Presidencia del Gobierno.

La conquista de nuevos mercados para nuestros productos, el aumento de las importaciones de materias primas que permitan poner a pleno rendimiento las instalaciones productivas nacionales, la adquisición de equipos y maquinaria que faciliten una más rápida terminación de proyectos ya en curso y aceleren la tan necesaria mecanización de las labores agrícolas, así como la instalación de nuevas industrias, etc., han de polarizar una gran masa de los esfuerzos públicos y privados en los próximos doce meses.

En el área de lo cultural, la perspectiva ofrece un interés verdaderamente agudo: la Enseñanza Laboral, la puesta en marcha del nuevo plan de Enseñanza Media, la experiencia de las Escuelas especiales abiertas a un mayor número de alumnos. En cuanto a lo social, la implantación de los Jurados de Empresa y del Crédito Laboral. En lo más vivazmente político, la penetración en todos los órdenes de la vida nacional de las orientaciones formuladas por el Congreso Nacional de la Falange y la celebración de las Elecciones Sindicales. En lo moral, la creación de una conciencia clara y exacta de los deberes, fueros, misión y trascendencia de la información, en sus múltiples versiones, como institución social al servicio del bien común; el aprovechamiento, no solamente en su aspecto económico, la debida canalización del turismo, etc.

He aquí un sugerente programa de acción y un fuerte estimulante de las energías espirituales y materiales de cuantos vamos a vivir, trabajar y esperar con cristiano optimismo en este centro del mundo que es la España de Francisco Franco de cara a 1954.

**EL ESPAÑOL**

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ARTEMIO PAYA

DONA Clemencia Miró (que gloria halle), cuya entrega filial a don Gabriel Miró (que en paz descanse) le ha conducido a la tumba prematura y virginalmente, excluía cualquier nueva descripción del paisaje alicantino después de haberlo expresado Azorín y su padre con tal emoción y serenidad en lo tangible y en lo abstracto, en su fragancia y en su más tenue matiz, por las sendas y por los montes, con las briznas y las cosechas... Así tiene que ser una geografía inmóvil la geografía de Alicante, en la que se han dormido los humos y las almas, las costumbres, los panoramas y los caracteres. Un Alicante inmóvil dentro de una España inmóvil, atáxica, prefabricada por los prejuicios ideológicos y esteticistas de quienes no admiten una renovación económica, un progreso moral, una revolución nacional. Según tales anticuarios, mitad arqueólogos, mitad chamarileros, nuestro país debía ser una permanente almoneda en el mismo sitio para que el turista, el Cuerpo diplomático y los Bancos internacionales no encontraran alterados sus tópicos ni alteradas sus compras, sus maniobras y sus inversiones. Esta era la España liberal, monárquica o republicana, en la que todo se había dicho, se había escrito (ésta es la nostalgia indolente y estéril de cuantos viven de renombres caducos, de frases muertas, de palabras y famas que se extinguiéron); pero nada se había hecho para evadirnos de un coloniaje dinástico, financiero, doctrinario, exterior.

La provincia de Alicante tenía que resignarse a la quietud estilística, pasmada, intemporal, en que la habían sumergido primorosamente dos alicantinos que yo estimo por el encaje de bolillos de su prosa y por la ética de su conducta, cuando ser honrado en una Patria sin independencia era difícil; pero que no podemos admitir como inhibidores, como paralizadores, parapetados detrás de su paisaje intangible, de nuestra geopolítica en ebullición, de nuestra política, que ha transfigurado el haz y el cogollo de nuestra geografía. Ya que somos veraces, Artemio, hemos de dar a cada cual lo suyo, porque aun restando los inolvidables antecedentes, lo nuestro es demasiado. España no cambió de golpe y porrazo; porque unas promociones de españoles ganaran una guerra dura y aguantasen una posguerra cruel, aunque sin Francisco Franco, sin el Ejército de los combatientes de Franco, sin la Falange Tradicionalista de las J. O. N. S. de Franco, sin la juventud de Franco, sin los Sindicatos de Franco, sin la avanzada y la retaguardia de Franco, las iniciativas de regar e industrializar a España desde 1900, la experiencia (tan saboteada por los quietistas) de don Miguel Primo de Rivera, el genio emprendedor y la laboriosidad de tu abuelo y de tu padre se hubieran frustrado. ¡Está tan preparada y a punto la idiosincrasia española para las frustraciones! Sin embargo, el triunfar en una guerra casi de soledad, de profecía y de soportar una posguerra de asedio, os ha permitido proseguir en esa metamorfosis de la provincia de Alicante que comenzaron los pioneros de Elche en la agricultura y que ya había principiado en Alcoy con la industria y con el comercio. Entre Elche y Alcoy se pueden poner todas las transmenciones paisajísticas y sociales que se quieran.

Repetía la copla en lemosín: «Y para chiques guapes, Ibi, Castalla y Onil», como si bastara con esta enumeración toponímica para descubrir a los extraños la enigmática prosodia de sus nombres: ¿Onil? ¿Castalla?, ¿Ibi? ¿Adónde está Ibi? Pues Ibi (perdón por este juego de palabras con el latín por medio), pues allí: Es un pueblo pegado a una carretera que sube desde la costa hasta unas cumbres de setecientos metros; es un pueblo perdido en el norte de Alicante, puesto que el ferrocarril trazado, pero sin carril, parece una estampa de Gabriel Miró en la que las tierras raídas, las rambas abrasadas, los árboles en secarral, viñas, almendros y olivos se obstinan en resistir ante la invasión del

tren que sacará de su aislamiento a Ibi; es un pueblo de montaña reseca que necesita fogariles en otoño, mientras que Alicante vuelca su población en las terrazas callejeras de los cafés y de los casinos; es un pueblo de cinco mil habitantes que enviaba a sus «chiques guapes», como niñas, a Orán, y a sus hombres, como viñadores y anarquistas, a Barcelona y Argella; era un escuálido pueblo campesino y emigrante, que ya no sale de casa, porque la familia Payá le ha puesto una fábrica a su disposición para que no se marche. Artemio, ¿quién es esta poderosa familia Payá, capaz de retener a un pueblo? Tu familia, los descendientes del abuelo Payá, que por no emigrar también, unción un burro a un malacate como fuerza motriz para fabricar unos primitivos y toscos e infantiles juguetes de hoja de lata, los descendientes de tu padre y de tus tíos, vosotros. En Ibi hay la más grande y completa fábrica de juguetes de Europa, que es la vuestra, más otras tres fábricas más y cerca de treinta talleres artesanos. Ibi es el Nüremberg español, donde construís los rapidísimos ferrocarriles eléctricos de amplias vías y potentísimas locomotoras por vosotros, cuyo tren, que esperáis durante tantos años, sí que parece de juguete. Yo he visto contigo trabajando los seis, cientos obreros y obreras (las «chiques guapes» de Ibi, algunas con el velo negro ritual del luto), obreros especializados en menesteres de mucha paciencia y precisión como si fuesen relojeros suizos; he visto los troqueles para el acero que viene de Vizcaya y para la materia plástica que procede de Norteamérica; he visto cinematógrafos sonoros, camiones y autocares «Pegaso», acróbatas de circo, animales del Arca de Noé; pero no he visto ningún juguete que fuera un arma ofensiva. La U. N. E. S. C. O. os debía premiar, Artemio Payá, por esta contribución espontánea a la paz del mundo dentro de los cerebros de la infancia.

La caravana de los Reyes Magos empieza su recorrido en Ibi llevándose un cargamento de juguetes para los niños, para los españoles futuros. Los españoles serán en el fondo y en la forma como se desarrollen alrededor de estos artefactos fabricados en Ibi. Trenes eléctricos, autocamiones, películas musicales, volatines y volteretas, algo dinámico y creador que nos saque de la modorra y del estatismo de una España feudal, que era una España vendida al extranjero.

## PRESUPUESTO

EN el último Pleno de las Cortes, al presentar a la aprobación de los Procuradores el proyecto de Presupuesto para el bienio 1954-1955, el Ministro de Hacienda ha ofrecido, en su discurso, el mejor módulo para enjuicio: el acierto, la bondad económica, de un sistema de tributación, al reseñar las tres condiciones ideales a cuyo cumplimiento debe tender todo sistema fiscal: ser elástico, ser justo y no ser perturbador.

Se trata de condiciones ideales y, por tanto, sólo es posible su realización aproximada. Ahora bien; la medida en la que la práctica encarna la teoría, el grado en que se aproxime la realización al ideal, marcan el grado y la medida de la perfección con que se desarrolla la política financiera de un Estado. ¿Cumple el sistema fiscal español estas tres condiciones ideales en la debida proporción?

Ser elástico significa que permita, en todo momento, obtener la cifra de ingresos que estime conveniente, no solamente pensando en cubrir o atender los gastos estatales, sino también para, a través de su déficit o un superávit provocado internacionalmente, intervenir cuando circunstancias agudas lo aconsejen, de manera efectiva en el proceso económico de la Nación. Si desde este punto de vista recordamos las adversas circunstancias económicas y las que comenzó su política de reconstrucción

**E**STE es el título de un artículo reciente de Néstor Luján en su sección de la revista «Destino». El esquema del artículo es el que sigue:

Un suizo ha estado tocando el acordeón durante setenta y seis horas. Los periódicos han publicado la noticia, así como publican la de otras «plusmarcas» batidas no menos idiotas y estúpidas (los dos calificativos los emplea Néstor). Tales cosas son síntomas de que el hombre actual es más infantil que el de otros siglos. Síntomas del mismo infantilismo son también la carrera automovilística llamada Panamericana, la persecución a los judíos en Alemania nazi, la infeliz película «Ivanhoe»... y la dialéctica, tan primaria la pobre del senador Mac Carthy. Todo ello demuestra que «se quiere poblar el mundo de niños grandes, de esos niños que cuentan los «records», que van al cine y que viven como hombres ultracivilizados, preocupados por nimiedades, en medio de un mundo angustiado y peligroso, con una capacidad para crear el dolor sencillamente aterradora; están convirtiendo la humana mentalidad en algo puramente primitivo, primario e impulsivo; éste es el interés de este momento, y a fe que lo están consiguiendo...»

El artículo de Néstor—huelga decir que muy bien escrito, como corresponde a tal escritor—constituye un buen espécimen del notable «antimacarthismo» que anima a algunos de nuestros periodistas más refinados, y que en otros países—Francia o Inglaterra, por ejemplo—adquiere una violencia francamente repulsiva.

Con el senador Mac Carthy está sucediendo en Norteamérica

(Daranas lo señalaba con mucha agudeza en el número 48 de la revista «Ateneo») una cosa parecida a cierta anécdota que circuló bastante durante la pasada guerra mundial: Cuando el capitán ordenaba a sus soldados con voz tonante: «¡Ataque a la bayoneta!», sus soldados, sin pensar ni por un momento en saltar de la trinchera, se decían unos a otros, admirados: «¡Oh, qué hermosísima voz de barítono tiene nuestro capitán!»

Mac Carthy es el político americano que con más energía, penetración y valor lucha contra el quintacolumnismo comunista. Y entonces hay quien procura correr un velo sobre la bien tejida trama de agentes soviéticos en los Estados Unidos, desviando la atención de las gentes hacia el timbre de voz de Mac Carthy, hacia sus corbatas, hacia el número de calzado que gasta, hacia la piel de su cartera, hacia la mayor o menor perfección de su oratoria... y hacia las probabilidades que tiene de alcanzar la Presidencia en las elecciones futuras.

Lo que allá en Ultramar se hace de mala fe, aquí se insinúa de buenísima fe. ¿Qué duda cabe de que Néstor Luján es sincero al clasificar a Mac Carthy junto a los nazis antisemitas o junto a los suizos tocadores de acordeón? ¿Qué duda cabe de que el grito cotidiano de Mac Carthy puede calificarse de buena fe (y Néstor lo hace) como pueril, primario, impulsivo, elemental, sobre todo si uno se pone a enjuiciar ese grito desde las alturas de la matemática sublime, de la música beethoveniana o de la política de Disraeli, cosas tan poco «pueriles»?

Piense el lector en el cuento y en su terrible realidad. Mac Carthy da la consigna anticomunista, desenmascarada combate a los comunistas, actúa contra ellos con toda la concisión y elementalidad de una voz ejecutiva. Entonces algunos hombres del anticomunismo se dicen unos a otros: «¡Oh, qué dialéctica tan simple la de nuestro capitán! ¡Oh, qué voz tan poco refinada! ¡Oh, y cómo se nota que no ha leído los dulces besos de Rabin-dranath Tagore!»

Es para tirarse de los pelos, mi admirado Néstor Luján, ver que usted escribe estas cosas en la mismísima Barcelona, y hoy día, es decir, cuando los aviones soviéticos de guerra están a media hora escasa de vuelo de los tejados de usted, es para tirarse de los pelos recordando que en 1936 se enredaron a tiros frente a los rojos aquí en España los chavales, los campesinos, los soldados, la porción menos refinada dialécticamente de la nación, mientras los filósofos, los catedráticos, los escritores y los artistas andaban sin saber qué hacerse, por lo común. Aldous Huxley ha escrito que no hay cosa más fuerte y más difícil de matar que el alma de un niño. Y hoy, con el monstruo bolchevique tapándolo todo con su sombra gigantesca y amenazadora, ¿no hemos de echar mano de lo más fuerte y resistente, que es lo pueril, lo elemental, lo primario, lo germinal; lo que, si se salva, permitirá reconstruir una civilización, y si se pierde, dejará la civilización convertida en paja reseca por esos campos y ciudades para que los tanques del Kremlin las mastiquen?

Luis PONCE DE LEON

## ION SUPERAVIT

nacional y de aplicación de medidas de justicia social el nuevo Estado, y consideramos que sin haber realizado una verdadera reforma tributaria se ha pasado del ejercicio económico de 1951, liquidado con un déficit de 1.388 millones de pesetas, al ejercicio del año siguiente, cerrado con un superávit de 433 millones, y se prevé, sin ilusorio optimismo, un superávit de 1.342 millones para el final del ejercicio correspondiente al año pasado, a 1953, llegamos fácilmente a la conclusión de que el sistema ha cumplido, hasta ahora, su función.

La condición de justicia requiere que la carga fiscal que se asigne a cada contribuyente corresponda a su posición económica, con arreglo a las ideas que a este respecto tenga el Gobierno sobre justicia social». En este sentido, y aun teniendo en cuenta que las ideas de nuestro Gobierno son, en este terreno, de las más avanzadas y progresivas, hasta el punto que los jornales de los obreros están exentos del pago de impuestos, resulta que, en general, la carga tributaria no es, ni mucho menos, insostenible para el contribuyente. Según el cálculo de la renta nacional, fijada en 250.340 millones, la cifra total de la recaudación de impuestos, 26.000 millones, sólo significa una presión tributaria de un 10 por 100. Francamente pequeña y, desde luego, inferior a la de cualquier país europeo.

Finalmente, la condición de no ser perturba-

dor se dirige a que «los efectos antiestimulantes que en casi todos los casos tiene el impuesto sobre la actividad económica sean los mínimos posibles».

Y aunque, para juzgar con exactitud, en este punto haría falta contar con unas estadísticas tan completas y perfectas que seguramente no las posee ningún país; conviene señalar dos hechos: en primer lugar, que es notorio el progreso industrial y mercantil de España en los últimos años; después, que la política de inversiones estatales, por un importe de 7.237 millones a cubrir con una emisión de la Deuda Pública, contribuye de modo notable a la satisfacción de necesidades generales—ferrocarriles, carreteras, obras hidráulicas, etc.

No quiere esto decir que el sistema carezca de defectos ni sea susceptible de perfeccionamiento. El propio Ministro de Hacienda ha sido el primero en declararlo en su discurso. Ahora bien; la prudencia aconseja ir realizando la reforma del sistema tributario con un sentido realista, sin ensayos peligrosos, sin cambios precipitados que pudieran colocar a la Hacienda española—hoy nivelada—en situaciones difíciles, que repercutirían, inevitablemente, en perjuicio de todos. Habrá que ir poco a poco, por etapas sucesivas, pues, como ha dicho con gráfica expresión el Ministro, «en cuestiones de Hacienda, los errores se traducen en cifras y se pagan al contado».

EL ESPAÑOL



## AÑO SANTO EN SANTIAGO DE COMPOSTELA

### Un millón de peregrinos de todo el mundo acudirá a la ciudad del Apóstol

EL día 31 de diciembre del año que acaba de expirar una solemne procesión, que pudiera ilustrar una página del «Codex Calixtino», salió por la puerta románica, llamada de las Platerías, de la catedral de Santiago, presidida por el prelado de la archidiócesis, revestido y flanqueado por un litúrgico revuelo de capas pluviales, dalmáticas y mitras. La procesión avanzó hacia la plaza de la Quintana, granítica caja de resonancia de las campanas infinitas de la ciudad, deteniéndose ante los ciclópeos muros del monasterio de San Payo y dando frente a la Puerta Santa. Se adelantó entonces el prelado y con un martillo de plata golpeó el tabique de piedras que cierra la Puerta Santa, diciendo: «Aperite mihi portas iustitiae.» Un segundo martillazo más fuerte y con una invocación en latín ritual: «Introibo in Domum tuam, Domine.» Finalmente, un tercer martillazo que derriba el tabique de menudas piedras, recogidas piadosamente por los fieles, que las conservan como reliquias, al tiempo que el prelado hace la última invocación: «Aperite portas, quia nobiscum Dominus.»

Dos sacerdotes purifican los postes, el dintel y las losas de la Puerta Santa con manojos de hierba, hisopo, oliva—símbolo de la paz—y agua bendita. Atruenan el júbilo popular, ahogando el dulce son medieval de las chirriñas, y el prelado, cifiendo con ambas manos la cruz arzobispal, se arrodilla delante de la Puerta Santa, entonando un tedéum.

Así, con este antiquísimo ceremonial, dió comienzo el Año Santo de Santiago de Compostela de 1954, por coincidir el 25 de julio, fiesta de Santiago el Mayor, hijo del trueno, en domingo. Ocasión solemne de toda la cristiandad, que tuvo durante siglos y tendrá en los futuros su hogar más occidental en Santiago de Compostela, Jacobsland, una de las tres iglesias apostólicas del mundo cristiano.

#### UN MILLON DE PEREGRINOS

En el último Año Santo de 1948 acudieron a Santiago 700.000 peregrinos; para éste se esperan por lo menos un millón. Las peregrinaciones vuelven a poblar, como en los siglos del medievo, el camino de Santiago. «En sentido estricto—escribió el Dante—, no se entiende por peregrino sino el que va hacia la casa de Santiago o vuelve de ella.» Un embajador del emir Ali Ben Yusuf decía, en el siglo XII, que era tan grande la multitud de peregrinos cristianos que iban a Compostela y que de ella volvían, «que apenas deja libre la calzada hacia el Occidente».

Durante siglos no se interrumpió este continuo hormiguear de peregrinos que llamaban a las puertas de Compostela con sus bordones y que procedían de toda España, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Polonia, Moscovia, Eslovenia, Hungría, Flandes y otros muchos lugares del Asia; no se interrumpió desde el siglo IX de nuestra

Era, en el que primero el Papa Calixto II y después el Papa Alejandro III otorgaron a la basílica del Apóstol Santiago todas las gracias del Año Santo Romano, hasta finales del siglo XVI. Pues en 1589 el pirata inglés Drake puso cerco a la ciudad de La Coruña, y lo mismo que siglos antes Almanzor, se proponía arrasar Compostela, «temporio de la superstición papal». Por segunda vez hubo que pensar en el ocultamiento de los restos de Santiago, y el arzobispo Juan de San Clemente resolvió esconderlos enterrándolos hacia el fondo del ábside de la iglesia catedral, donde permanecieron hasta 1879, año en que dispuso su búsqueda y recuperación el cardenal Payá y Rico. Establecida la identidad de los restos, Su Santidad León XIII publicó la bula «Deus Omnipotens» sobre el cuerpo del Apóstol Santiago, reconociendo solemnemente la autenticidad de aquéllos y restaurando las peregrinaciones,

#### POR AIRE, TIERRA Y MAR

Se sabe ya, a estas alturas, que más de cien peregrinaciones a Santiago se están organizando en los más apartados confines del mundo, y que llegarán al sepulcro del Apóstol por aire, tierra y mar: a pie, en barco, en avión. De Spira vendrá una peregrinación de jóvenes universitarios; de Inglaterra y Estados Unidos, una de polacos exiliados; de Francia llegará, precisamente el 25 de julio, una gran peregrinación, presidida por el cardenal Feltrin,

arzobispo de París; el mismo día, otra de Pax Christi, que hará a pie el trayecto de París a Pamplona, alternando en cada etapa el estudio de la doctrina social de la Iglesia con las viejas «Chansons des Pèlerins de Saint-Jacques», como sus devotos antepasados:

*«Pour avoir mon Dieu propice,  
Fis voeu d'aller en Galice,  
Voir le Saint-Jacques le Grand»...*

También el 25 de julio vendrá otra peregrinación francesa, organizada por «Terre et Foi»; y otras dos más, una de bretones, que saldrá de Burdeos, y otra de Le Mans. Con dichas peregrinaciones francesas coincidirá en Santiago, el Día del Apóstol, una gran expedición inglesa patrocinada por el cardenal Griffin y presidida por varios obispos, que entronizarán en la catedral compostelana la imagen de Nuestra Señora de Walsingham; la Catholic Association está preparando varias peregrinaciones, y se cree que también vendrán otras organizadas por los obispos de Edimburgo, Dunked y Cándida Casa (Escocia). Los irlandeses vendrán en avión desde Dublín. Respecto a los ingleses, conviene recordar que «la más antigua balada inglesa que se conoce cuenta las aventuras de unos peregrinos que iban en romería a Santiago».

De Italia llegarán también peregrinos; y lo mismo de Bélgica, de Holanda, de Suiza, de Portugal, de Norteamérica, de Méjico, de Cuba, de Chile, de Puerto Rico. Alguien ha escrito que el Año Santo de 1954 será el jubileo de la Hispanidad. Es verdad. El 25 de julio de 1954 todas estas peregrinaciones actualizarán lo que Guido de Borgoña, más tarde Papa con el nombre de Calixto II, escribió de Compostela: «Allí se oyen los varios géneros de lenguas, las varias voces y cánticos de los extranjerós: de los alemanes, de los ingleses, de los griegos y de todas las demás tribus y naciones de todos los climas del mundo. No hay lengua ni dialecto, cuyas voces no resuenen allí.»

Enumerar las peregrinaciones que se están organizando en España sería el cuento de nunca acabar. Y acabo ya con este recuento, no sin antes ilustrar todo esto con una anécdota personal.

#### EL REPERTORIO DEL PADRE SANDERS

En una relación de peregrinaciones que me dieron en Compostela leí lo siguiente: «Un sacerdote holandés estuvo en Santiago preparando peregrinaciones de su país.» Me olvidé de preguntar de qué sacerdote se trataba, pero apostaría cualquier cosa a que estamos ante el padre Juan Sanders, N. Z. Voorburgwal, 373, Amsterdam. No me cabe la menor duda.

Este verano pasado regresaba yo de Alemania cuando entré como una tromba en mi cabina el padre Sanders. Llevaba a la espalda una gran mochila y colgándole del cuello una enorme cantimplora. El padre Sanders es muy alto, rubio y con unos ojos completamente infantiles. Inmediatamente supo que yo era español y medio santiagués. El iba a Compostela. Este hallazgo le llenó de alegría. Hablaba un castellano endiablado, aprendido en la



Un momento de la entrevista de nuestro redactor Blasco Tobío con S. E. el cardenal Quiroga Palacios

gramática más divertida que he visto en mi vida. Esta gramática decía que los españoles comenzamos y terminamos las frases con la palabra «¡Caramba!», y aconsejaba su empleo constantemente:

—¡Caramba—me espetó el padre Sanders—, así que usted es de Galicia, caramba!

Pero no fué esto todo. El padre Sanders traía también un inagotable repertorio de himnos al Apóstol Santiago en castellano, en gallego, en latín y en holandés. En cuanto languidecía la conversación, el buen sacerdote atronaba el vagón con sus «¡Gloria a Santiago!» y sus «¡Ultreya, esuseia!», invitándome a que le acompañase, cosa que hice como pude y sin alzar mucho el gallo. Recuerdo el asombro de los otros viajeros al oír aquel extraño dúo. Algunos se desternillaban de risa. Tengo la seguridad de que el padre Sanders llegará a Santiago en este Año Santo con su peregrinación. Nada me gustaría tanto como verle entrar por la puerta Santa con su mochila, con su cantimplora, con su gramática y con su vozarrón, tan robusto como su fe de peregrino holandés. Gracias a él, no hay himno jacobeo que se me resista.

#### VISPERAS JACOBEAS

Quando llegué a Santiago, para escribir este reportaje del Año Santo, la mayor parte de los estudiantes de la Universidad se habían ido a sus casas a pasar las fiestas navideñas. Además, el tiempo era magnífico; me encontré, en una palabra, con el ambiente compostelano menos convencional posible. La ciudad estaba apresurando sus preparativos para recibir el Año Santo. Tres turnos de obreros están convirtiendo el Hospital Real en Hospedería del Peregrino, en una carrera contra el reloj; los orfebres daban los últimos toques al martillo de plata que derribaría el tabique de la puerta Santa, y el padre José Guerra Campos bombardeaba los cinco continentes con propaganda impresa sobre el Año Santo desde su cuartel general de la rúa del Villar.

Es muy probable que ninguna otra ciudad del mundo haya ejer-



Esta es la Puerta Santa de la catedral compostelana, que fue abierta el 31 de diciembre con motivo del Año Santo

citado durante tantos siglos la hospitalidad como este eterno Compostela, y nadie sabe tanto sobre la condición del peregrino como el santiagués. Cualquiera de ellos os «explicará» el Pórtico de la Gloria y todas las ilustres piedras que a millares hay en Compostela. A los peregrinos, ahora como en la Edad Media, siempre les esperan también historias sabrosas y con ellas hicieron sugestivas prosas nuestro Arcipreste de Hita y el inglés Chaucer, amén de otros, sin el menor daño para la fe. No puede faltar el sentido del humor allí donde hay arte románico a todo pasto y gárgolas inocentemente procaces a centenares, fruto de

la tosca y traviesa zumba de los canteros que trabajaron con el divino maestro Mateo.

En 1954 la ciudad de Santiago se convertirá en una posada para el peregrino. Y todo santiagués entiende, y entiende bien, que la hospitalidad debe comenzar por la buena mesa. Una sana tradición goliardesca y rabellesiana, inseparablemente unida a peregrinos, vagabundos y trovadores, quiere que los júbilos del espíritu vayan adecuadamente acompañados por los júbilos del paladar. Merced a esta tradición, Compostela es hoy todavía una de las pocas ciudades del mundo donde jamás se puede llegar al fondo de una olla o de una fuente. Hay restaurantes en los que debiera haber un facistol sobre cada mesa para poder leer cómodamente el «menú». Asomarse a los escaparates de estos restaurantes o casas de comidas es una fiesta para los sentidos. No disponen con tanto arte los escaparatis de las casas de modas de la Rue de la Paix, en París, la exhibición de los modelos de Dior o Fath como componen los hosteleros compostelanos sus «naturalidades muertas» de rodaballos, lenguados, langostas y centollas.

Después está el vino. El clima de Santiago tiene la virtud de ennoblecir todos los vinos, cosa increíble en un lugar donde tanta agua cae, según es fama. El santiagués, como el noruego, viene al mundo muerto de sed, y esta sed no le abandona jamás hasta la sepultura. Por esta razón, entre taberna y taberna hay un trecho lo suficientemente corto para que nadie pueda quedarse desamparado en mitad de una calle con la garganta seca.

Hoy la inmensa mayoría de los peregrinos comen por su cuenta. Pero antaño el peregrino solía llegar pordioseando a las puertas de la ciudad con la bolsa exhausta, y de estos tiempos data y sigue en vigor la «Compostela»; es una especie de «franquicia» que todo el mundo puede solicitar del Cabildo y que da derecho a hacer tres comidas gratis. Creo que esta caritativa servidumbre arranca de unas viejas ordenanzas, y en el anterior Año Santo hubo días de repartir en un patio del Hospital Real comidas a grupos de más de treinta personas. Esas ordenanzas no ponen límite al número de comensales que soliciten la «Compostela», y me imagino que en algunas ocasiones pretéritas esto habrá hecho tambalear las finanzas del Cabildo, pese a la riqueza, hoy tan mermada, de la Mitra.

#### LA UNIDAD DE EUROPA

Ni siquiera podría hacer un resumen de lo mucho que hay que ver en Santiago. Los siglos han ido acumulando tanta piedra románica, gótica, plateresca, barroca (e incluso cubista); tantas reliquias y tantas historias y leyendas, desde Gelmírez hasta el «trovano» Roquer, don Gerardo, que el lector me dispensará de hacer tan larga relación, que por lo demás no sabría ordenarla. Quisiera decir, sin embargo, moviéndome dentro de otro orden de cosas, que Santiago de Compostela, del que un poeta francés dijo que tenía el olor característico de los conventos de monjas—una mezcla

de chocolate y de bera—, es una de las claves de ese trascendental tema que por ahora tan ociosamente ocupa la mente de hombres como el señor Monnet: la unidad de Europa.

En una revista francesa, creo que ya desaparecida, *Terre Humaine*, se publicó hace cosa de dos años un artículo titulado: «Santiago de Compostela, ¿capital del Occidente?» El artículo en cuestión era un pronunciamiento más, bastante vulgar, contra la idea de hacer de España un baluarte contra la amenaza del Asia y del materialismo marxista. La argumentación de *Terre Humaine* nos pareció indigna de una revista de intelectuales llamados católicos, que además eran franceses, pues no se olvide que han sido precisamente ellos los que más han andado el camino de Santiago.

A la pregunta en cuestión sólo cabe responder afirmando que, efectivamente, Santiago podría ser muy bien la capital del Occidente cristiano. Todo lo que estas palabras encierran está plásticamente expresado en Compostela. En la Tradición de Carlomagno, emperador de Occidente, se dice: «La vía de estrellas que has visto en el cielo significa que tu irás a Galicia al frente de un ejército, y que después de ti, todos los pueblos irán en peregrinación hasta la consumación de los siglos.»

No vino Carlomagno a Santiago, pero sí vinieron en peregrinación todos los pueblos, y aquellas peregrinaciones «hicieron» mucho de Europa y por Europa, por la unidad del mundo cristiano.

Pueden seguir haciéndolo, y así lo ha reconocido de una manera expresa Pío XII en su Mensaje del 28 de agosto de 1948, porque nada como el peregrinar ejercita tanto las virtudes cristianas y la unión de los espíritus, «por encima de las estrecheces de las naciones». El cardenal Suhard dijo del Camino de Santiago que es un «camino hermoso y bueno», y ya en el «Codex Calixtino» podía leerse que la vía peregrina es cosa óptima, pero angosta: «Óptima sed angusta».

#### CONVERSACION CON SU EMINENCIA

Sobre este tema se centró especialmente la conversación que sostuve en Santiago de Compostela con el cardenal arzobispo doctor Quiroga Palacios. Aquella mañana había habido en San Martín Pinario Ordenes Sagradas, y en la antecámara del palacio zumbaba un enjambre de nuevos sacerdotes, alegres y bulliciosos, todavía como seminaristas.

Su Eminencia, que nunca hace esperar más de diez minutos a sus visitantes, me recibió en una amplia estancia, amueblada con sobriedad.

Encomió Su Eminencia la importancia del Año Santo y de las peregrinaciones con estas palabras:

—Yo creo en la eficacia del jubileo y de las peregrinaciones en favor de la paz del mundo. Hoy las naciones están atrincheradas detrás de sus fronteras y sus relaciones están presididas por una hosca y temerosa desconfianza.

Al peregrino se le ensancha el corazón al ponerse en contacto con hombres de otras razas y otras lenguas, en los que sólo ve hermanos de una misma fe católica, que desborda toda separación de límites o de fronteras. En realidad—prosiguió—, tal vez no haya medio más eficaz de incorporararnos los cristianos de hoy a la gran cruzada «por un mundo mejor», como promulgó Su Santidad, que el de la peregrinación.

—¿Vendrán muchas peregrinaciones en este Año Santo?

—Se anuncian ya más de cien de todas las partes del mundo.

Y aquí me hizo una larga y puntual relación de las principales.

—Por las noticias que de muchas partes venimos recibiendo, podemos augurar que este Año Santo de 1954 ha de ser un paso decisivo en la restauración del fervor jacobeo, y, como consecuencia, un año lleno de eficacia para la consecución del «mundo mejor» a que antes me refería. Esta será la intención especial del Año Santo compostelano, para que, superando el materialismo egoísta, vuelvan los hombres al camino de la espiritualidad y de la caridad cristiana, única base de una paz cierta.

—¿Cuáles son las gracias del jubileo del Año Santo?

—La indulgencia plenísima, la absolución de reservados y la conmutación de votos.

—¿Vendrá este año a Santiago el cardenal Spellman?

—Prometió hacerlo si sus muchos quehaceres le permitían desplazarse hasta Europa.

Como yo inquiriese sobre ciertos datos acerca del Año Santo, Su Eminencia, para facilitarme la tarea, fué un momento a su despacho y me entregó una colección de folletos, con esta simpática recomendación:

—El padre Guerra le dará a usted cuanto necesite para su trabajo; pero, por favor, no le diga que yo le he ofrecido estos folletos, pues para la labor que está realizando el solicitar su ayuda siempre es un estímulo.

Cuando abandoné el palacio iban a ser recibidos por Su Eminencia los nuevos sacerdotes que acababan de ser ordenados. Armaban un considerable estrépito, pues éste era, sin duda, el día más jubilar de su vida. Penetré un momento en la catedral, y, como vengo haciendo desde hace muchos años, obstinadamente fui a batir mi cabeza contra la del gran Mateo, de espaldas al Pórtico de la Gloria, porque es tradición que este testarazo o «croque» aviva la inteligencia y despierta el seso. En otro lugar de la catedral unos obreros estaban haciendo excavaciones. En Santiago siempre se tiene la seguridad de encontrar algún pedrusco medieval en cuanto se escarba un poco en la tierra. Después fui a echarle un vistazo a la Puerta Santa, por la que a lo largo de 1954 entrarán millones de peregrinos y todos los pecados de la humanidad. En Santiago es costumbre remitir a los mentirosos a este lugar de la catedral:

—Eso, ve a contárselo a los veintisiete de la Puerta Santa.

M. BLANCO TOBIO

# MI CARTA QUE ES FELIZ

EL CARTERO,  
PROTAGONISTA  
DE LAS PASCUAS

PUNTOS IM-  
PORTANTES  
DE LA

REORGANIZACION EN EL SERVICIO POSTAL



SI el cartero ha tenido siempre un carácter de pura simpatía y su alegre presencia con silbato ha desatado deliciosamente nuestros nervios a horas fijas, en estos días se convierte casi en el héroe de nuestros recuerdos y de nuestras esperanzas. Esto, desde luego, se ha dicho muchas veces. Sobre el cartero y sus cartas se han vertido con insistencia y con justicia las campanas a vuelo del elogio y del agradecimiento, porque, al fin y al cabo, el cartero es algo así como una humilde divinidad que reparte un género variado de sentimientos y a quien de todos modos debemos respetar por ser quien es.

Sin embargo, nunca será pecar por exceso hablar de esta institución que hizo posible el diálogo a distancia y en silencio, y que rarisimas veces perdió una palabra encomendada a su cargo.

Tal vez no sea éste el momento para seguir hablando de lo que uno ha empezado a hablar. Pero, así y todo, conviene dar el tono de interés que el asunto éste requiere. Pasa que la carta es quizá tan importante como el pan nuestro de cada día. En torno a la carta han hecho campamento muchos argumentos de la vida, hasta el punto de que bastantes colecciones de cartas no hay actualmente moneda que pueda pagarlas. El amor y la muerte, la admonición y el consejo, adoptaron en grandes ocasiones la figura de carta. Todo esto es tan importante, por lo menos, como el pan. Y, como el pan, sólo se nota cuando falta.

Las «Felices Pascuas» de estos días traen al plano final del año el viejo tema sabido y requetesabido. Y es que es así.

## ESCENOGRAFIA Y REVOLTIJO FINGIDO

Uno de los espectáculos más extraordinarios que pueden verse es una central de Correos. Vamos a prescindir, por un momen-



A través de las nuevas oficinas ambulantes de Correos, el servicio postal llega hasta los rincones más apartados de la población para comodidad del vecindario



Para un profano, la clasificación de ese inmenso montón de paquetes y cartas sería un trabajo impropio, algo así como un suplicio perpetuo



Pero una asombrosa pulcritud profesional coloca cada carta en su sitio y hacia su destino por raro que éste sea

to, de la de la Cibeles. En cualquier pueblo, en cualquier aldea, por pequeña que sea, el angosto pasadizo del buzón central conduce a una infinita mezcla de sobres que al juicio de un profano cualquiera se tardaría meses enteros en preparar para la expedición y el rumbo especial de cada una. Pero que va. A la hora exacta de los trenes y de los coches de línea le sobra aún tiempo a la clasificación de la correspondencia. Una asombrosa pulcritud profesional coloca cada carta en su sitio y hacia su destino. En ocasiones el destino es bastante raro. Todos hemos visto llegar cartas con la dirección reducida al mínimo, hecho un esquema incompleto de sí misma. Pues llega. La carta da vueltas y vueltas, como un animal ciego que ha perdido el camino de su madriguera. Los carteros van anotando a lápiz rojo en el sobre las observaciones referentes al caso. Nunca es un caso perdido. La carta, al fin, como guiada por el instinto, se recibe.

Y es que hay entre los funcionarios de Correos un prurito de dejar las cosas bien acabadas. Muchas veces su historia tiene el brillo de la del «Mensaje García».

Respecto a la Central de Cibeles, no hay más remedio que ir a verla. Las salas inmensas de Cartería, donde por una especie de toboganes bajan los montones de cartas hasta las manos de quienes las examinan por última vez; las vagonetas cargadas y su distribución por los diversos departamentos de trabajo; las oficinas, los ascensores y un rumor de máquina de escribir por todos los sitios, da señal de la más inteligente de las organizaciones. Y todo ello para que nuestra felicitación de Pascua llegue con tiempo a donde tiene que llegar. Lo menos que se puede hacer con el Cuerpo de Correos es darle las gracias.

#### AUMENTA LA CORRESPONDENCIA EPISTOLAR

En el año de 1910 había 5.674 oficinas de Correos, con un número de 360 millones de objetos postales circulados, tanto en el servicio interior como en el internacional. En el año 1951, el número de oficinas se había elevado a 13.025, con 1.110,5 millones de objetos postales circulados en servicio interior y 126 millones de objetos postales circulados en servicio internacional. Con el nuevo plan de organización postal aumentará el número de oficinas, repercutiendo, por

tanto, en un mayor aumento de correspondencia y circulación de objetos.

Teniendo en cuenta únicamente los diez últimos años, puede decirse que la correspondencia epistolar ha aumentado en un 90 por 100 desde 1943 a 1953, que los voluminosos envíos comerciales se han elevado en un 150 por 100 y que la correspondencia aérea ha experimentado un alza de un 1.500 por 100 en el mismo período de tiempo.

En lo esencial, nuestro correo venía rigiéndose por una ley de 1909 y un conjunto de reglamentos de fecha anterior o muy inmediata a la que hemos indicado. Aquella ley trajo al correo español lo que demandaban las circunstancias para dejar las sillas de postas y satisfacer las exigencias de principios de siglo. Se imponía la renovación que se intentó adoptando sabias medidas. Pero las discontinuidades políticas, la insuficiencia de créditos y las divisiones corporativas determinaron la inefectividad parcial de los mandatos legales. Además, otros problemas hicieron más difícil en los últimos lustros la gestión de la Dirección General de Correos. Piénsese en un instante en la casi radical evolución de los medios de transporte, en las nuevas modalidades de la correspondencia, en la intensificación de los correos comerciales, en la elevación del nivel económico del país y de nuestras relaciones internacionales, en la racionalización de funciones, en los nuevos principios de la organización científica de empresas y servicios auxiliares y en la elevación de costos. Pues bien. Toda esta serie de dificultades planteaba a los servicios postales españoles problemas que el Gobierno se dispuso a afrontar en sus puntos fundamentales, que son, precisamente, los que la ley persigue. El resumen de ellos es el siguiente:

La racional e indispensable reposición y ampliación de los distintos y costosos elementos fijos y móviles del correo, especialmente en su material ferroviario.

La conveniente ordenación y retribución de su complejo y numeroso personal, con arreglo a principios de especialización, competencia y normal rendimiento.

La revisión de reglamentos, buscando el justo medio entre la simplificación y celeridad de trá-

mites y las garantías del usuario y de la Administración.

#### EL CORREO ES UNA NECESIDAD SOCIAL

La razón de tales postulados se destaca, según revela la justificación del proyecto, en los continuados estudios de orden económico y administrativo, técnico y comparativo, en los que trabajó la iniciativa del Ministerio de la Gobernación, quien, tras sus realizaciones y gestión de tantos fundamentales aspectos de la vida nacional, redactó y envió al Gobierno un proyecto de ley ejemplo de austeridad administrativa. Para que el lector se dé perfecta cuenta de la labor que ha significado dicho proyecto, piense que no se crean nuevos organismos ni se amplían los existentes, y tampoco se buscan privilegios económicos. Quiere esto decir que se actúa dentro de los Presupuestos Generales del Estado.

El detalle de la ley no es tema de este momento. Representa para el correo español una virtualidad de vigencia y proyección indefinida por cuanto la totalidad de sus artículos se ocupan de la naturaleza social y pública del correo. Fija sus ordenanzas mediante refundiciones renovadoras, le da su carácter de servicio y no de impuesto, instituye normas pertinentes a la sucesiva creación de oficinas, prevé el cheque postal, suprime trabas burocráticas para la manipulación y curso de la correspondencia, concede créditos para transportes e instalaciones, fija garantías de aptitud y selección en los cargos, premia a las especializaciones y rendimientos del personal para evitar que aumente su número y conseguir que mejore su dotación, clasifica justamente los accidentes de servicio y bonificaciones para haberes pasivos y, entre otras muchas cosas, confecciona presupuestos que prevén tanto las necesidades del servicio como sus productos.

Es decir, un verdadero conjunto de las normas necesarias para que nuestro correo alcance toda su exactitud y toda su eficiencia.

#### UNA MAYOR RAPIDEZ EN EL SERVICIO

Las felices Pascuas y el próximo Año Nuevo coinciden con la promulgación de esta ley del Correo. Prescindiendo del cuerpo entero de la ley, vamos a dar una ligera reseña de lo que al público, esto es, de lo que a quienes no tienen más participación en el correo que enviar y recibir cartas, interesa vamos a decir de



oficio. Bonito oficio este de enviar y recibir cartas.

Algunos apartados de la ley tratan los diversos aspectos de la reglamentación del material, sobre todo de los edificios, las instalaciones mecánicas y los transportes.

Mecanización y transportes quiere decir, ni más ni menos, rapidez. Tal vez sea éste el punto de más avance en la nueva reglamentación. Vamos a referirnos a algunas de estas perspectivas concretas.

Primeramente, inclusión en la circulación de coches-correo suficientes para que toda la correspondencia—cartas, impresos, películas y paquetes—se transporten por ferrocarril en trenes rápidos, no de mercancías, o por carretera, por lugares alejados de aquél. Este apartado hace alusión al plan de oficinas ambulantes ferroviarias y a los furgones y oficinas ambulantes por carretera.

Después, aviones postales a horas adecuadas y motorización de los servicios para que a todos los lugares llegue el correo diariamente y con todas sus posibilidades.

Respecto al personal, se atiende preferentemente a los valores humanos. Existen dos intereses, tan legítimo el uno como el otro: el interés del público, que desea un excelente servicio, y el interés de más de treinta mil funcionarios, dedicados por entero a la labor de recoger, distribuir y clasificar la correspondencia en toda España. Se establece para estos últimos un sistema de intensificación de rendimientos y una prórroga de jornada ordinaria mediante la retribución equitativa de su trabajo. Asimismo se destinan especiales cantidades para los trabajos de índole específica y gratificaciones para aquellos funcionarios que más se distinguen en el cumplimiento de su cometido.

Con todas estas nuevas disposiciones, que llevarán a nuestro correo a la equiparación de uno de los mejores del mundo, la fácil disculpa de «que se debió perder la carta», en la que nadie cree, pasará definitivamente a la arqueología.

#### LA NECESIDAD DE LOS CASILLEROS

Las dos modernizaciones de más acusada personalidad se refieren a los casilleros personales y a la utilización del autogiro para recoger el correo aéreo en las ciudades. En cuanto a la disposición de casilleros personales en las porterías y en los bajos de las

El personal especializado y competente hace que el servicio sea preciso en su funcionamiento

casas que carezcan de ella, significará un ahorro extraordinario de trabajo y una verdadera economía de tiempo en el reparto. Piénsese que si ahora, subiendo el cartero a cada piso o llamando por medio de silbato a los vecinos, se emplean por lo menos seis o siete minutos, por término medio, en cada casa, al tener que dejar únicamente la correspondencia en un lugar definido la operación es cuestión apenas de segundos.

Los casilleros individuales representan una mejora considerable en la distribución de la correspondencia. Esto es un hecho. Entre otras ventajas, el sistema ofrece seguridades que evitan la manipulación por personas extrañas al servicio de la correspondencia. En Portugal ha tenido aceptación el sistema, a pesar de que allí los edificios, en general, son de pocos pisos. Tal aceptación fué debida a que las Corporaciones municipales incluyeron en sus ordenanzas la obligatoriedad de instalación.

Varias disposiciones y circulares del Ministerio de la Gobernación aluden razonadamente a este punto, señalando la conveniencia de que en el mayor número de edificaciones se proceda a instalar los mencionados casilleros-apartados y se considere obliga-

do en las nuevas construcciones.

En este aspecto convendría que la Delegación del Colegio de Arquitectos estimulase por los medios a su alcance tan interesantes instalaciones. Por otra parte, la comodidad y rapidez de los distribuidores se extendería lógicamente a los destinatarios de la correspondencia. En un gran edificio de doce o catorce pisos sería absurdo repartir las cartas subiendo o haciendo bajar a los interesados. Y encomendarlas a la portería disminuiría, cuando menos, la rapidez del servicio.

Pronto todo esto será una realidad. Nuestro Cuerpo de Correos merece un sincero agradecimiento y un pleno reconocimiento de todos sus triunfos.

#### EPILOGO

No es necesario extenderse más. Con lo dicho sobra para dar una idea de la carta y sus alrededores. Del mensajero a uña de caballo hasta este modelo de ley, pasando por la silla de posta, van muchos desvelos y muchas batallas ganadas.

Y esto, además, había que decirlo hoy, que en la amable intimidad de nuestros asuntos bailan las «felices Pascuas» a tiempo gracias a una organización incansable, cuya manifestación visible es el cartero, para quien es igual frío que calor, porque siempre llega.

Carlos Luis ALVAREZ  
(Fotografías de Aumente.)



Mecanización y transporte que se traduce en vertiginosa rapidez cuando sólo faltan escasos minutos para el alcance de los correos

# EL SEGURO PRIVADO EN LA CONCIENCIA POPULAR

ME referiré a España, como es natural, y prescindiré a sabiendas de toda comparación con otros países y de traer a colación estadísticas y datos numéricos y reflexiones de cualquier clase que no sean las imprescindibles para corroborar mis asertos.

Encaja, pues, este artículo más en el campo de la realidad que en el del análisis o examen de los elementos que concurren a la perfección del contrato de seguro, y examinaré la cuestión muy superficialmente por la escasez de espacio de que dispongo y porque lo que pretendo con ello no es otra cosa que llamar la atención del público sobre algo que atañe esencialmente al bienestar del individuo y de la familia, en mayor grado que cualquier otra forma de ahorro.

Porque el seguro, en definitiva, no es otra cosa que el ahorro perfecto.

Y comienzo por afirmar sin temor a ser rectificado que el pueblo español, por las causas que fueren, y que no vamos a detallar, no siente en realidad el seguro, y es preciso que lo comprenda, porque, comprendiéndolo, ha de cultivarlo con el mismo afán con que practica otras cosas que se consideran precisas para la satisfacción de las necesidades vitales.

En el seguro sobre la vida humana caben todas las combinaciones y modalidades que desear pudiera quien se preocupa del bienestar propio y de sus familiares. El seguro de educación, el dotal, el de toma de estado, el diferido, el de amortización de préstamos, el de rentas y tantas otras variedades que pudieran citarse solventan satisfactoriamente cuantas incidencias se produzcan en el transcurso de la vida. Y el seguro de vida entera, como los mixtos y temporales, y el de incendios y el de accidentes y otros de igual categoría son instrumentos preciosos para lograr que en cualquier adversa circunstancia no sufra o se pierda el patrimonio que tanto cuesta adquirir, a veces con sacrificios evidentes, ni queden abocados a la indigencia los seres queridos cuya protección nos interesa en el transcurso de la existencia y después de nuestra muerte.

Pues esto que es una verdad innegable no está suficientemente ahincado en la conciencia popular, ni en las clases adineradas, ni en las llamadas medias, ni en las populares por excelencia. Si sobre ello se meditara un poco nada más, los evidentemente débiles agradecerían desde lo más hondo de su alma los esfuerzos públicos y privados que se empeñan en poner a su disposición instrumentos de previsión insospechados hace pocos años, y los que disponen de mayor o menor suma dineraria acudirían al seguro en demanda de protección para toda clase de riesgos.

El índice de precios en el año 1953 es muy superior, sin duda, al de 1935, y aun al de 1942, y los valores inmobiliarios sobre todo no tienen la estimación que les correspondía en los años citados de 1935 y 1942, año que la retasan ampliamente en todos sentidos. Y no digamos nada en cuanto al valor de la vida humana y la tasación que merece hoy el esfuerzo individual, que debieran traducirse en una escala ampliamente remuneratoria que cubriera los riesgos múltiples a que el individuo está sujeto en sus actividades.

Pues bien, estas diferencias no se acusan en el seguro español. He prometido no traer a este artículo estadísticas ni cifras que muchas veces no se entienden y otras sólo contribuyen a la confusión de ideas primarias y de verdades que, como tales o no necesitan demostración o es ésta tan evidente que con sólo enunciarlas se comprenden.

Son raros los asegurados españoles que se preocupan de revalorar su propia vida y sus patrimonios para ajustarlos a la economía presente. Únicamente pudéramos quizá exceptuar de esta tajante afirmación cuanto se relaciona con el seguro de accidentes y de daños a terceros y responsabilidad civil; pero aun en estos seguros no se advierte afán mayor por una adecuación de precios entre el futuro del valor asegurado y las cifras realmente aseguradas.

Singularmente en algunos seguros, y en especial en el de incendios, ya debiera haberse advertido una corriente general entre los asegurados presentes y los futuros para asegurar estos bienes ajustándolos a sus verdaderos precios y valores actuales. Aunque existen casos particulares

que se han preocupado del reajuste económico de los seguros, no podemos elevar esta conducta a tesis general, sino que debemos clasificarla como excepción de lo que realmente ocurre.

¿Y esto por qué? Pues sencillamente porque el asegurado español presente y futuro no está suficientemente preparado para entender el seguro en su verdadero alcance y no está, por tanto, persuadido de su utilidad y de su conveniencia, y en muchos casos de su absoluta necesidad, y, por desgracia, los asegurados en general más atienden al costo de la prima que a otra cosa cualquiera inherente al seguro. Y ¿qué ocurre? Pues ocurre lo inevitable; que aquellas primitivas 50.000 pesetas de un seguro sobre la vida concertado en el año 1935 ó 1942 no son hoy las 50.000 pesetas consideradas entonces como suficientes, y aquel valor del inmueble de 500.000 pesetas no son hoy aquellas 500.000 pesetas, sino una cantidad relativa absolutamente distinta e inadecuada para los fines perseguidos por el seguro.

Y cuando se tropieza con las consecuencias de esta imprevisión todo son inectivas contra la institución aseguradora y contra el seguro en general. No piensan los interesados que su propio descuido y su desconocimiento de lo que es en esencia el seguro constituyen las causas fundamentales de sus quebrantos económicos. Y no tiene nada de extraño que en esta situación de ánimo se lancen críticas y se formulen quejas que atañen al funcionamiento, solvencia y seriedad de las entidades aseguradoras, entre las cuales habrá alguna, sin duda (en qué institución humana cabe la perfección), que no merezca juicio favorable; pero la inmensa mayoría no es acreedora a esas insinuaciones impremeditadas, pues su funcionamiento es normal, sus garantías igualan, por lo menos, a las que la ley exige para responder de las obligaciones contraídas, su trato con los asegurados es deferente y cordial y francamente orientado al beneficio de su clientela, y, en suma, reúnen las condiciones necesarias para que el público las respete, y las estime, y las utilice sin el menor recelo. Y esto, que es innegable en el seguro privado, lo es más, si cabe, en el seguro estatal o paraestatal.

Y si lo que hemos dicho tiene aplicación inmediata a los ya asegurados, no digamos nada de lo que ocurre con los presuntos candidatos al seguro. Adquirir un seguro en el ramo de vida tiene dificultades innumerables, podríamos calificar de exageradas; valorar un riesgo en otros bienes tropieza con resistencias que, en definitiva, se traducen en una merma de la prima a pagar, sin tener en cuenta que esta prima no absorbe la totalidad del riesgo que debiéramos cubrir. Y si, como al principio digo, exceptuamos aquellos seguros específicos, como el de automóviles, en todas sus modalidades, y el de accidentes, cuya contratación se verifica ya sin necesidad de propaganda, tendremos que convenir en que adquirir otros seguros requiere una labor constante, tenaz y en muchos casos dura y abnegada por parte de aquellos que se han impuesto esa misión.

Todo esto prueba que el público español no siente todavía la necesidad del seguro ni tiene perfecta conciencia de su alcance y, en consecuencia, no lo practica.

Si de algo valiera mi consejo, no dudaría en expresarlo y sería sin reservas mentales de ninguna especie, un consejo vehemente, fruto de un convencimiento profundo. El seguro merece la consideración pública; el seguro constituye el ahorro perfecto; el seguro puede y debe practicarse con la mayor suma de sacrificios económicos, porque en él está la mejor salvaguardia de nuestros intereses y del bienestar de los nuestros.

Con motivo de las inundaciones ocurridas en el norte de España se han visto ejemplos clarísimos que confirman plenamente estas aserciones, y eso que se trata de una región que pudiera ser modelo de previsión dentro de nuestra Patria. Y este fenómeno no es paralelo a la cultura ni es proporcional a los valores en juego, porque muchos de cultura extensísima y de intereses cuantiosos sufren ahora las consecuencias de una imprevisión que en muchos casos no se comprende.

Miguel FORTUNATO TONI  
(Director General de Seguros)

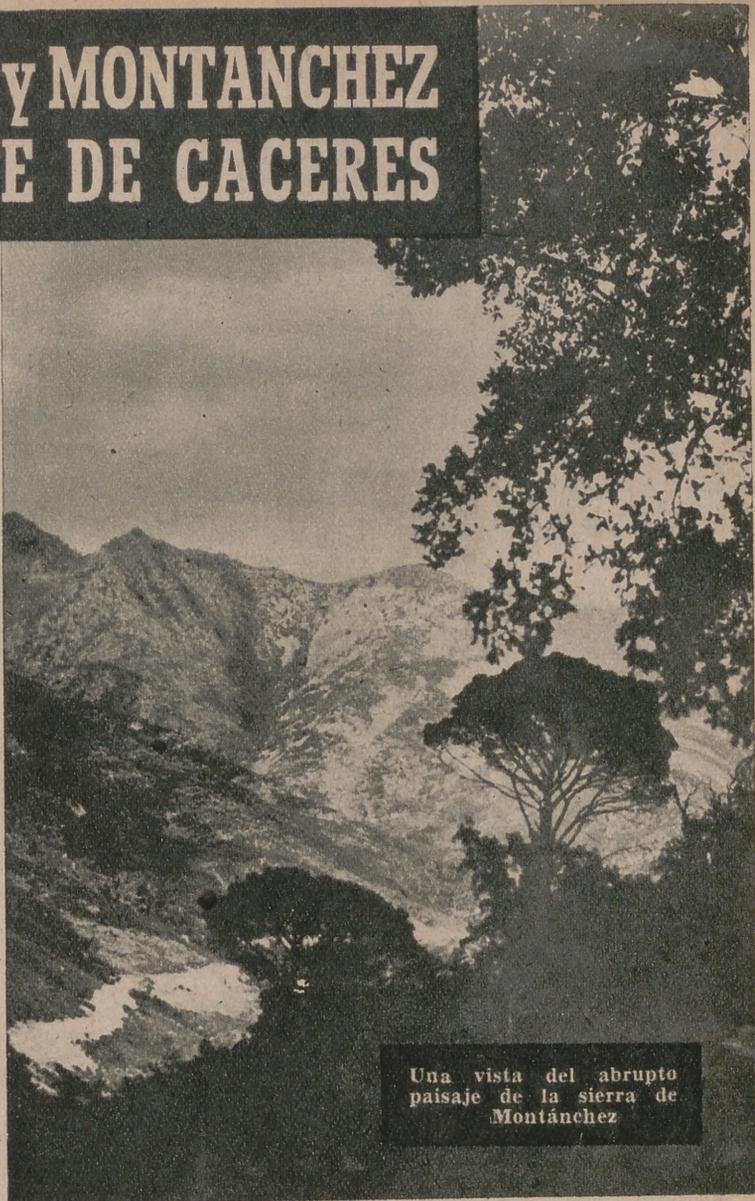
# ALMOHARIN y MONTANCHEZ EN EL OESTE DE CACERES

UNA TIERRA RICA  
EN MINERALES  
QUE ASEGURA  
EL FUTURO DE  
SUS HABITANTES

Encima de la  
sierra hay toma-  
tes, jamones y  
buena música

PARA trepar a Montánchez, un pueblo que está encaramado en las rocas al oeste de la sierra de su nombre, a 800 metros de altura, hay que ascender por una cuesta que empieza en el valle del río Búrdalo, antes de llegar a Almoharín, la tierra de los higos.

En Almoharín hacemos una imprevista parada, debido a una avería del coche. Está oscureciendo. Por la alameda de la carretera pasean grupos de jovencitas y algunas familias, y a lo lejos, en el pueblo empiezan a parpadear las luces eléctricas recién estrenadas. En la esquina del camino que une a Almoharín con la carretera hay un carro parado. Pertenece a un vendedor ambulante de ajos, campesino de oficio, pero que, en cuanto afloja el trabajo de la azada, coge el carro, engancha la mula y sale a la buena de Dios a vender ristras de ajos a las mujeres de los pueblos. El chófer me presenta como médico, y el hombre, después de ofrecerme su cena—pan untado en ajo, cecina e higos—, me explica que a doce kilómetros está el balneario de La Parrilla. Ya lo sé. De sus fuentes mana un agua bicarbonatadacálcica, con un poder radiactivo de 187 voltios-horilitro, que se recomiendan en las enfermedades del estómago. A Extremadura sólo se la concibe a través de sus dehesas, de sus ganados y de sus conquistadores. Pero también es una tierra rica en minerales, lo que tiene una doble importancia económica y médica. Económica, porque las minas están asegurando el pre-



Una vista del abrupto  
paisaje de la sierra de  
Montánchez

sente y futuro de la gente de por acá. Y médica, porque las aguas se convierten en fuentes de salud al impregnarse de toda la potencia interior de esta tierra fuerte. No es sólo La Parrilla. Es también Quesada y Torremocha, de calidades ferruginosas y virtudes antianémicas y reconstituyentes. Y como arriba Valdeolosata, con una radiactividad de 1.910, y como abajo, ya en Badajoz, Alonje, con una potencia de 7.950 v.-h.-l., que sólo es superada en España por Valdemorillo y Almeida. Y lo curioso del caso es que junto a cada uno de estos balnearios hay una mina, y si no la hay, se la debe buscar, porque allí está indudablemente. En el caso de La Parrilla, está la mina Adelaida, de la que se extrae estaño y scheelita. Pero dejémoslos de minas y sigamos nuestro camino, que el coche ya está arreglado.

## ENCIMA DE LA SIERRA HAY TOMATES, JAMONES Y BUENA MUSICA

Otra vez estamos en marcha, aunque ahora más despacio, no por culpa del motor, sino de la carretera, que, dando vueltas y revueltas, se va empinando en la

sierra, que presenta, frente a nosotros, su mole oscura. A nuestras espaldas nos despiden las luces de los pueblos y caseríos del valle con un alegre tintinear, mientras que los faros van descubriendo largas reatas de bestias cargadas de sacas que avanzan silenciosamente en fila india. Van de feria a un pueblo cercano.

Al cabo de dos horas de esquivar esportadas de mulas, romper tinieblas y subir una retorcida cuesta de quinientos metros de desnivel, llegamos a la entrada de Montánchez. Pero todavía una postrera parada. Es un motorista que nos detiene para pedirnos que le alumbremos con los faros porque se ha enganchado la cadena.

—¿Hay aquí muchas motos?—le pregunto.

—No muchas.

—¿De dónde viene?

—De Cáceres. Soy el juez de Primera Instancia.

Cruzamos unas cuantas frases de cortesía y nos despedimos hasta luego. Dice que frecuenta una tertulia en la plaza y que conversando me podrá enterar de todo lo que deseo. A la plaza voy a parar yo, a una fonda cuya cocina tiene el techo cubierto de toma-

En las llanuras de las estribaciones de Montánchez se encuentran estas maravillosas dehesas donde se celebran las ferias de ganado de la provincia



tes que fueron colgados verdes y ya están maduros y en cuyo comedor hay un piano y encima una flauta. «Aquí vive un músico», pienso, y me equivoco, porque viven, no uno, sino varios músicos: una familia entera. Son de Granja de Torrehermosa. El cabeza de familia es director de banda. Y en cuanto a los hijos, Juan Ramón toca el fiscorno en Madrid, tras de ganar una refñida oposición; Manuel sopla el saxofón en Cáceres, y de los dos pequeños, Isabel estudia piano y Toni, el violín. El don musical les viene de herencia, puesto que el abuelo materno rasgaba con arte la guitarra y el bisabuelo hacía suspirar el violín.

#### EN CADA CASA SE CURAN 150 JAMONES

A las once bajo a la plaza. El mocoerío que la alegraba a mi llegada ha sido sustituido por unas cuantas tertulias que forman corros en torno a mostradores. Así, pues, sin haberlo organizado, heme aquí en el centro de un ccoloquio sobre todos los temas y comidillas del pueblo. Mis contertulicos son don José María Crespo Márquez, juez de Primera Instancia de Montánchez; Fulgencio Solís, explotador de casiterita; Julio Lozano Galán y José Flores Bohoyo, uno estudiante y otro abogado, y, por último, Aurelio, un hombre de aspecto vivo y simpático, que va de acá para allá porque le han «soplado» que esta noche van a robar en su mina, y anda inquieto. También nos hace tertulia el dueño del bar y otras personas que se aproximan de paso, saludan, dan su noticia y se marchan.

En Montánchez, antes de la guerra, había dos casinos, que representaban dos tendencias políticas y dos presuntas clases sociales. Hoy todo el pueblo se ha unificado en un solo cine. La gente ha elevado su nivel de vida como en todas partes. Hay 6.500 vecinos y, como pueblo serrano, no tiene problema de agua, que mana por cualquier parte, sin que nadie la aproveche para regar una huerta, porque en Montánchez no hay huertas, aunque la propiedad esté muy repartida por el término, excepto la sierra, que pertenece a cuatro o cinco propietarios fuertes.

Un contertullio no está conforme e interrumpe la conversación. —No haga usted caso de lo visto, que la vista engaña. Ahí en donde ve, en cada casa hay bo-

degas en donde se curan de cien a ciento cincuenta jamones. Este por lo menos tiene trescientos—me dice, señalándome uno coloradote.

—No haga caso.

—¡Vamos, que miento!

—¿Cuántos vecinos, cuántas casas hay en Montánchez?

—De mil a mil quinientas aproximadamente. Tiene 6.500 habitantes.

—Pongamos mil doscientas cincuenta bodegas. Ahora, ¿cuántos jamones se conservan en cada bodega?

—Una con otra, digo que cincuenta.

—Pues mil doscientos cincuenta por cincuenta son sesenta y dos mil quinientos jamones.

La conversación recae ahora sobre el vino. Aquí se cría un vino blanco muy bueno, de dieciocho grados lo menos. Le llaman «entoldado» o «envuelto». Es fuerte y de mucho sabor. La producción del pueblo oscila entre los 200.000 y los 300.000 arrobas, pagándose la de vino fresco de 60 a 70 pesetas, y la de añejo, de 110 a 120.

#### EL ESTAÑO, MODERNA RIQUEZA DE CACERES

—Ahora mismo, usted no hable a la gente de vino ni de jamones. Háblele de estaño.

—¿También aquí?

—¿Cómo que «también aquí»? Las minas fueron la mayor riqueza del pueblo en 1952.

—¿Cuándo se descubrió el estaño?

—No se ha descubierto. Se sabía que existía. Pero como no era

wolframio, se tiraba. En 1940, cuando pasó la segunda fiebre del wolframio, fué cuando se pensó en que también podía dar algún dinero.

—Los primeros yacimientos los denunciaron el tío Pitito y un buscador de oficio llamado «El Diablo». Luego vinieron mineros de Cáceres. Don Pedro Cabrera y don Antonio Alvarez, dueño del hotel, hicieron varias denuncias.

—No crea que son grandes minas. Hay algunas que valen millones. Pero la mayoría son pequeñas explotaciones, a veces individuales, que luchan con el problema de la adquisición de grúas.

—¡Si fuera contra eso solo! Diga que, además, están los rateros. Está el mineral tan a flor de tierra que, por la noche, se va la gente a la rebusca, a ver lo que encuentra, y luego, por la mañana, se lo van a vender quizá al mismo propietario.

—Eso indica que hay mineral para todos.

—¡Toma! En algunas minas hubo semanas en las que se ha pagado de dos mil a tres mil duros a treinta obreros.

—Entonces, que si quiero hacerme rico no tengo más que coger un pico y una pala y venirme a Montánchez, porque aquí hay minas de verdad.

—Sí, las hay. Y cada vez tienen más importancia. Mire si la tienen, que recientemente, no hará seis meses, que se ha creado una Sección Minera en el Sindicato del Metal.

Antes de 1936 no existía una producción seria de casiterita. Después, tampoco; pero vino la fiebre del wolframio y la gente del campo se dió cuenta del inmenso valor que podían tener unos pedruscos negros y empezó a diferenciar unos minerales de otros, comprendiendo que no es tan absurdo sacar de las piedras pan. Cuando se acabó la demanda de wolframio y de scheelita, echaron mano a lo que había y se tropezaron con el estaño, y como era un mineral de fácil beneficio y que se pagaba para ellos bien (ahora, creo que a 40 pesetas), pues se dedicaron a recogerlo y se lo vendían a mineros más ricos, los que cobraban en la fundición 65 pesetas, obteniéndose así un beneficio de 25 pesetas, aparte del transporte.

Este tipo de explotación, un tanto anárquica y muy californiana, del minero individual que sólo dispone de un azadón y de un

Se halla a la venta el número 23 de

## POESIA ESPAÑOLA

en el que colaboran Juan Emilio Aragonés, Dmytro Buchnaskyj, Pablo Cabañas, Jaime Campmany, Eduardo Cote Lemus, Fernando Díaz Plaja, C. Fernández Luna, José Hierro, Rafael Lasso de la Vega, Ernesto Mejía Sánchez, Rafael Melero, Eugenio de Nura, Leopoldo Panero, Miguel de Salabert, José María Souvirón

El ejemplar se vende a 10 pesetas. Si desea suscribirse, solicítelo a la Administración de POESIA ESPAÑOLA,

Pinar, 5 - MADRID

capazo, ha producido interesantes descubrimientos de estaño, no sólo en Cáceres, sino también en Galicia, Salamanca, Zamora y Córdoba, mientras que se han intensificado las labores en las minas de Cartagena. De este modo se ha alcanzado en España una producción anual de 1.300 toneladas, que casi nivela nuestras necesidades, que son de 1.500 toneladas cada año. Calculando a 1.500 libras esterlinas la tonelada de casiterita, esta explotación irregular y un tanto picaresca del estaño ya ahorra a nuestro país divisas por valor de 1.850.000 libras esterlinas, lo que no es nada despreciable.

### EN LA SIERRA HAY REBOLLOS Y CUATREROS, RAPTORES DE NINAS

Pero no todo el corro está conforme con la riqueza que representa el estaño. Hay alguien que protesta y dice:

—Ahora está de moda el estaño, como antes lo estuvo el wolframio y la scheelita; pero todo eso pasará—interviene otro contertulio, que hasta ahora ha permanecido callado—; en cambio, tiene más importancia la riqueza forestal. Un rayo puede partir un árbol. Podemos talar cien; pero en la sierra hay muchos, muchos. Lo malo es que no los dejamos en pie. Todos los años se queman pequeños robledos de medio metro y se deja que las vacas entren y se coman mucho rebollo.

—¿Qué es el rebollo?

—La planta en pequeño. Rebollo existe aquí desde las gargantas del Arroyo Molinos hasta Ribera de Torres, que son las cuestas de subida. Pero no se le deja crecer. Y si se dejara, ¡en diez años se multiplicaría el valor de la finca! Y no sólo hay robles. También hay mucha plantación de higuera, que sigue en aumento, y gran cantidad de olivos, que producen más de 60.000 kilos de aceite.

Son las tres de la madrugada; pero como si fueran las once de la noche.

En este momento, en vez de desperdigarse los contertulios, se anima la reunión. Hablan de ir a dar una serenata a unos novios en un hotel de «La Bodeguilla».

—¿Adónde cae eso?

—No se preocupe usted, que vamos en coche—dice uno.

—Sí, está lejos—añade otro. Pero aquí, con tal de dar serenatas, van, si es preciso, a Cáceres. Ahí tienen cuatro o cinco coches.

Pero ya es hora de irse a dormir, que son cerca de las cuatro y mañana, esto es, hoy, he de continuar mi viaje. Cuando me quedo solo en mi alcoba y la barahunda de la gente de la serenata se va diluyendo en el silencio de la noche, de todo lo que me han contado únicamente me bulle en la cabeza la historia de la niña raptada, que queda como recuerdo final de mi estancia en Montánchez. Dicen que sucedió no hace mucho, pero vaya a saberse cuándo fué. Estaba de moda una copla cuyo estribillo es el siguiente:

«¡Ay, que me llevan, que me llevan,

No sé dónde me llevarán.  
Si a Francia o a la raya de Portugal.



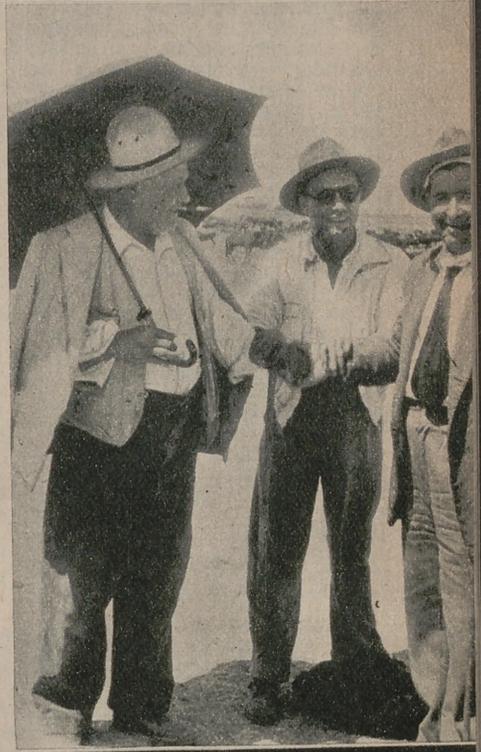
Un mercado típico en las calles del pueblo serrano de Montánchez

Varias personas declararon que vieron a un hombre que llevaba una muchacha a caballo y la oyeron gritar: «¡Que me llevan!» ¡Que me llevan!», pero como estaba la canción tan en boga, creyeron que todo era pura broma. Y si lo fué nadie lo sabe, porque a la chacha (así llaman acá a las chicas) jamás se la volvió a ver. Tal vez la raptó el demonio. Tal vez uno de esos cuatrerros audaces que por aquí cruzan la sierra empujando el ganado de un lado para otro. De su desaparición sólo ha quedado la señal en La Cruz de Lázaro.

### UN MERCADO DE TOMATES Y OTRO DE GANADOS

En fin, que me acuesto a las tres y pico de la madrugada, pensando que aquí la gente se levanta tarde y voy a poder dormir hasta las once por lo menos. Pero, ¡ca! A las siete ya me han desvelado el vocerío de los vendedores de la plaza y el solazo que se cuele por el balcón. En Montánchez creo que no hay ferias, pero todos los días se celebra un animado mercado en la plaza, en el que se venden hortalizas, legumbres secas, huevos y volatería. Y cuanto más temprano se acuda, mejor se compra; por lo que veo el horario que me dieron anoche sólo reza para una pequeña parte de la población. Como no puedo dormir, me levanto y salgo a la calle. De mañana, es la más bonita hora de ver un pueblo. Este se encuentra en la parte poniente de la sierra, a ochocientos metros de altura, dando frente a las llanuras de Albalat y Torremocha, que diviso a mis pies. Las calles, como serranas, son pendientes, pero están empedradas y limpias. Hago una visita obligada a la iglesia de San Mateo, que es la parroquia, y al castillo, que sólo conserva en pie sus paredes más gruesas y guarda vestigios romanos y árabes. De todos los extremos que he visto, es el más derruido y abandonado. También aquí, como en Trujillo, existe una Virgen de la Consolación, coronada en 1950, que se llama del Castillo, porque dicen que se encontró allí y allí sigue en una ermita.

A las doce salimos para Valde-



Feriantes de todos los rincones de la Península llegan a la provincia de Cáceres. El trato se ha hecho y las dos partes se estrechan las manos

fuentes, que está en un valle entre dos cerros. Entre el pueblo y la carretera hay una llanada inmensa. En ella es donde se celebra una feria de ganado vacuno; pero también hay caballos y mulas, bastantes ovejas y nutridas piaras de cerdos. A la feria suelen acudir hacendados acomodados, ricos cortijeros y los tratantes de ganados.

Me dicen que incluso viene a la feria un grupo de Madrid que compra más de cuarenta terneras a mil pesetas la pieza y las envía rápidamente a su punto de destino en un camión que tienen preparado.

Dejamos Valdefuentes y seguimos camino adelante en dirección a Coria.

Octavio APARICIO LOPEZ  
(Enviado especial)

# PARA ORIENTACION DE LOS HOMBRES CASADEROS



UNA INTERESANTE AUSCULTACION DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA

## EL 53 POR 100 DE LAS JOVENES ESPAÑOLAS NO TIENE NOVIO

HE aquí una importantísima auscultación que ha realizado el Instituto de la Opinión Pública entre las jóvenes casaderas de nuestro país. Y decimos importantísima porque de ella dependerá la futura orientación que los hombres, con propósitos de contraer nupcias, den a sus actividades profesionales, a sus inclinaciones sentimentales, al color de su pelo y hasta a la manera de decir con todo el sentimiento de su corazón: «Vida, esta noche no puedo venir a cenar, porque tengo una reunión muy importante con el presidente del Consejo de Administración.»

Examinemos, pues, las consecuencias que se deducen de los adjuntos resultados numéricos:

Las mujeres prefieren a los hombres que van para maridos futuros, formales y serios; nada de alegres y dicharacheros, que luego se van con los amigos a jugar una partida de póker mientras la dulce esposa se queda fregando los suelos para que las visitas encuentren la casa limpia. Sin embargo, una cosa es la seriedad y otra la melosidad. El 69 por 100 de las mujeres auscultadas prefieren un marido meloso, un marido de esos que, cuando le estén poniendo las zapatillitas

junto a la chimenea o frente a la estufita eléctrica diga, mientras acaricia la cabellera de su mujer:

—¡Qué buena y qué mimosa es mi pequeñita!  
Y luego...

### EL HOGAR Y LA EDAD

No todo consiste en «Contigo, pan y cebolla». La mujer, al fin y al cabo, tiene la misma facultad de pensamiento que el hombre y, por tanto, capacidad de discernir frente a la preferencia de las condiciones morales de su futuro cónyuge. Las tres cualidades más importantes que debe reunir el esposo en ciernes son: religioso, trabajador e inteligente, por este orden. Es, desde luego, muy significativo el que la primera preferencia vaya por la formación religiosa del hombre. Religiosa, en este caso, quiere decir católica. La mejor aspiración de una mujer en España es formar un hogar cristiano, y, como esencia y símbolo de él, está la legítima aspiración de un marido religioso, trabajador e inteligente.

Un hecho sintomático de cómo ha influido la personalidad propia del hombre en el pensamiento de la mujer joven es que hoy

se concede mayor valoración a la valía de cada individuo, a sus condiciones intelectivas y morales antes que a ninguna otra. Así, eso que pudiera parecer una buena cualidad desechada por las jovencitas en edad de merecer, como es el pertenecer a «una familia distinguida», ha quedado relegado a un término muy lejano, tan lejano que casi no cuenta para nada.

Pasemos a otro capítulo, al capítulo del color del pelo. Del examen de las presentes cifras se deduce que los morenos se las llevan de calle. El tipo de hombre interesante, de galán a lo Wálter Pidgeon como ejemplo de una sensatez reflexiva, también tiene su importancia, y las muchachitas que—bueno, alguna vez, sí—leen novelitas rosas, no olvidan lo tremendamente impresionante que es un pretendiente lleno de negocios, con prestancia financiera, dueño de un rancho en Texas, capitán de un moderno y veloz yate y, por añadidura, con canas en las sienes. No me digan ustedes que no es para desfallecer...

### PRIMERO, LOS MEDICOS

La Facultad de Medicina puede estar de enhorabuena. Ahora, cuando una linda damita a la



## ENCUESTA

1.ª A una gran virtud suele acompañar pequeño defecto, ¿cuál de estos dos tipos hombre cree usted que puede hacer más a una esposa?

- Jovial, aunque un poco ligero de cascos ... 34 %
- Formal, aunque poco optimista. 63 %
- No contestan ... 3 %

2.ª Y de pecar su marido de meloso o adusto, ¿qué preferiría? (Por favor opte por una de las dos posibilidades.)

- Meloso ... 69 %
- Adusto ... 29 %
- No contestan ... 2 %

3.ª ¿Cuáles son para usted las tres cualidades más importantes que debería reunir su futuro esposo?

- Religioso ... 64 %
- Trabajador ... 58 %
- Inteligente ... 54 %
- Rico ... 26,5 %
- Guapo ... 23 %
- Bondadoso ... 22,5 %
- Simpático ... 21 %
- Galante ... 12 %
- De familia distinguida... 6,5 %
- Media de sin respuesta ... 12 %

4.ª ¿De qué color le gustaría que fuese el pelo de su novio?

- Negro ... 49,5 %
- Castaño ... 20,5 %
- Rubio ... 13,5 %
- Con canas en las sienes ... 12,5 %
- Media de sin respuesta... 4 %



que un apuesto joven—por falta de adjetivos oportunos no se enfadará nadie—estreche en sus brazos en un volandero vals—palabra que no lo hemos leído en ningún sitio—, ha de decir, cuando sea inquirido sobre su profesión futura:

—Yo soy estudiante de Medicina. Y habrá quedado mucho mejor que si acreditase su ingreso en una de las más tradicionales Escuelas Especiales.

Los médicos ocupan el primer lugar en las preferencias profesionales de los sueños nupciales —tra, la, la—; se entiende los médicos de capital, porque los rurales no aparecen para nada. En fin, a lo mejor estamos equivocados y menospreciamos el espíritu de sacrificio de nuestras mujeres.

Lo que sí es cierto es que seguimos como en los mejores tiempos del más puro romanticismo. La profesión de millonario, que no es manca, ni mucho menos, no entra en los cálculos de las jóvenes esposas. ¡Claro, quizá han oído hablar de eso del impuesto sobre la renta! Sin embargo, la profesión de empleado, con su sueldecito fijo, su paga extraordinaria en Navidad y su jubilación, que no le da ni para una cajetilla de «Bisonte», ocupa el cuarto lugar, después de los médicos, ingenieros y hombres de negocios. Lo que no aparece destacado en las preferencias femeninas españolas es el deseo de matrimoniar con un torero. Pe-

ro, mujercitas, ¡qué ván a decir los turistas!...

**ALGUNAS HACEN MILAGROS**

Ahora llega un capítulo de alto valor para el hombre: se trata del relativo a los ingresos mensuales. La mayoría de las mujeres necesitan para la administración de su hogar de 2.500 a 3.500 pesetas mensuales: para ella, para su marido y para los gastos de la casa, que la casa también los tiene, como no.

Con menos de 1.250 pesetas mensuales hay desgraciadamente muy poquitas mujeres que puedan hacer milagros. No obstante, tan raras y preciosas joyas debían de llevar un cartelito colgado al cuello indicando su especialidad. Les aseguramos que tendrían verdaderas legiones de aspirantes a su taumaturga mano.

En la segunda categoría de administración casera, o sea de 1.250 a 1.750 pesetas al mes, existe ya un mayor contingente. Estas virtuosas, no tanto como las anteriores, pero con su meritillo, desde luego, también pueden estar seguras de que el fantasma de la soltería está lejano para ellas. En cambio, las que vienen después, como no estudien más a fondo economía... Pues ¿y qué me dicen de esas derrochonas que necesitan más de 5.500 pesetas al mes? ¡Lo que hay que ver, hija, lo que hay que ver!

**LA TEORIA DEL «FLECHAZO»**

Nos encontramos con el impor-

tante problema de si las novias y los novios deben ser como los cepillos de dientes, es decir, de uso personal, intransferible y estrenados por el propio consumidor. El Instituto de la Opinión Pública no ha descuidado tan singular faceta, muchas veces—y esto es en serio—causa primordial en la futura paz del hogar.

La mayoría de las consultadas se definen por la semejanza en su grado máximo: es decir, ni el novio ni la novia han debido de tener otro amor anterior; nada de modistillas ni de estudiantes de Caminos, que luego, si te vi no me acuerdo; nada de eso. Hay que tener presente lo que dicen las mamás:

—Elenita, hija, ten cuidado, que los hombres son muy malos.

Y lo que dicen los papás:

—Felipito, hijo, ten cuidado, que las mujeres son unas lagartonas.

Con estas consideraciones viene lo del «flechazo». El «flechazo» es esa manera de conquistar que tiene Gregory Peck, por ejemplo. Y como los jóvenes dispuestos a la conquista no son todos parecidos al famoso astro —vamos, eso creemos todos, ¿o no?—, pues las auscultadas, en muy buena lógica, opinan que el amor requiere tiempo. Y si no que se lo digan al novio de nuestra prima Elisita, que lleva diez años de relaciones y todavía no se ha acercado, ni de refilón, por la calle de la Pasa.

**5.ª ¿Qué profesión le gustaría para su futuro marido?**

Médico ... ..	18 %
Ingeniero ... ..	13,5 %
Hombre de negocios ... ..	13,5 %
Empleado ... ..	7,5 %
Abogado ... ..	5 %
Mecánico... ..	3 %
Labrador ... ..	2,5 %
Militar ... ..	5 %
Aviador... ..	2 %
Arquitecto ... ..	2 %
Chófer ... ..	2 %
Millonario... ..	2 %
Otras profesiones ... ..	24 %

**6.ª Piense que es ya administradora de su hogar conyugal. ¿Con qué ingresos mensuales piensa usted que podrían vivir usted y su esposo?**

Menos de 1.250 pesetas ... ..	8 %
De 1.250 a 1.750 ... ..	14 %
De 1.750 a 2.500 ... ..	27 %
De 2.500 a 3.500 ... ..	28 %
De 3.500 a 4.500 ... ..	6,5 %
De 4.500 a 5.500 ... ..	8 %
Más de 5.500 ... ..	4,5 %

**7.ª y 8.ª De estas dos alternativas, ¿cuál cree usted que conduce mejor a la felicidad conyugal? (Casarse con el primer novio o haber tenido otros novios antes.) ¿Y con respecto a su marido? (Que usted sea su primera novia o que haya tenido otras novias antes.)**

Que ni él ni ella hayan tenido otros novios antes ... .. 54 %

Que ambos hayan tenido otros novios antes ... ..	14,5 %
Que él haya tenido novia, pero ella no novio ... ..	15,5 %
Que ella haya tenido novio, pero él no novia... ..	11 %
No contestan ... ..	5 %

**9.ª ¿Cree usted que el verdadero amor surge por «flechazo» o que requiere tiempo?**

Por «flechazo» ... ..	35 %
Requiere tiempo ... ..	62 %
No contestan ... ..	3 %

**10. ¿Cómo conocieron a su novio la mayor parte de sus amigas?**

Paseando ... ..	40 %
En un balle público o salón de té ... ..	25 %
Por conocimiento familiar... ..	11,5 %
En el lugar de trabajo... ..	7,5 %
En un «guateque» ... ..	6 %
En un viaje ... ..	3 %
En la parroquia ... ..	2 %
En una visita ... ..	2 %
No contestan ... ..	2 %

**11. ¿Le gusta que los hombres la aborden directamente o cree que deben esperar a ser presentados?**

Deben esperar a ser presentados ... ..	36 %
Deben abordar directamente ... ..	62 %
No contesta ... ..	2 %

**12. ¿Cuánto tiempo piensa usted que debe durar el noviazgo?**



### LA CONQUISTA HA DE SER DIRECTA

Aunque parezca mentira, Aristóteles ha influido — indirectamente, eso sí— en los noviazgos de las amigas de las interrogadas. El 40 por 100 de las amigas conocieron a su novio paseando. Lo que no especifican es después de cuántos kilómetros de paseo. Luego están las que lo conocieron en un baile público o salón de té, y después intervienen las de los conocimientos familiares. Aquello de que dice la abuelita:

—Elenita, tú a quien debes de hacer caso es a tu primo Rupertito, que es de muy buena familia, muy trabajador; lleva siete años preparando notarias, y además me convida a chocolato siempre que viene a vernos.

Ante tales razonamientos, la pobre Elenita no tiene más remedio que insinuarse, eso sí, con toda discreción y habilidad, ante el abobado de su primo, que tiene una cara tan sosa como el argumento del Código Civil.

Las mujeres de nuestro tiempo prefieren la acción, la emoción y la audacia. Así, un novio que quiera ser marido debe ser valiente y abordar el problema —el problema en este caso tiene nombre de mujer—. No hay que tener miedo: a ellas les gusta esta manera de operar. Así lo atestigua ese 62 por 100 que posponen la presentación a la toma directa.

Hay, pues, que decidirse de una vez, y al divisar a la morenita que nos encontramos todos los

días en el Metro, cuando vamos a trabajar, tenemos que decirle algo; algo, por ejemplo:

—¡Qué día más estupendo hace hoy, preciosidad!

Aunque fuera estén cayendo chuzos de punta.

### LA PACIENCIA Y LA IMPACIENCIA

Hoy, quírase o no—y esto no es disculpa que ponen los hombres—, los noviazgos duran más por la dichosa falta de pisos. Claro que a veces a esta disculpa se le ve el plumero, pues va la novia, y ¡¡catapúm!! te encuentra un piso, sin traspaso, por 300 pesetas al mes, con cuatro habitaciones, cocina, gas, cuarto de baño y portero de librea.

Pero la mayoría de las mujeres opinan que el término medio prudencial de duración del noviazgo debe de ser dos años; otras más impacientes dicen que un año tan solo, y otras, impacientísimas, opinan que debe de durar seis meses, ni más ni menos. De todas maneras, aún se encuentran mujeres con responsabilidad y conocimiento de las circunstancias: aseguran que el tiempo prematrimonial debe durar más de cuatro años. ¡Estas son las que convienen, novios, éstas son las que convienen!

El 53 por 100 de las jóvenes españolas no tiene novio, lo cual, si sofisticamos un poco, quiere decir que lo desea. Así que ahí están, frescas, jugosas, rozagantes, esperando el destino. El destino es bonito, mimoso, dulce,

apacible y tiene nombre de mujer. Hay que cazar al destino.

Y para que todo no sea oscuro ni fatigoso para el género masculino—que sólo hace que protestar sin razón—, digamos que el 56 por 100 de las mujeres comprendidas entre casi los diecisiete y los treinta años ejecutan algún trabajo remunerado. Las empleadas y las modistas son las primeras en la clasificación, seguidas de cerca por las taquimecanógrafas y las obreras. En cuanto al empleo de los ingresos que les proporciona su trabajo, las más importantes para los hombres son aquellas del 6 por 100, aquellas que lo ahorran todo. Esas son las que deben de buscarse, pero con disimulo, que luego dicen que uno es un interesadoote.

Total, que las jóvenes casaderas tienen sus preferencias, preferencias que van desde el aspecto interno hasta el externo. Todos estos aspectos aparecen discriminados en los cuadros que, adjuntos, ofrece el Instituto de la Opinión Pública. Datos convenientes para cada rama interesada: para los hombres, que así saben cómo está compuesta sentimentalmente la población femenina, y para las mujeres, que así saben cuáles son las armas que deben emplear para diferenciarse de la competencia; una competencia que ojalá fuese así de bonita en todas las actividades del saber humano. (Esta sentencia no la mejora ni Platón que resucitase.)

José María DELEYTO

Seis meses ... ..	6 %
Un año... ..	33 %
Dos años ... ..	36 %
Tres años ... ..	11 %
Cuatro años o más ... ..	3 %
Poco ... ..	7 %
No contestan ... ..	4 %
13. ¿Tiene usted novio?	
Sí ... ..	44 %
No ... ..	53 %
No contestan ... ..	3 %
14. ¿Realiza usted algún trabajo remunerado?	
Sí... ..	56 %
No ... ..	40,5 %
No contestan ... ..	2,5 %
15. En caso afirmativo, ¿cuál es su actividad profesional?	
Empleada ... ..	15,5 %
Modista ... ..	10 %
Taquimecanógrafa ... ..	6,5 %
Obrera ... ..	6 %
Dependiente ... ..	5 %
Sirvienta ... ..	3 %
Maestra ... ..	3 %
Otras (telefonista, manicura, etcétera) ... ..	9,5 %
No contestan ... ..	2 %
16. ¿En qué invierte los ingresos que le proporciona su trabajo?	
Lo entrego en casa... ..	35,5 %
Gastos personales ... ..	13 %
Me mantengo con ello ... ..	8 %

Lo ahorro ... ..	6 %
No contestan ... ..	43 %
El exceso sobre 100 de esta suma expresa el porcentaje de las que dan a ese dinero más de un uso.	

### DATOS DE LAS AUSCULTADAS

#### Edad:

17 ó 18 años ... ..	27 %
19, 20 ó 21 ... ..	33 %
22, 23 ó 24 ... ..	22 %
25, 26 ó 27 ... ..	11 %
28, 29 ó 30 ... ..	4,5 %
Más de 30 ... ..	2,5 %

#### Habitantes del pueblo o ciudad en que vive

Menos de 2.000 habitantes... ..	28 %
De 2.000 a 10.000 ... ..	22 %
Más de 10.000 ... ..	50 %

#### Situación económico-profesional del cabeza de familia de la casa en que la joven vive

Obreros no especializados ... ..	22 %
Obreros especializados ... ..	18 %
Empleados administrativos... ..	8 %
Profesional o técnico ... ..	7 %
Empleados auxiliares ... ..	5 %
Gerentes de empresa ... ..	1 %
Patrono agrícola ... ..	13,5 %
Patrono industrial ... ..	6 %
Trabajador independiente ... ..	8 %
Jubilado o rentista ... ..	9 %
Sin datos ... ..	2,5 %

# "LA GRAMÁTICA REPRESENTA ALGO ARTIFICIAL EN EL PROCESO EVOLUTIVO DEL IDIOMA"

Dice el profesor Martín Alonso, autor de "Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo"

"A escribir se aprende escribiendo, como a jugar, jugando"



Martín Alonso lee uno de sus trabajos a los redactores de EL ESPAÑOL, autores de esta entrevista

Portada del libro «Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo», de Martín Alonso, del que van hechas tres ediciones en cinco años

EN la madrileña calle de San Oropio, casi a dos pasos de nuestra Redacción, vive el autor de «Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo». Su piso es alegre y luminoso. Por los amplios ventanales se cuele una indiscreta luz, que acaricia uno a uno los libros del despacho de este investigador del secreto de la lengua y del estilo literario que es don Martín Alonso, sabio y todavía joven maestro de las letras.

Nuestra entrevista con él duró toda una tarde. En tanto, de la próxima plaza de Santa Bárbara nos llegaba un lejano y confuso rumor de vida callejera.

La charla tuvo ese perfil característico de las tertulias literarias, con un rápido tiroteo de preguntas y respuestas y un continuo barajar de nombres y obras, que tienen ya un alto puesto en el escalafón de nuestra vida cultural.

Sobre poco más o menos, nuestra entrevista fué así:

VILLANUEVA.—¿Cómo concibió usted la idea de su libro?

MARTÍN ALONSO.—La experiencia de doce años de profesor de Literatura y mi intervención en la redacción del Diccionario Histórico de la Real Academia me convencieron de la inutilidad de las Gramáticas en uso, como instrumentos prácticos para saber hablar y escribir.

PILAR M. DE BAÑOS.—Entonces, ¿cuál es el papel de la Gramática?

MARTÍN ALONSO.—La Gramática representa algo artificial en el proceso evolutivo del idioma. El lenguaje es un hecho vital, del que no se puede prescindir. El valor didáctico de la Gramática radica en que se enseñe nada más que cuando se debe y como se debe.

COVALEDA.—Según eso, ¿usted es revolucionario en los procedimientos de enseñanza?

MARTÍN ALONSO.—Los procedimientos actuales son deficientes. La deficiencia nace de la confusión pedagógica entre Gramática y lenguaje y la reducción de toda la enseñanza a un forzado aprendizaje de normas y preceptos fosilizados. La prueba se observa en que los alumnos, una vez aprobada esta asignatura, vuelven la espalda al texto, como quien se libera de una carga.

VILLANUEVA.—¿Y qué método exigiría usted en la enseñanza del lenguaje?

MARTÍN ALONSO.—Un camino directo, exento de aridesces esquemáticas y de clasificaciones científicas. Se ha de ir lógicamente por la práctica a la regla. Y todas carecen de utilidad si el alumno—todos somos alumnos—no lanzarse cuanto antes por los caminos de la redacción, al paso de andadura y marchas diarias. A escribir se aprende escribiendo, como a jugar, jugando.

COVALEDA.—¿Considera realizable aquella vieja aspiración de Rodó sobre la vitalidad del lenguaje?

MARTÍN ALONSO.—No sólo realizable, sino necesaria. Las palabras tienen un alma, una fisonomía; y la lucha del estilo no debe confundirse con la pertinacia académica. Hay que renovar urgentemente la armadura oxidada de los tópicos.

PILAR.—¿A qué se refiere usted?

MARTÍN ALONSO.—Digo que seguimos dominados por el estribillo retórico de terminologías fosilizadas y con el memorismo verbal de la Gramática disquisitiva, a la manera de los eclesiásticos.

VILLANUEVA.—¿Y cómo se podría llevar a cabo esa renovación que propugna?

MARTÍN ALONSO.—Distribuyendo el variadísimo contenido moderno de la actividad literaria, según un orden fundado en las normas que realmente viven, en los géneros nuevos que surgen a la vida del espíritu. Es menester que el escritor o el orador se emancipe de los convencionalismos. Los vocablos requieren que el genio del artista los trate con aliento vivificador, libre de toda rutina del ambiente.

COVALEDA.—¿Admite usted, en consecuencia, la intervención de los americanismos en el vocabulario?

**MARTIN ALONSO.**—Desde luego. Y me precio de ser el primero que ha intentado la afirmación hispanoamericana en el arte de la redacción, porque entiendo que el carácter de los pueblos hermanos se sumerge en el espíritu colectivo de España.

**COVALEDA.**—Pero esa postura es contraria a la tradicional y conservadora.

**MARTIN ALONSO.**—Ciertamente, como también es opuesta a la nacionalista, cuyos defensores han aparecido en el Río de la Plata.

**PILAR.**—¿Y cuál es la actitud que soluciona este problema?

**MARTIN ALONSO.**—Pues la posición hispanista hoy actualizada en Méjico.

**COVALEDA.**—¿Qué solución da?

**MARTIN ALONSO.**—Para llegar a la unidad idiomática en todo el ámbito cultural de origen español propone tres procedimientos paralelos: intensificar el estudio a fondo de la lengua materna; enriquecer la lengua española con la aceptación de las particularidades del habla de las distintas regiones hispánicas, y establecer una intensa intercomunicación literaria que dé lugar a la actualización de las normas por parte de la Academia, cuya función rectora se admite.

**VILLANUEVA.**—¿Su libro está destinado a la autoformación?

**MARTIN ALONSO.**—Con una mediana cultura es indudable que cualquier persona puede informarse en todo lo que respecta al estilo y al lenguaje.

**PILAR.**—De las dos tendencias en ortografía, la fonética—muy del agrado de los hispanoamericanos—y la histórica—que domina entre nosotros—¿cuál debe prevalecer?

**MARTIN ALONSO.**—La tendencia actual es la unión de las dos, haciendo del «uso» un árbitro literario.

**COVALEDA.**—¿Qué contiene el Diccionario constructivo que lleva su libro?

**MARTIN ALONSO.**—Está formado por más de 130.000 sinónimos e ideas afines sobre las 5.000 palabras más en uso: sustantivos, adjetivos, verbos y además contiene unos 12.000 términos prepositivos. Los escritores generalmente dudan más de los adjetivos y verbos y por eso mi libro se ha orientado en ese sentido.

**PILAR.**—¿Qué tiempo empleó en su libro?

**MARTIN ALONSO.**—Unos diez años de tarea intensa y dos de redacción.

**COVALEDA.**—Háblenos de su estancia en Hispanoamérica.

**MARTIN ALONSO.**—El amor a América y el amor a España son términos sinónimos. Nuestra más noble ejecutoria es sentirnos hermanos por derecho de sangre, de religión y de idioma. En Sucre hice amistad con el poeta nacional Ricardo Mujía. Y el peruano José Galves me escribió no hace mucho congratulándose porque se le aclaró el «que», duendecillo molesto y travieso por demás.

**VILLANUEVA.**—¿Cómo definiría usted el lenguaje literario de Ortega y Gasset?

**MARTIN ALONSO.**—Lo que aparentemente en la estilística orteguiana se muestra como metáfora, frase feliz o lujo de expresión cortesana, pertenece a la línea interior de su obra. Para Ortega los temas como los hombres tienen su biología y su destino. Su estilo espiritual es de ensayista y teorizante, más literato que filósofo, de estilo culto, plateresco en ocasiones y descriptivo a la manera veneciana, siempre prócer y elegante.

**PILAR.**—¿Y el estilo de Azorín?

**MARTIN ALONSO.**—Azorín es un escritor consciente de su frase clara, sobria y precisa, que va derechamente a las cosas. Es el pintor de la palabra, el pintor de pequeños cuadros plásticos. La disposición de los giros y vocablos es de un esmero tan espontáneo, tan motivado, cauto y esquemático como el de un filósofo experimental. Frente a esta prosa sobria nos encontramos con el estilo prolífico más propenso a la disertación de Unamuno o de Ortega.

**VILLANUEVA.**—¿Qué piensa usted de la Academia Española en relación con la moderna filología?

**MARTIN ALONSO.**—Pues muchas cosas, pero quiero concretar mi pensamiento en una sola. Esta Institución gloriosa, por la que han pasado filólogos eminentes redactores del Diccionario de Autoridades, el más completo de su época, a muchos nos causa la impresión de que está en una casi total liquidación de valores propiamente académicos. La Academia nació con un fin nobilísimo de hacer progresar el idioma, depurándolo y sien-

do como el tribunal de apelación, con un Diccionario y una Gramática, instrumento del lenguaje, que, naturalmente, hay que renovar y perfeccionar.

**COVALEDA.**—¿Podría precisar más?

**MARTIN ALONSO.**—Sin ánimo de críticas negativas, sino con un gran deseo de superación y de engrandecimiento, estimo que la Academia necesita un buen equipo de lexicógrafos, filólogos y lingüistas. Y aun estaba por decirle que hoy no cuentan los académicos más que con un lexicógrafo, Julio Casares; tres filólogos, Menéndez Pidal, Alonso Cortés y García Gómez, y tres lingüistas, Vicente García de Diego, Lapesa y Dámaso Alonso.

**VILLANUEVA.**—Entonces ¿cree usted que hay que reformar la actual estructura académica?

**MARTIN ALONSO.**—No me creo con suficiente autoridad para responder a esta pregunta. De todos modos, para no caer en el vicio vulgar de criticar al buen tuntún, sin indicar el remedio, me permito hacer una sugerencia que posiblemente no pasará de un buen deseo. Lo importante en la Academia no es premiar méritos, sino crear intereses en los 145 millones que hablamos el español y sobre todo formar un buen equipo técnico al servicio del idioma. Para cumplir con la parte de lema «da esplendor» pudiera constituirse un grupo minoritario de académicos que encontrasen en la Corporación un premio a sus meritísimos trabajos literarios. En términos modernos esto sería como el Senado de la Academia. Pero hace falta otro grupo más activo y más importante para el estudio y prosperidad de nuestro lenguaje, compuesto por lingüistas, filólogos y lexicógrafos, que formen el Parlamento o el cuerpo legislativo de la Lengua española. Estos cumplirían con la primera parte del lema académico: «limpia y fija».

La entrevista deriva a la charla desviada, en mil direcciones. Martín Alonso siempre está dispuesto a entregar su saber que se derrama generosamente en la conversación. Hay que hacer punto final. Ya es casi de noche cuando salimos a la calle. Arriba, en su piso, se queda Martín Alonso rodeado de libros por todas partes. Una buena compañía para quien sabe sacar fruto de ella.

## “MI MARIDO INDUDABLEMENTE NACIO PARA ESCRITOR”

ESTOY bien segura que no soy yo la más indicada para hacer la biografía de mi marido, puesto que siempre el cariño pone una venda en los ojos.

Me piden que cuente anécdotas y datos en torno a sus libros y de su cotidiana vida de trabajo como escritor.

Debe su primera formación religiosa al célebre jesuita padre Angel Ayala, al que profesa un gran afecto. En su inclinación por la Filología influyó extraordinariamente Unamuno desde su cátedra de Salamanca. Según me cuentan sus hermanas, fué aficionado, desde pequeño, a hacer y recitar versos, y las clases de Literatura le gustaban mucho más que las de Matemáticas. A sus buenos nueve años, al salir un día de paseo con los demás del colegio, entró en un estanco y gastó el dinero que le habían dado para el domingo en un paquete de cigarrillos. Fumó y dió a fumar a otros condiscípulos, y cuál no sería la sorpresa del padre prefecto viendo a tres pequeños medio mareados al encontrar en sus bolsillos el cuerpo del delito.

Ha sido profesor de Literatura en Institutos y colegios más de quince años. Sus alumnos de la Armada conservan de sus clases un gran recuerdo. Y es cosa muy agradable y frecuente ver a muchachos que en la plenitud de la vida y ya situados en sus profesiones nos paran donde nos encuentran para saludarle con respeto y cariño y para recordarle sus diabluras de colegiales. Tenía fama de profesor exigente para todos, pero justo y bondadoso para los que se portaban bien y estudiaban. En los exámenes era más bien condescendiente. Me ha dicho muchas veces que en buena pedagogía, el examen es un mal necesario y debe reducirse a una mera fórmula, pues el alum-

no ha de ir ya calificado por el curso antes de examinarse. Hace unos años dejó la enseñanza para dedicarse por completo a su tarea de escritor.

Mi marido indudablemente nació para escritor. Esta es una de las muchas verdades más diáfanas de su vida. Las obras de mayor envergadura le parecen juego de niños, y las emprende con la mayor naturalidad. Nuestro médico—muy aficionado al arte y a las letras—le dice que su mayor afán como escritor es construir catedrales y monasterios de El Escorial, porque no contento con su famosa obra, está metido simultáneamente en otros dos libros, aprobados ya por el editor, de mayor volumen y de tanta o más importancia y utilidad que el del «Lenguaje». Martín es infatigable como escritor. Las pequeñas discusiones que alguna vez hemos tenido se deben a su exceso de trabajo. El se consuela diciéndome que para saber un poco y para decir con acierto muy pocas cosas hay que leer y trabajar sin descanso. Gracias que le acompaña su salud, hasta ahora fuerte y sin ningún achaque.

Los dos últimos años que dedicó a redactar y perfeccionar la primera edición de «Ciencia del lenguaje y arte del estilo», hacía una vida austera. Se levantaba muy temprano, trabajaba hora y media; después se duchaba y arreglaba, oía misa, a las nueve y media desayunaba e inmediatamente volvía a su ocupación hasta las dos, hora de la comida. Por la tarde trabajaba hasta las ocho, horas en que se dedicaba a otras actividades distintas de la pluma. Para acudir a algún espectáculo—cine o teatro—, a los que somos muy aficionados, teníamos que salir por la noche. Prefiere madrugar a transnochar en su trabajo de escritor.

A partir de la segunda edición ha recibido muchas cartas de España y del extranjero, consultándole o felicitándole por su obra. Las más frecuentes, largas y efusivas, proceden de las Repúblicas americanas. Algún que otro académico ha acudido a su despacho para corregir el estilo de su discurso de recepción. Novelistas, concursantes y opositores le preguntan de palabra o por carta sus dudas sobre el lenguaje. A todos muestra el ánimo abierto, y me dice muchas veces que en España tenemos el vicio de no ayudar al principiante, olvidando que todos hemos necesitado romper lanzas muy difíciles al empezar la carrera literaria, y que los comienzos suelen ser amargos y desconsoladores.

Una de las obsesiones de su vida son los libros. La biblioteca de casa ha aumentado en pocos años hasta doce mil volúmenes, casi todos de Filología y Arte. Con eso de que son instrumentos necesarios de trabajo emplea grandes sumas de dinero al año en libros. Las mujeres, que reñimos por conservar la estética decorativa del hogar, creemos siempre excesiva esta inundación de papel encuadernado.

Viajamos mucho por España y el extranjero, sobre todo en verano y en Navidad. Es el único ardor que tengo para sacarle dos o tres veces al año de sus horas interminables de estudio. A los dos nos encanta el arte. En nuestros viajes turísticos tengo en mi marido un buen guía.

Descansar, me dice con frecuencia, para algunos consiste en no hacer nada. Descansar es cambiar de ocupación. Cuando está saturado de filologías y fichas lexicográficas, se refugia en los negocios, en el dibujo o en la poesía, en la que tiene un premio nacional, y no ha cosechado más triunfos por no ser partidario de los concursos. Su libro «Amor ronda la casa» es la mejor antología de su obra poética.

Cuando le hablan mal de algunos exclama si tiene confianza con su interlocutor: «Dejemos que Dios le juzgue».

Nuestra armonía es perfecta. Su mayor placer es conversar y salir conmigo a visitar los Museos y Exposiciones, oír la música dominguera de los conciertos del Monumental o simplemente salir de compras o de paseo. Suele decir que su mejor obra ha sido la elección de esposa. Para él mi colaboración como compañera en su vida privada, y mi convivencia entrañable influye espiritualmente en su profesión de escritor como un estímulo y como un refrigerio en el trabajo. No está contento si al terminar una poesía, un artículo o un libro literario no me lo lee esperando mi dictamen, porque sabe que en mi aprobación o en mi censura no ha de haber adulación, doblez ni engaño. Y algún año,



Martín Alonso con su esposa, la eminente recitadora Blanca Jiménez Tur

en nuestro veraneo escorialense, hemos pasado muchas horas juntos en la biblioteca del monasterio, jugando un poco al oficio del investigador en las obras del siglo XVII.

Me falta contestar a una pregunta que a veces me han hecho si mi marido es amigo del deporte. En su primera juventud fué un gran jugador de pelota de mano y un buen tenista. Hemos presenciado algunas corridas de toros y algún que otro partido en el estadio de Chamartín y en el campo de Las Cortes de Barcelona, pero su pasión por el espectáculo se concentra en el teatro y en el cine y en los conciertos musicales. El ajedrez fué uno de los juegos favoritos, pero nunca tiene tiempo para este entretenimiento sedentario. Yo le digo que haga tiempo y vuelva a sus primeras aficiones deportivas, porque la actividad sedentaria trae la curva de la felicidad poco saludable.

Aquí terminó ésta, que no sé si es carta o relación biográfica. Escrita de un tirón la he sometido al visto bueno del interesado, quien después de decirme que las mujeres lo exageramos todo, me ha dado su autorización marital.

Blanca JIMENEZ TUR



Los últimos discípulos que tuvo Unamuno en su cátedra de Salamanca se retrataron junto al maestro con ocasión de un homenaje que le hicieron en 1934. Entre ellos está Martín Alonso



Pearl S. Buck

# LA NIÑA QUE JAMAS CRECIO

Por Pearl S. BUCK

Traducción de A. Berger-Kiss

(Conclusión.)

EN los años que han transcurrido desde cuando conduje a mi hijita a su propio mundo, una y otra vez he podido hallar consuelo en el hecho de que su vida, junto con otros, ha sido utilizada para incrementar todo el acervo de nuestro conocimiento. Cuando uno ha aprendido a vivir con un dolor inexorable, aprende también a encontrar consuelo en el camino.

Ahora, cuando hablo de consuelo, pienso en otros padres fuera de mí. Pienso en aquellos que me traen sus niños y me preguntan lo que deben hacer. Casi la primera pregunta que me hacen es: «¿Son las escuelas e institutos privados tanto mejores que los del Estado que debemos sacrificar a toda la familia por causa de uno solo?»

Mi respuesta es ésta: «Ordinariamente una buena escuela privada es mejor que el promedio de los institutos del Estado. Están menos atestados y prestan más atención individual. Pero aun esto depende del Estado. Hay Estados donde los institutos son notablemente buenos, los empleados bien pagados, con establecidos sistemas de pensionamiento y con todo estímulo ofrecido para que la gente competente se quede. Hay otros Estados donde los institutos son medievales. Los padres deben examinar los institutos de su propio Estado. Cuando la familia tiene amplios fondos, un buen instituto privado tiene ventajas. Lo malo, no, obstante, en la mayoría de institutos privados es que no continúan después de terminada la vida del que los establece. Algunos de los mejores — más elaborados institutos privados se acaban cuando muere su director, y entonces los niños deben ser esparcidos y deben rehacer sus adaptaciones. Al escoger un hogar para vuestro hijo es esencial que encontréis un instituto que no dependa de un solo hombre, sino uno que esté controlado por una Junta directiva que se preserve a sí misma y que tenga dotaciones que lo saquen avante a través de los años difíciles. Claro está que los institutos del Estado tienen la inmensa ventaja de que son permanentes, y una vez que un niño entra está seguro para toda la vida.»

Contesto a los padres diciéndoles que cuando un instituto privado acarrea severos sacrificios para cada miembro de la familia por causa de uno solo, yo encontraría un buen instituto del Estado, aunque tuviese que mover mi hogar a otro Estado, y allí dejaría a mi niño.

¿Cuáles son las responsabilidades de los padres una vez que el niño esté seguro en su nuevo hogar? Hay muchas. El niño necesita sus padres tanto como antes. Debe visitársele con regularidad, lo más frecuentemente posible. No se crea que los niños no comprenden. Tengo que sufrir momentos desoladores cada vez que voy a visitar a mi hija, pues inevitablemente algún otro niño se acerca y toma mis manos y se recuesta contra mí y pregunta:

—¿Dónde está mi mamá?

La matrona murmura por encima del niño:

—Pobre pequeñuelo, sus parientes jamás lo vienen a visitar. Su abuela vino hace dos años y eso fué lo último.

El corazón del pequeñuelo, poco a poco, se está partiendo. Pues estos niños son siempre niños. Son cariñosos y queridos e imploran que se les quiera exactamente como hacen otros niños. Hay otros niños que vienen a decirme con sus ojos resplandecientes:

—¡Papacito y mamacita vinieron a verme la semana pasada!

Otra responsabilidad de los padres es vigilar

siempre a la persona directamente encargada del cuidado del niño. He dicho que escogí el hogar permanente de mi hija rebuscándome un director en quien podía confiar. Hoy en día, si fuese a escoger de nuevo, entraría también a cada uno de los pabellones dentro del instituto y vería qué clase de asistentes hay allí.

Un asistente cruel y egoísta que no tome a pecho el bienestar del niño, puede deshacer todo el trabajo del maestro y del psicólogo. Su niño no puede beneficiarse de ninguna enseñanza a menos que esté feliz en la vida cotidiana de su pabellón. El asistente tiene que ser una persona cariñosa por naturaleza e invariablemente bondadosa, amante de los niños, capaz de disciplinar sin utilizar la fuerza física, que tenga el control porque los niños lo aman.

Todo signo de crueldad o injusticia o descuido de parte de los asistentes debe ser inmediatamente reportado por padres conscientes. No se crea que un soborno secreto o propinas protegerán a su hijo de un asistente malo. Se embolsará su dinero y cuando se encuentre solo con los niños, como en verdad sucede tantas veces, tratará su hijo exactamente como a los demás.

La tercera responsabilidad que tiene el padre para con su hijo en el instituto es ver que la atmósfera en que vive tenga una buena orientación. He observado que esta atmósfera es la mejor en aquellos institutos donde se llevan a cabo trabajos de investigación científica como una de sus funciones. Un lugar donde el cuidado sea meramente de custodia tiende a degenerarse hacia algo rutinario y muerto.

La Escuela de Entrenamiento en Vineland es un excelente ejemplo de lo que quiero decir. Por muchos años ha mantenido un activo departamento de investigación científica. Como dije, fué el primer instituto en este país en utilizar el test Binet, y fué allí donde se desarrolló la Escala de Madurez Social. Su trabajo con niños que han sufrido accidentes al nacer y en perlesia del cerebro ha sido notable, y los vigorosos hombres y mujeres que han pasado allí sus vidas aprendiendo de los niños, para así saber mejor cómo se debe prevenir y curar, le han dado energía a la vida del instituto y a todas las materias relacionadas con la deficiencia mental.

Los padres podrán hallar consuelo, digo yo, sabiendo que sus hijos no son inservibles, pero que sus vidas, limitadas como se encuentran, son de gran valor potencial para la raza humana. Aprendemos tanto del dolor como de la alegría, tanto de las enfermedades como de la salud, tanto de las desventajas como de las ventajas, y probablemente más. No siempre de la abundancia ha llegado el alma humana hasta sus cumbres, sino a menudo de la privación. Esto no quiere decir que la amargura sea mejor que la felicidad, la enfermedad mejor que la salud, la pobreza mejor que la riqueza. Si se me hubiese dado a escoger hubiera escogido una y mil veces el haber tenido una niña entera, hoy una mujer normal, viviendo la vida de una mujer. Echaré de menos por toda su eternidad a la persona que ella no pudo ser. No estoy resignada y jamás lo estaré. La resignación es algo estancado y muerto, una aceptación inactiva que no da fruto alguno. Por el contrario, me rebelo contra el desconocido destino que cayó sobre ella en alguna parte de su desarrollo y paró su crecimiento. Cosas así no deberían suceder, y porque me aconteció a mí y porque conozco esta amargura dedico a mí misma y a mi hija al trabajo de hacer todo lo posible para restarles a otros tales sufrimientos.

Hay un niño en la escuela de mi hija a quien visito frecuentemente. Es pequeño porque en su mente apenas tiene siete años. Su cuerpo ahora es casi de cuarenta años. Tiene una cara seria y una mirada incierta en sus ojos. Su padre es un hombre famoso, rico y bien conocido. Pero nunca viene a ver a su hijo. La madre del muchacho está muerta. Cuando alguien se le acercó a este padre para pedirle una donación que ayudaría un nuevo proyecto de investigación científica, golpeó su escritorio a puño cerrado y dijo:

—¡No daré ni un centavo! Todo mi dinero irá a la gente normal.

¿Calloso? El no es calloso. Su corazón se está desangrando, su orgullo está quebrantado. Su hijo es un imbécil, ¡su hijo! En estos años él ha reflexionado acerca de sí mismo y acerca de su pérdida y ha echado de menos el goce que pudo haber tenido con su hijo, no el goce supremo que anduvo buscando, por supuesto, sino el goce común y corriente.

Hay otro padre—y no todas las veces son los papás los que sufren—a cuyo hijo le encanta trabajar con las vacas. A veces veo el mozo, un muchacho de buen aspecto. Por lo general se encuentra en la lechería, cuidando las vacas, limpiándolas con un cepillo, queriéndolas. Vi a su padre allí un día, ese hombre tan brillante y tan hábil, y dijo:

—Parece que si mi hijo es capaz de usar la máquina ordeñadora podría aprender a hacer algo mejor.

Por casualidad el director se encontraba allí ese día y le dijo:

—¿Pero no ve que no hay nada mejor para él? Lo que más conviene a cada uno de nosotros en el mundo es lo que mejor podemos hacer, puesto que nos da la impresión de ser útiles. Esa es la felicidad.

De modo que lo que yo le diría a los padres es algo que he aprendido a través de los años y me costó largo tiempo aprenderlo, y aun estoy aprendiendo. Si os naciere un hijito que no esté enteramente sano como esperabais, sino deformado y defectuoso en cuerpo o mente o quizá ambos, recordad que este no obstante es vuestro hijo. Recordad también que el niño tiene su derecho a la vida, sea la vida que sea, y tiene el derecho a la felicidad, la cual debéis hallar por él. Enorgulleceos de vuestro hijo, aceptadlo tal como es y no prestéis atención a las palabras y a las miradas insolentes de quienes no saben lo que hacen. Este niño tiene un significado para vosotros y para todos los niños. Encontraréis un goce que ahora no podéis sospechar, colmando su vida por y con él. Levantad vuestra cabeza y seguid por vuestro prescrito camino.

Sin embargo, ninguno de nosotros vive en el pasado, si aun estamos vivos. En el tiempo en que de nuevo los padres jóvenes sientan por experiencia propia la antigua agonía y la desesperación al ver que sus hijos se encuentran entre aquellos que jamás crecen, será inevitable que exigirán nuevas esperanzas. Otras enfermedades han sido curadas y se están llevando a cabo investigaciones científicas acerca de las que no sabemos remediar. Todos deben ser curados, por supuesto. La gente no debe morir de cáncer, ni de poliomielitis, ni de enfermedades del corazón. Tampoco deben ser mentalmente defectuosos si se puede prevenir o curar. No puede escogerse cuál será el primero. La batalla por la vida tiene que ser combatida en todos los frentes al mismo tiempo.

Por lo tanto, digo yo, tenemos que combatir por el derecho de nuestros niños de nacer sanos y completos. Es menester que no haya niños que no puedan crecer. Año tras año su número tiene que ser disminuido hasta cuando nos anticipemos a las causas prevenibles de la deficiencia mental. La necesidad es más apremiante de lo que sabe el público. Nuestros institutos del Estado están peligrosamente atestados, y a menos que se apresure el trabajo de investigación científica millonarios de dólares tendrán que ser invertidos en la construcción de más institutos. Aun si las casas-pensiones se multiplicasen habría que pagar el cuidado de estos niños, en la mayoría de los casos con fondos públicos. ¡Cuánto más sabio y prometedor sería pagar por investigaciones sistemáticas y científicas que rendirían ese cuidado innecesario!

Por otra parte, el cuidado presente es muy inadecuado. Los institutos del Estado pueden proveer apenas una pequeña parte de la enseñanza que quizá dirigirá a muchos de estos niños hacia una vida normal, aunque protegida. No es posible realizar una labor educativa con un personal fatigado en un instituto atestado. En algunos Estados, las mejores posiciones en estos institutos son aún roscas políticas, y las vidas de los niños están a la merced de una sucesión de hombres ignorantes. Los institutos privados, cuando son buenos, son demasiado caros para el común de las familias.

A pesar de todo, creo que el instituto privado tiene un lugar indispensable en nuestro sistema norteamericano. Nuestro notable progreso científico ha sido el resultado del trabajo de gente particular en lugares privados. Los fondos públicos han creado escaso conocimiento científico, excepto para propósitos militares. De manera que creo que la investigación científica en este campo tan necesario, el estudio de las causas y del tratamiento de la deficiencia mental, debe, de acuerdo con la tradición norteamericana, realizarse en pequeños institutos privados donde los científicos puedan trabajar con libertad. Investigación de esa naturaleza debe estar coordinada para que no se pierda tiempo en duplicaciones.

Sin duda alguna, ya algo se ha hecho. He mencionado el notable trabajo del Departamento de Investigación Científica en la Escuela de Entrenamiento en Vineland, Nueva Jersey. Sabemos que por lo menos el cincuenta por ciento de los niños mentalmente defectuosos hoy en día en los Estados Unidos pueden ser educados para ser miembros provechosos a la sociedad. La educación por sí sola mitigará nuestros atestados institutos del Estado. Los estudios han demostrado que hay 19 tipos de trabajos que pueden ser llevados a cabo por un adulto cuya mentalidad no sea más que la de un niño de seis años. El veinte por ciento de todo el trabajo en los Estados Unidos es hecho por el trabajador inexperto.

Sabemos, además, algunas de las razones que ocasionan lesiones al cerebro, tanto durante el período prenatal como después; pero no sabemos lo suficiente. En cerebros lesionados, causa principal de la deficiencia mental, se está haciendo un pequeño trabajo de reparación física, pero es aún experimental y restringida en su mayoría al limitado aunque importante campo de la perlección cerebral, donde la causa aparente de la debilidad mental es la disminución de sangre que supe el cerebro. Los resultados son aún demasiado recientes para fijarse en ellos; pero en un instituto fueron reportados promisoriamente: 34 por 100 de los operados mostraron definitiva mejoría mental; un cincuenta por ciento adicional mostró cambios favorables en viveza, control muscular, capacidad para poner atención, apetito y sensibilidad.

Hablo de todo esto meramente como razón fundamental para esperarnos, si la investigación de las causas y la curación de la deficiencia mental verdaderamente tomara ímpetu en una escala comparable a la que se está ahora llevando a cabo en otras materias. La esperanza es esencial para la actividad.

Aquellos que tienen niños que no pueden crecer—y pocas son las familias que no tienen uno en alguna parte—deben trabajar y trabajarán con un esfuerzo renovado cuando se den cuenta de que más de la mitad de los niños mentalmente defectuosos ahora no debieron necesariamente serlo.

Deben trabajar y trabajarán aun más arduamente cuando se den cuenta de que más de la mitad de los que ahora son defectuosos mentales pueden, con una enseñanza y un medio ambiente apropiados, vivir y trabajar en la sociedad normal en vez de permanecer ociosos en institutos inadecuados.

La esperanza trae consolación. Lo que ha sucedido no debe continuar sucediendo así por siempre. Es demasiado tarde para algunos de nuestros niños, pero si su lamentable condición puede hacer que la gente se de cuenta cuan innecesaria es gran parte de la tragedia, sus vidas, contrarrestadas como son, no serían en vano.

De nuevo hablo como el que sabe.

# LA FAMILIA AMERICANA SE DISUELVE CON LA MAYOR FACILIDAD

AMERICA ES EL PAIS IDEAL PARA LOS NIÑOS Y LAS MUJERES TODAS LAS LEYES ESTAN A SU FAVOR GOZAN DE TODOS LOS PRIVILEGIOS



LA MADRE DEL AÑO.—La señora Toy Len Geon muestra el diploma que recibió al ser nombrada «Madre del año 1952» en los Estados Unidos

“NO QUIERO INTERVENIR MEJOR EN NUEVA YORK”

Supé hace algún tiempo que en Nueva York hay cursos de maternidad, y me apunté en uno.

Pensé que era una experiencia interesante y necesaria. Se celebraban en uno de los grandes hospitales de Nueva York, allá en las orillas del río Este. Encontré una docena de mujeres de la clase media que, como yo, esperaban su primer hijo. Había dos o tres jóvenes obreras y una portorriqueña que iba al curso de maternidad con tres o cuatro niños colgados de sus faldas.

La enfermera que nos tomó a su cargo pertenecía a una de esas organizaciones protestantes de carácter religioso, aunque no llegan a ser Ordenes. Se dividía el curso en dos partes: una práctica y otra teórica. La primera —baño, vestido, cuidado y alimento del infante— me interesó mucho, pero cuando ya entramos en el terreno de la teoría me encontré perdida en un mundo alucinante y desquiciado—al menos esto me parecía a mí—. Aquella simpática señorita o misionera, que no había sido nunca madre, tomó especial interés en explicarnos que el dolor en la maternidad no existe, o existe sólo en un mundo subjetivo que nosotros mismos creamos.

Para desvanecer el miedo —el miedo era, según ella, el agente del dolor— puse todo su empeño en desvanecer nuestra ignorancia fisiológica, o mejor dicho, la ignorancia fisiológica de la portorriqueña, que había tenido tres hijos, y la mía, que no había tenido ninguno. Las demás estaban al cabo de la calle.

## ¿QUE LE DIRA A SU HIJO?

Al propio tiempo que se celebraba este curso, la misma Sociedad organizaba otro para los

maridos de las señoras, en el cual los futuros padres eran aleccionados en el arte de dar biberones y cambiar pañales.

El punto fuerte de los cursos consistía en una película en la cual se explicaba gráficamente el misterio de la procreación, el desarrollo del niño en el vientre materno y el nacimiento.

Decidí no asistir el día en que fué proyectada.

—Mistress Armesto—me dijo al siguiente la enfermera—, notamos su falta anteaer

—¡Cuánto lo siento!—dije amablemente.— Me fué imposible venir.

—No importa —anunció—, hemos pensado en volver a pasar la película para usted.

—De ninguna manera; no quiero que se molesten.

—Es muy importante. ¿Cómo puede usted tener un niño sin saber cómo nace?

—Conque lo sepa el médico —aventuré—, me basta.

—La esperamos a usted mañana—insistió.

Me vi obligada a confesar que no quería ver la película.

—Mistress Armesto—suplicó—, reflexione un momento. Usted va a tener un niño. Este niño crecerá y un día va a preguntarle: «Mamá, ¿cómo nacen los niños?» ¿Qué va a responderle usted el día en que le pregunte esto?

—Pues le diré que los niños vienen de París.

—¡Oh! Mistress Armesto...

## UN MUNDO SIN MISTERIO

Los americanos, en su educación progresiva, han llegado a un punto en que pretenden explicar el misterio de la vida y desnudar a la vida de todos los misterios, en nombre de la ciencia y del progreso. Aquel día comprendí las extrañas discusio-



El hombre alterna con su esposa en las faenas del hogar

nes que tan frecuentemente lee uno en revistas y periódicos: «¿Deben ser los padres quienes expliquen a los niños las verdades fundamentales, o debe haber en la escuela un curso de educación sexual?»

Lo que en otros países no constituye un problema, al menos que se discuta abiertamente, es hoy uno de los mayores de Norteamérica

He conocido a algunos padres que me han dicho:

—Soy un europeo y creo en la eficacia de un cachete dado a tiempo, pero no puedo pegar a mi hija. Se quejaría en el colegio y conjuraría la indignación de sus profesoras contra mí.

América es el país ideal para los niños. La educación progresiva, unida a la escasez de maestros y a la abundancia de dinero, cooperan a que apenas si necesitan estudiar. Son pocas las horas de clase, largos los recreos y múltiples los deportes. Al llegar a su casa, los niños miran la televisión.



**LA CAMPEONA.** — Beverly Hanson, campeona norteamericana de golf. Hoy en Norteamérica hay más mujeres que hombres tienen enorme influencia.



**FAMOSA.** — Esta es Margarita Higgins, la periodista norteamericana que se hizo famosa por sus crónicas desde los frentes de Corea.

## VEN LA VIDA DE MIS HIJOS".-UNA MUJER SOLA PUEDE DEFENDERSE A X QUE EN LONDRES.-LOS AMERICANOS SON MUY "SNOBS"



en Una simpática escena hogareña a la hora de la comida

### VIDA BREVE DE LA FAMILIA

Pero este sistema, creado para hacer a los niños felices, no parece tan bueno cuando se estudia la delincuencia infantil. Hay muchachos que matan a sus padres porque les niegan el coche un domingo; hay niños que roban, que se emborrachan, que son adictos a las drogas.

Otra característica de la familia americana es la facilidad con que se disuelve. Apenas si han terminado el Bachillerato cuando ya los hijos abandonan el hogar familiar. Las muchachas no esperan a casarse para dejar la casa de los padres. Prefieren buscar la libertad de un empleo bien retribuido. Ven a sus padres en las Navidades y se reparten regalos, envueltos en papeles de colores.

Una vez casados se desvanecen los últimos vestigios de la autoridad paterna.

«No quiero intervenir en la vida de mis hijos», le dicen a uno aquí incesantemente.

La vieja abuela europea, en cuya figura parecen concentrarse todas las tradiciones familiares, aquí ya no existe.

Conozco una señora que tiene dos niños, de siete y ocho años. La madre de su marido vive tres calles más allá de su casa. La señora es viuda y mantiene con su hijo y su mujer magníficas relaciones.

Yo asistí el otro día a una entrevista de la abuela y sus nietos:—

—¡Hola, Marta!—le dijo uno de los pequeños (ninguno la llama abuela).

—¡Hola, Jimmy! Veo que este niño está un poco más delgado, querida—indicó a su nuera.

—Sí; es que ha tenido paperas el mes pasado...

—¡Vaya por Dios! Ponte una bufanda para ir al colegio...

—Sí, Marta.

—Adiós, Jimmy; adiós, Ronald.

—Adiós, Marta. Encantados de verte.

La abuela cogió su bastón y trabajosamente se marchó a su apartamento, tres calles más allá de la casa de sus hijos, donde vive con otra vieja amiga, solitaria como ella.

### EL GATO DE LA SOLTERONA

Nueva York es una ciudad de solitarios. No viven solos únicamente los viejos cuyos hijos abandonan tan pronto el hogar paterno y forman hogares donde los abuelos ya no tienen un puesto; solitarios son también los jóvenes y las muchachas solteras que aquí llegan desde el lejano Oeste o los Estados del Sur.

Me acuerdo ahora de la primera casa donde he vivido aquí y de los extraños seres que la habitaban. En el sótano, cuyas ventanas daban sobre un jardín tan diminuto que podía cubrirse con un ejemplar del *New York Times*, vivía una solterona.

No era ni rubia ni morena, ni



Ella y él dedican a la casa los mejores cuidados; aquí están cavilando sobre cómo decorar la casa recién ocupada



En una granja la mujer tiende a secar la ropa, mientras charla con la hija de unos vecinos

gorda ni delgada, ni alta ni baja, ni joven ni vieja.

Aquella mujer se me ha quedado grabada en la mente porque vivía sola con un gato y porque de su casa salía un tufillo a «paprika» que me hizo pensar que su origen era húngaro. Debía ser muy buena cocinera.

Su gato era gordo y perezoso. Mientras su ama trabajaba durante el día—tenía el empleo de vendedora en un almacén elegante de la Quinta Avenida—, el gato estaba en la ventana.

Yo pensé muchas veces que el gato reaccionaba como una vieja solterona. También era muy hurafío, y durante las Navidades su ama le ponía en el cuello un collar de acebo artificial.

#### «UNA MUJER SOLA, QUERIDA»

En el primer piso de la casa, compuesto por dos habitaciones (dormitorio y living room, con una cocina adosada al living room), vivía una mujer divorciada que se dedicaba a traficar con objetos chinos. Ella misma tenía algo de china y debajo del pelo, de un negro muy sospechoso, llevaba esparadrapos para estrirse los ojos.

Un día en que no funcionaba el ascensor y ella había dejado la puerta abierta, vi que tenía la casa puesta al estilo chino y que había pintado en las paredes máximas de Confucio.

Su nombre era, algo así como Alice Bonnard, y solía hacer grandes y misteriosos viajes, que intrigaban a la señora del quinto piso, que era una aristócrata inglesa.

Lady Ann había perdido a su esposo, un aviador que tomó parte en la batalla de Londres, y llegó a Nueva York con una hija rubia, larguirucha y romántica, que se llamaba Rosemary.

Madre e hija vivían solas y recibían a muy poca gente. Lady Ann llevaba muchas sortijas en los dedos, incluso en el dedo gor-

do, y cocinaba de maravilla. Tan bien cocinaba que más tarde pudo ganarse la vida dando charlas culinarias por La Voz de América.

EN Alemania occidental viven y trabajan millares de norteamericanas. Empleadas en los servicios de la Alta Comisión, miembros de las Fuerzas Armadas, funcionarias del departamento de Estado, esposas e hijas de ocupantes, habitan residencias especiales que, como Plittersdorf, junto al Rhin, llamado la «pequeña América», forman réplicas de una comunidad estadounidense, con su iglesia de estilo colonial para seis cultos distintos, sus tiendas, peluquerías y salones de belleza, sus cafeterías, cines y escuelas, sus clubs, organizaciones femeninas y asociaciones culturales, en los que sólo corre el dólar como moneda legal, sólo se habla inglés americano, sólo circulan automóviles de colores vivos y cinco metros de longitud y sólo se vive, come y viste a la norteamericana. Junto a estos millares de mujeres del otro lado del Atlántico Norte viven millones de alemanas en roce y trato diario con las primeras. A veces, reunidas unas y otras en la tertulia femenina, que hasta los americanos designan con la palabra bien teutona de «Kaffeeklatsch», se observan y se encuentran diferentes. ¿Lo son en realidad? He aquí lo que opina una muchacha alemana que vive a diario rodeada de compañeras nacidas en América del Norte:

—¡Son tan distintas!—repetía una conocida a quien había invitado a pasar la tarde en el Club Americano, y yo misma me pregunté entonces si las mujeres estadounidenses que he conocido particularmente o durante mi

«Una mujer sola, querida—acostumbraba a decirme—, puede defenderse mejor en Nueva York que en Londres, especialmente si tiene un título... ¡Los americanos son muy snobs!»

#### SAL Y PIMIENTA CUBANA

La tarea de dar un poco de sal y pimienta a la vida de la casa cayó en las manos de un cubano, que se consideraba a sí mismo «retroño de vascos».

—Venga usted, venga usted—me suplicó una vez mi vecina, que era rusa y enormemente curiosa—. ¿Qué es lo que hay colgado en la casa de «mister» Bereistegui?

Yo miré y vi que había colgado en su ventana un jamón y dos ristas de chorizos. Y ver aquel jamón y aquellos chorizos curándose en el corazón de Nueva York me hizo tanta gracia que todavía al recordarlo me río.

El cubano vivía solo, pero tenía muchos amigos, que venían a su casa y bebían ron. Creo que era un hombre rico y había ayudado a Impelliteri antes de ser elegido alcalde. Sus relaciones le habían proporcionado un pase y viajaba gratis en todos los autobuses de Nueva York.

En el cuarto piso vivía otra solitaria, pero ésta era artista y no sabía cocinar. Estaba bastante loca y se llamaba miss Miller.

Un día se despelló la nariz con una lámpara de cuarzo, que

## UNA MUJER ALEMANA E

trabajo son realmente tan diferentes a nosotras las alemanas.

—No son distintas; hablan un idioma diferente y se visten de otra manera. Eso es todo—repliqué un tanto irritada, al sentir que mi respuesta no aclaraba del todo la cuestión y que en el fondo me estaba preguntando: yo misma en qué se diferencia una alemana de una norteamericana o, mejor dicho, qué es realmente lo «típico» de la estadounidense.

Primero, y ante todo, exteriormente, diríase que lo es su aspecto extremadamente cuidado. Joven o anciana, la americana se nos presenta siempre bien peinada, bien vestida, con un maquillaje impecable. A veces, cómoda y despreocupada en el atuendo, pero siempre con una naturalidad y una lozanía admirables. Al contrario de lo que esperan «las distintas», no mastica continuamente chicle, cosa que deja a cargo de los guayabos—las «bobbysoxers»—, y como nosotras, considera tan de mala educación poner los pies sobre la mesa como subrayar su seguridad en sí misma con modales excesivamente desenvueltos.

Como compañera, se distingue por una serenidad equilibrada. Considera de mal gusto mostrar su buen o mal estado de ánimo y deja ver tan rara vez sus sentimientos que pudiera juzgársela falta de ellos. Por eso se necesita mucha violencia o mucha falta de comprensión para llegar a chocar con una americana en el lugar de trabajo. Naturalmente, no quiere decir esto que siempre pueda lograrse una colaboración ideal, ya que ésta depen-

había comprado con objeto de hacer creer a todas sus amistades que había pasado las vacaciones en la Florida. A mí me dijo que la habían contratado en un cabaret de París para cantar «La vie en rose», que hace dos años estaba aquí muy en boga; pero yo no lo creí. En el pasado octubre volví a encontrarla y me dijo que trabajaba en la propaganda electoral de Eisenhower. Llevaba en la solapa un botón de: «Ike for President».

#### UN SUSTITUTIVO PARA LA FAMILIA

Miss Miller era amiga de las señoritas que me traspasaron el piso. Erán dos chicas de diecinueve y veinte años, que en otros países estarían en la casa de sus padres zurciendo los calcetines de sus hermanos.

En Norteamérica eran mecanógrafas y el sueldo que percibían les permitía vivir independientes de sus familias en una especie de cooperativa.

Las *room mates* son una institución en este país. *Room mates* son dos, tres, cuatro o más mujeres que viven juntas, buscando en su amistad un refugio contra la frialdad de sus vidas.

También hacen lo mismo los hombres. En el piso quinto de la casa, frente por frente de lady Ann, vivía un muchacho joven que compartía su piso con otros dos *room mates*.

Apenas si tenían más muebles

que un piano, y lo tocaba de día y de noche.

Lady Ann protestó un día al casero, y éste le explicó que no podía hacer nada porque era un joven de una gran familia.

—El quiere ser pianista y sus padres quieren que continúe con los negocios familiares. Le han dado un plazo para que se convierta en un pianista genial o renuncie al arte.

Un día en que estaba yo asomada a la ventana mirando a unas palomas muy gordas, que me recordaban—no sé por qué—las que pintaba el padre de Picasso, desde el piso quinto vaciaron sobre mi cabeza lo que en La Coruña llamamos un «polvero».

No podía ser obra de lady Ann, así que pensé inmediatamente en el romántico joven del piano. Me dirigí a su casa como una fiera, y abrió la puerta un señor tímido y azorado que tenía una calva tan brillante como un centenario mejicano, y no hablaba inglés.

No nos pudimos entender en ningún idioma, aunque mis señas debieron resultar bastante expresivas. Vi que acababa de mudarse y que allí estaba el piano del joven plutócrata. Acaso siga todavía en la casa, porque en esta extraña sociedad resulta más barato comprar un piano nuevo que transportar el viejo. El del piso quinto estaba, además, muy gastado, ya que el joven había aporreado bastante sus

teclas antes de renunciar al arte.

#### EL MIEDO ANCESTRAL

Para una muchacha como yo, nacida y crecida en una de las sociedades más conservadoras del mundo, donde tradicionalmente el papel de la mujer es insignificante, no ha dejado de constituir un choque encontrarme de pronto transportada a un mundo y a una sociedad en la cual la mujer tiene todos los privilegios y todas las ventajas.

De un país en el cual la mujer no tiene apenas derechos jurídicos llevo a otro en el cual todos los derechos le son concedidos y todas las leyes están a su favor.

América es, sin duda alguna, el país ideal para los niños y para las mujeres.

Pero el culto a la mujer nace de un profundo miedo.

La mujer fué durante los duros años de la colonización un elemento precioso y escaso. Faltaban las mujeres y los pioneros luchaban y perdían la vida por conseguirlas.

Hoy en Norteamérica hay ya más mujeres que hombres, pero este temor abismal—un geólogo le llamaría miedo totémico—sigue aleteando en Norteamérica, como sigue aleteando el miedo a la crisis, pese a que vivimos unos años de prosperidad que parece inacabable.

Maria Victoria ARMESTO  
(Desde Nueva York, especial para EL ESPAÑOL.)

## EUICIA A LA MUJER ESTADOUNIDENSE

de, sobre todo, del carácter de las personas, pero siempre es más fácil evitar roces o un incidente con una americana.

«Parecen» cordiales, porque en realidad no lo son en el sentido europeo de la palabra. Su afabilidad es de tal forma un producto de su educación, que pronto se hace difícil distinguir la sincera de la convencional. «Be pleasant», sé afable, le han repetido desde niña con tanta insistencia como a nosotras se nos imbuye el no mentir. En cierto modo, puede afirmarse que ahí reside alguna raíz de las diferencias entre ellas y nosotras. La franqueza abierta de la alemana, que gusta de expresar su opinión a las claras y no oculta su estado de ánimo momentáneo, tiene que parecer mala educación a la americana, mientras que la alemana que no descubre tras la afabilidad estadounidense una intención sincera acusa a aquella de hipocresía.

—Imagínate — explicaba una americana a otra compatriota recién llegada a Alemania—, si le dices a una alemana: «Tiene usted que visitarnos algún día», «You must come and see me some time», pregunta en seguida cuándo, y si es ella quien lo pide, lo piensa realmente y espera tu visita. Aquí no es como en los Estados, donde esa frase amable hay que repetirla cien veces para que la tomen en serio y no como mera cortesía.

En sociedad, se llega pronto a una conversación animada con las americanas, pues muestran interés por todo y respetan sin reservas la opinión de los demás. Lo cual no significa que se de-

jen influir en sus ideas o sean fáciles de convencer, sino simplemente que están dispuestas a conceder la mayor comprensión a los argumentos del interlocutor. Poseen un sentido agudo del tacto necesario en el trato social y es difícil que hieran u ofendan involuntariamente a alguien.

Su ideal es ser «útiles», «eficientes», y se esfuerzan por serlo en la escuela, en la familia, en el trabajo. Cuando están apenadas o tienen preocupaciones, no hablan de ello por no cansar con el relato de sus problemas a quienes las rodean. Lo considerarían entrometerse en la vida de los demás, y por eso tampoco les agrada poner los puntos sobre las íes. Para ello emplean ciertas frases convencionales que anuncian tormenta, y todo queda ahí.

Es grato ver a la americana simple, sin complicaciones, incapaz de guardar rencor. Al contrario que nosotras, no han padecido la miseria durante la última guerra. No sufrieron hambre ni frío, no pasaron noche tras noche en los sótanos, temiendo por sus vidas. Quizá tengan todos los defectos de la niña mimada de casa rica, que no conoce la pobreza, pero también poseen todo el encanto de esta niña feliz. Al lado de una americana de mi edad, me siento mayor, más madura, aunque en modo alguno superior. Tienen ellas algo que nosotras hemos perdido y no hemos vuelto a encontrar: confianza en el futuro y el firme propósito de vivir y hacer proyectos más allá del mañana inmediato. No es que nosotras hayamos renunciado a todo, pero sentimos el peso de la



La «pequeña América», de Plittersdorf, junto al Rhin, colonia de norteamericanos en Alemania

catástrofe que significó una guerra que ellas no vivieron de cerca, ni tampoco basan su existencia en una tradición secular.

Elas encuentran todo lo «antiguo» enormemente interesante y nos lo envidian en secreto, sin saber que si tuvieran a sus espaldas nuestra tradición europea no serían las personas relativamente libres de preocupaciones que son. No saben que su vida perfectamente organizada, en la que la comodidad diaria y buenos ingresos desempeñan un papel primordial, no las satisfaría. Entonces las desagradaaría considerar su «utilidad» personal como ideal de una existencia y no aspirarían a ser como el tipo americano, como todas las demás. No serían felices como son ahora, como las admiran y envidian tantas que, sin embargo, no pueden ni desear ser como ellas.

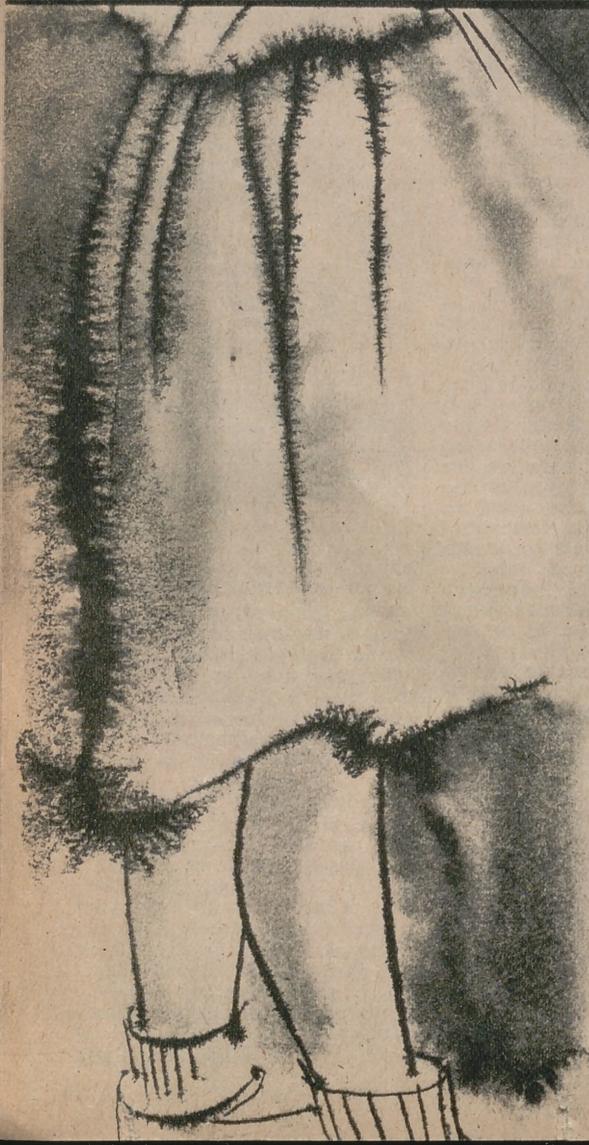
Hannelore DAVIDS



# LA CHICA DE ABAJO

NOVELA

por Carmen MARTIN GAITE



¿HABRÍA pasado tal vez una hora desde que llegó el camión de la mudanza? Había venido muy temprano, cuando por toda la placita soñolienta y aterida apenas circulaba de nuevo, como un jugo, la tibia y vacilante claridad de otro día; cuando sólo sonaba el chorro de la fuente y las primeras campanas llamando a misa; cuando aun no habían salido los barrenderos a arañar la mañana con sus lentas, enormes escobas, que arrastraban colillas, púas de peine, herraduras, hojas secas, palitos, pedacitos de carta menudísimos, rasgados con ira, botones arrancados, cacas de perro, papeles de caramelo con una grosella pintada, remolinos de blancos, leves vilanos que volaban al ser removidos y escapaban a guarecerse en los aleros, en los huecos de los canales. Miles y miles de pequeñas cosas que se mezclaban para morir juntas, que se vertían en los carros como en un muladar. Los entumecidos, legañosos barrenderos, cuyas voces sonaban como dentro de una cueva, eran los encargados de abrir la mañana y darle circulación, de echar el primer bocado a la tierra, intacta mañana; después escapaban aprisa, ocultando sus rostros, que casi nadie llegaba a ver. «Ya ha amanecido», se decían desde la cama los enfermos, los insomnes, los desazonados por una preocupación, los que temían que la muerte pudiese sorprenderles en lo oscuro, al escuchar las escobas de los barrenderos rayando el asfalto. «Ya hay gente por la calle. Ya, si diera un grito, me oirían a través de la ventana abierta. Ya va subiendo el sol. Ya no estoy solo.» Y se dormían al fin, como amparados, sintiendo el naciente día contra sus espaldas.

El gran camión se había arrimado a la acera reculando, frenando despacito, y un hombre pequeño, vestido de mono azul, saltó afuera y le hacía gestos con la mano al que llevaba el volante:

—¡Tira!... Un poco más atrás, un poquito más... ¡Ahora! ¡¡Bueno!!

Luego el camión se quedó parado debajo de los balcones y los otros hombres se bajaron también, abrieron las puertas traseras, sacaron las cuerdas y los cestos, los palos para la grúa. Entonces parecía todavía que no iba a pasar nada importante. Los hombres se estiraban, hablaban algunas palabras entre sí, terminaban con calma de chupar sus cigarros antes de ponerse a la faena. Pero luego todo había sido tan rápido... Quizá ni siquiera había pasado hora y media. Cuando llegaron tocaban a misa en la iglesia de enfrente, una muy grande y muy fría, donde le encoge a uno entrar, que tiene los santos subidos como en pedestales de guirlache. Sería una de las primeras misas, a lo mejor la de siete y media. Luego habían tocado otra vez para la siguiente. Y otra vez. Poco más de una hora. Lo que pasa es que trabajaban tan de prisa los hombres aquellos.

«Si me llego a dormir—pensaba Paca—. Una hora en el sueño ni se siente. Si me llego a dormir. Se lo habrían llevado todo sin que lo viera por última vez.» Claro que cómo se iba a haber dormido si ella siempre se despertaba temprano y, si no, la despertaban. Pero se había pasado toda la noche alerta con ese cuidado, tirando de los ojos para arriba, rezando padrenuestros, lo mismo que cuando se murió Eusebio el hermanillo y estuvieron velándole. Por tres veces se levantó de puntillas para que su madre no la sintiera, salió descalza al patio y miró al cielo. Pero las estrellas nunca se habían retirado, bullían todavía, perennemente en su fiesta lejana, inalcanzable, se hacían guifios y muecas y señales, se lanzaban unas a otras pequeños y movedizos chorros de luz, alfilerazos de luz reflejados en minúsculos espejos.

Cecilia decía que en las estrellas viven las hadas, que nunca envejecen. Que las estrellas son mundos pequeños del tamaño del cuarto de armarios, poco más o menos, y que tienen la forma de una carroza. Cada hada guía su estrella cogiéndola por las riendas y la hace galopar y galopar por el cielo, que es una inmensa pradera azul. Las hadas viven recostadas en su carroza entre flores de brillo de plata, entre flecos y serpentinadas de plata, y ninguna tiene envidia de las demás. Se hablan unas a otras, y cuando hablan o cantan sus canciones les sale de la boca un vaho de luz de plata que se enreda y difunde por todas las estrellas como una lluvia de azúcar mágico, y se ve desde la tierra en las noches muy claras. Algunas veces, si se mira a una estrella fijamente, pidiéndole una cosa, la estrella se cae, y es que el hada ha bajado a la tierra a ayudarnos. Cuando las hadas bajan a la tierra se disfrazan de viejecitas, porque si no la gente las miraría mucho y creería que eran del circo.

Cecilia contaba unas cosas muy bonitas. Unas las soñaba, otras las inventaba, otras las leía en los libros. Paca pensaba que las hadas debían tener unas manos iguales a las de Cecilia, con la piel tan blanca y rosada, con las uñas combadas como husos y los dedos tan finos, tan graciosos, que a veces se quedaban en el aire como danzando. Paca, que se había acostumbrado a pensar cosas maravillosas, creía que a Cecilia le salían pájaros de las manos mientras hablaba, unos pájaros extraños y largos que llenaban el aire. Un día se lo dijo y ella preguntó:

—¿Sí? ¿De verdad?—y se rió con aquella risa suya, condescendiente y envanecida.

Paca y Cecilia eran amigas, se contaban sus cuentos y sus sueños, sus visiones de cada cosa. Lo que les parecía más importante lo apuntaba Cecilia en un cuaderno gordo de tapas de hule, que estaba guardado muy secreto en una caja con chinitos pintados. Paca solía soñar con círculos grises, con ovejas muertas, con imponentes ba-

rrancos, con casas cerradas a cal y canto, con trenes que pasaban sin llevarla. Se esforzaba por inventar un argumento que terminase bien, y sus relatos eran monótonos y desmañados, se le embobaban las palabras como dentro de un túnel oscuro.

—Pero, bueno, y luego, ¿qué pasó?—le cortaba Cecilia, persiguiéndola con su mirada alta, azul, impaciente.

—Nada. No pasaba nada más. Cuenta tú lo tuyo. Lo tuyo es mucho más bonito.

A ella no le importaba darse por vencida, dejar todo lo suyo tirado, confundido, colgando de cualquier manera. A ella lo que le gustaban, sobre todas las cosas, era oír a su amiga. También cuando se callaba; hasta entonces le parecía que la estaba escuchando, porque siempre esperaba que volviera a decir otra cosa. La escuchaba con los ojos muy abiertos. Durante horas enteras. Durante años y siglos. No se sabía. El tiempo era distinto, corría de otra manera cuando estaban las dos juntas. Ya podían pasarse casi toda la tarde calladas, Cecilia dibujando o haciendo sus deberes, que ella nunca se aburría.

—Mamá, si no sube Paca no puedo estudiar.

—No digas bobadas. Te va a distraer.

—No, no; lo hago todo mejor cuando está ella conmigo. No me molesta nunca. Deja que suba, mamá.

La llamaban por la ventana del patio:

—¡Paca! ¡Paca!... Señora Engracia, que si puede subir Paca un ratito.

Ella en seguida quería tirar lo que estuviera haciendo y escapar escaleras arriba.

—Aguarda un poco, hija. Termina de fregar. Que esperen. No somos criadas suyas—decía la madre.

La madre se quejaba muchas veces. No quería que Paca subiera tanto a la casa.

—No vayas más que cuando te llamen, ¿has oído? No vengas luego con que si te metes, con que si no te metes. Me los conozco yo de memoria a estos señoritos. Nada más que cuando te llamen, ¿entiendes?

—Sí, madre, sí.

La señora Engracia era delgada y tenía la cara muy pálida, como de leche cuajada, con una verruga en la nariz que parecía una pompa de jabón a punto de estallar. Cosía para afuera en los ratos libres; hacía vainicas, hacía calcancillos y camisones. Paca había heredado sus grandes manos hábiles para cualquier trabajo, el gesto resignado y silencioso.

Mientras Cecilia dibujaba o hacía los deberes de gramática y de francés, ella le cosía trajecitos para las muñecas, le recortaba mariquitas de papel, lavaba cacharritos, ponía en orden los estantes y los libros. Todo sin hacer ruido, como si no estuviera allí. Medía las semanas por el tiempo

que había pasado con Cecilia, y así le parecía que habían sido más largas o más cortas. El otro tiempo, el del trabajo con su madre, el de atender a la portera cuando ella no estaba, el de lavar y limpiar y comer, el de ir a los recados, se lo metía entre pecho y espalda de cualquier manera, sin masticarlo. Ni siquiera lo sufría, porque no le parecía tiempo suyo. Llevaba dos vidas diferentes: una, la de todos los días, siempre igual, que la veían todos, la que hubiera podido detallar sin equivocarse en casi nada cualquier vecino, cualquier conocido de los de la plazuela. Y otra, la suya sola, la de verdad, la única que contaba. Y así cuando su madre la refía o se le hacía pesada una tarea, se consolaba pensando que en realidad no era ella la que sufría aquellas cosas, sino la otra Paca, la de mentira, la que llevaba puesta por fuera como una máscara.

Un día la mamá de Cecilia le dijo, por la noche, a su marido:

—La niña me preocupa, Eduardo. Ya va a hacer once años y está en estado salvaje. Dentro de muy poco será una señorita, una mujer. Y ya ves, no le divierte otra cosa que estar todo el día ahí metida con la chica de la portera. Es algo atroz. Bien está que suba alguna vez, pero fíjate qué amistad para Cecilia, las cosas que aprenderá.

El padre de Cecilia tenía sueño y se volvió del otro lado en la cama.

—Mujer, a mí me parece una chica muy buena —dijo con los ojos cerrados—. Ya ves cómo la cuidó cuando tuvo el tifus.

La madre de Cecilia se incorporó:

—Pero, Eduardo; parece mentira que seas tan inconsciente. ¡Qué tiene que ver una cosa con otra! Las cosas con medida. Hasta ahora me ha venido dando igual también a mí. Pero Cecilia tiene once años, date cuenta. No pretenderás que cuando se ponga de largo vaya a los bailes con Paca la de abajo.

—Sí, sí, claro. Pues nada, como tú quieras. Que vengan otras niñas a jugar con ella. Les de tu prima, las del médico que vive en el segundo...

—Yo a esos señores no los conozco.

—Yo conozco al padre. Yo se lo diré.

A lo primero Cecilia no quería. Sus primas eran tontas y con las niñas del médico no tenía confianza. Ni unas ni otras entendían de nada. No cabía jugar con ellas. Se lo dijo a su madre llorando.

—Bueno, hija, bueno. Subirá Paca también. No te apures.

Las nuevas amiguitas de Cecilia venían muchas tardes a merendar y ella iba otras veces a su casa. Siempre estaban proponiendo juegos, pero no inventaban ninguno. A las cuatro esquinas, a las casas, al escondite, al parchís. Los jugaban por turno, luego se aburrían y preguntaban: «Ahora, ¿qué hacemos?» Otras veces hablaban de los niños que le gustaban a cada una, y que, en general, los habían conocido en los veraneos. Un juego hacían que era escribir varios oficios y profesiones de hombre en una tira larga de papel y enrollarla a ver lo que sacaba cada niña tirando un piquito de la punta. A unas les salía marino; a otras, ingeniero, y con el que les salía, con aquel se iban a casar. Paca, cuando estaba, nunca quería jugar a este juego.

Un día le dijo a Cecilia una de sus primas:

—No sé cómo eres tan amiga de esa chica de abajo, con lo sosa que es. Cuando viene, parece que siempre está enfadada.

—No está enfadada—dijo Cecilia—. Y no es sosa, es bien buena.

—¡Ay, hija!, será buena, pero es más antipática...

Otro día, don Elías, el profesor le puso un ejercicio de redacción que era escribir una carta a una amiga desde una playa contándole lo que hacía, preguntándole lo que hacía ella y dándole recuerdos para sus padres. Cecilia no vaciló. Puso: señorita Francisca Fernández y empezó una carta como para Paca, pero a medida que escribía se sentía a disgusto sin saber por qué, y después de contarle que el mar era muy grande y muy bonito y que hacía excursiones en balandro, al llegar a aquello de «y tú, ¿qué tal lo pasas por ahí?», cuando ya se tenía que despedir y decir lo de los recuerdos, se acordó de la señora Engracia y sintió mucha vergüenza, le pareció que se estaba burlando. Arrancó la hoja del cuaderno y copió la carta igual, pero dirigida a Manolita, la del segundo.

Desde que venían las otras niñas, Paca subía más tarde y eso cuando subía, porque algunas

veces no se acordaban de llamarla. Jugaban en el cuarto de atrás, que tenía un sofá verde, un encerado, dos armarios de libros y muchas repisas con muñecos y chucherías. También salían por los pasillos. La casa tenía tres pasillos, dos paralelos y uno más corto que los unía, formando los tres como una hache. Al de delante iban sólo alguna vez a esconderse detrás del arca, pisando callandito; pero casi nunca valía, porque por allí estaban las habitaciones de los mayores y no se podía hacer ruido. Aquel pasillo estaba separado de los otros dos por una cortina de terciopelo con borlas. Alrededor de las nueve venían a buscar a las primas y a las niñas del segundo. La criada les ponía los abrigos y les atusaba el pelo. Cecilia salía con ellas y entraban en el saloncito a despedirse de los papás. Paca se quedaba sola detrás de la cortina, mirando el resplandor rojizo que salía por la puerta entornada. Estarían allí los señores leyendo, fumando, hablando de viajes. Se oían las risas de las niñas, los besos que les daban. Muchas veces, antes de que volvieran a salir, ella se escurría a la portera, como una sombra, sin decir adiós a nadie.

Empezó a desear que llegase el buen tiempo para salir a jugar a la calle. En la plazuela tenía más ocasiones de estar con Cecilia, sin tener que subir a su casa, y los juegos de la calle eran más libres, más alegres, al marro, el diábolo, la comba, el mismo escondite, juegos de cantar, de correr, de dar saltos, sin tener miedo de romper nada. Se podían escapar de las otras niñas. Se cogían de la mano y se iban a esconder juntas. Paca sabía un sitio muy bueno, que nunca se lo acertaban: era en el portallito del zapatero. Se escondían detrás de la silla de Adolfo, el aprendiz, que era conocido de Paca, y él mismo las tapaba y miraba por la puerta y les iba diciendo cuándo podían salir sin que las vieran y cuándo ya habían cogido a alguna niña. Así no las encontraban nunca y les daba mucho tiempo para hablar.

Aquella noche, mirando las estrellas, donde viven las hadas que nunca envejecen, Paca se acordaba de Cecilia y lloraba. Se había ido a otra casa, a otra ciudad. Así pasan las cosas de este mundo. Y ella, ¿qué iba a hacer ahora? Ni siquiera se había podido despedir en el último momento. Cecilia se había ido de improviso dos días antes, aprovechando el coche de su tío, por la mañana, mientras ella estaba haciendo un recado. Se entretuvo bastante, pero bien podía Cecilia haber esperado para decirle adiós. O a lo mejor no pudo, a lo mejor su tío tenía prisa, quién sabe.

—Despidame de Paca, que ya le escribiré—le había dicho a la señora Engracia al marcharse.

Cuando volvió, Paca le insistía a su madre, leuplicaba con los ojos serios:

—Por favor, acuérdate de lo que te dijo para mí. Dímelo exactamente.

—Que ya te escribiría, si no dijo más.

La señora se quedó todo el día siguiente recogiendo las cosas en el piso. Luego también se había ido. Ella no se había atrevido a subir.

Mirando las estrellas, Paca sentía una enorme desazón. ¿Qué podía pedirle a las hadas? A lo mejor, habiéndose marchado Cecilia, ya ni siquiera había hadas. O, aunque las hubiera, tal vez no entendían bien lo que quería pedirles, sin explicarlo Cecilia primero. Eran cosas tan confusas las que deseaba. Se acordaba de de una viñeta que había visto en un cuento, de una niña que lloraba porque había perdido sus zapatitos rojos. Y ella, ¿qué había perdido? ¿Cómo lo iba a poder explicar? Sentía frío en los pies. Cerró los ojos y le dolían por dentro las estrellas. De tanto y tanto mirarlas se le habían metido todas allí; le escocían como puñados de arena.

Al volver a la cama, después de la tercera vez, se quedó un poco dormida con la cabeza metida dentro de las sábanas. Soñó que Cecilia y ella vivían en medio del bosque en una casa de cristal alargada como un invernadero; iban vestidas de gasa azul y podían hacer milagros. Pero luego ella perdía su varita y se iba quedando seca, seca, como de barro. Y era una figurita de barro. Cecilia le decía: «Ya no sirves», y la tiraba al río. Y ella iba flotando boca arriba sobre la corriente del río, con las piernas abiertas y curvadas, porque era el rey Gaspar, el del Nacimiento.

Se levantó su madre para ir al arrabal como todos los martes y le dijo:

—Paca, que me voy, ¿has oído? Levántate para cuando vengan los de la mudanza. Les das la llave, ¿eh? La dejo en el clavo de siempre.

Paca se había levantado llena de frío, con un

dolor muy fuerte en el pescuezo de la mala postura y un nudo correoso en la garganta. Era el nudo de una áspera, tensa marona que recorría el interior de todas sus articulaciones, dejándolas horriblemente tirantes. Sentía en su cuerpo una rigidez de tela almidonada, de suela o estropajo. A lo mejor —pensó— me estoy convirtiendo de verdad en una figurita de barro de las del Nacimiento y voy echando alambre en vez de huesos, y dentro de un poco ya no me dolerá la carne, aunque me peguen o me pellizquen. Ojalá fuera verdad, ojalá fuera verdad. El rey Gaspar, la tía Gila hilando su copo, el mesonero que sólo tiene medio cuerpo porque está asomado a la ventana, cualquiera, hasta uno de los pastores bobos que se rien comiendo sopas, debajo del angelito colgado del árbol, el de la pierna rota, aunque fuera. Qué le importaba a ella. Todavía tenía tiempo de meterse en el equipaje, en la caja de cartón azul con flores, y por la Navidad volverían a sacarla en la casa nueva, en la nueva ciudad, y ella se reiría y agitaría las manos para que la conociera Cecilia. Aquella noche tendría el don de hablar porque ha nacido el niño Jesús, y las dos se la pasarían entera hablando en secreto cuando todos se hubieran acostado. Cecilia pondría sus codos sobre las praderas de musgo, sobre los ríos de papel de plata y acercaría su oído a los pequeños labios de su amiga de barro. ¿Qué cosas tan maravillosas no podría contarle Paca en aquella noche, desde el minúsculo paisaje nevado de harina, cruzado de caminillos de arena, por donde todos los vecinos de las casitas de cartón circulaban en fiesta con cestas y corderos hacia la luz roja del portal? No le importaría a ella tener que estar todo el año metida en la caja azul esperando la Nochebuena.

Estas cosas estaba pensando cuando oyó la bocina del camión que venía.

\* \* \*

Los hombres eran cinco. Habían puesto una grúa en el balcón, donde estaba el saloncito de recibir y por allí bajaban las cosas de más peso. Otras, más menudas o más frágiles, las bajaban a mano. Uno de los hombres, el más gordo, el que traía el volante, estaba abajo para recibir los muebles y aposentarlos en el interior del capitoné, que esperaba con las fauces abiertas como una inmensa, hambrienta ballena. Mientras uno hacía una cosa, otro hacía otra. Casi no daba tiempo a verlo todo. Paca no se atrevía ni a moverse. Al principio subió por dos veces al piso y había preguntado que si necesitaban algo; la primera ni siquiera le hicieron caso, la otra vez le dijeron que no. Prefirió no volver a subir, le resultaba insufrible ver la crueldad y la indiferencia con que arrancaban los muebles de su sitio y los obligaban a bajar por la ventana o por la escalera. Algunos dejaban su marca en la pared al despegarse, un sombra pálida, húmeda, como una ojera, como una laguna caliente.

Era increíble, portentoso, lo de prisa que trabajaban aquellos cinco hombres. Parecía cosa de magia que pudieran desmontar con tanta seguridad, en etapas medidas y certeras, una casa como aquella, que era todo un país lleno de historia, lleno de vericuetos y tesoros, que pudieran destruirlo, conquistarlo con tanta celeridad, sin dolor ni desequilibrio, sin apenas esfuerzo, sin detenerse a mirar la belleza de las cosas que se estaban llevando, sin que ninguna se le cayese al suelo. ¿Y el osito de felpa? ¿En qué bulto de aquellos iría metido el osito de felpa? ¿Y aquella caja donde guardaba la abuela de Cecilia los retratos antiguos y las cintas de seda? Y tantísimos cuadros. Y los libros de cuentos... ¿Sería posible que hubiesen metido todos los libros de cuentos? Peter, Pan y Wendy, Alicia en el país de las maravillas, cuentos de Andersén, de Grimm, de los caballeros de la Tabla Redonda, cuentos de Pinocho... Siempre había alguno tirado por el suelo, en los recodos más inesperados se escondían. Algo se tenía que dejar olvidado, era imposible que se acordaran de meterlo todo, todo, todo. En hora y pico. Dios mío, como quien no hace nada, con tanta crueldad.

Ya debía faltar poco. El hombre gordo encendió un cigarro, se puso en jarras y se quedó mirando a la chica aquella del traje de percal que parecía un pájaro mojado, que estaba allí desde el principio peladica de frío y miraba todo lo que iban sacando con los ojos pasmados y tristes como en sueños. Luego echó una ojeada a la plaza con cara distraída. Era una pequeña plaza provinciana con sus bocacalles en las esquinas y su fuente en el medio como miles de pequeñas plazas que el

hombre gordo había visto. No se fijó en que tenía algunas cosas distintas; por ejemplo, un desnivel grande que hacía el asfalto contra los jardincillos del centro. Allí, los días de lluvia, se formaba un pequeño estanque donde venían los niños, a la salida del colegio, y se demoraban metiendo sus botas en el agua y esperando a ver a cuál de ellos le calaba la suela primero. Tampoco se fijó en la descarnadura de la fachada del rincón que tenía exactamente la forma de una cabeza de gato, ni en las bolas doradas que remataban las altas verjas de casa de don Adrián, uno que se aislaba de todos de tan rico como era, y en su jardín particular entraban las gigantillas a bailar para él solo cuando las fiestas de septiembre. Ni en el quiosco naranja, cerrado todavía a aquellas horas, con un cartel encima que ponía «La Fama», donde vendían pelotitas de goma, cariocas y tebeos, ni en el poste de la dirección prohibida, torcido y apedreado por los chiquillos. Se iba levantando, tenue, opaca y temblona, la blanca mañana de invierno. Al hombre se le empezaban a quedar frías las manos. Se las sopló y le salía un aliento vivificador de tabaco y agardiente; se las frotó una con otra para calentarse.

Hoy no va a levantar la niebla en todo el día —pensó—. A ver si acaban pronto éstos. Desayunaremos por el camino.

Y sentía una picante impaciencia, acordándose del bocadillo de torreznos y los tragos de vino de la bota.

En este momento salían del portal dos de los hombres con unos lfos y unos cestos; se tropezaron con la chica del traje de percal.

—Pero, ¿te quieres quitar de en medio de una vez?

Y ella les miró torvamente, casi con odio, y retrocedió sin decir una palabra.

—¿Falta mucho?—preguntó el hombre gordo.

—Queda sólo un sofá. Ahora lo manda Felipe y ya cerramos.

Bajaba por la grúa el sofá verde, el del cuarto de jugar, que tenía algunos muelles salidos. Bajaba más despacio que los otros muebles, a trancas, a duras penas, tieso y solemne como si cerrara la marcha de una procesión. Cuando llegó a la acera, Paca se acercó con disimulo y le acarició el brazo derecho, el que estaba más cerca de la casa de muñecas, en la parte de acá, según se entraba, despeluchado y viejo a la luz del día, que había sido su almohada muchas veces. Y retiró la mano con vergüenza, como cuando vamos a saludar a un amigo en la calle y nos damos cuenta de que le hemos confundido con otro señor.

Parecía que estaba muerto. Diso mío, parecía una persona muerta, fué lo último que penso Paca. Y se quedó dándole vueltas, terca, estúpidamente, a esta sola idea, repitiéndola una y otra vez como un sonsonete, clavada en el asfalto durante un largo rato todavía, sin apartar los ojos de



aquella mancha negra de lubricante que habia dejado el camión al arrancar.

\* \* \*

No vino la carta de Cecilia, pero llegó, por lo menos, la primavera.

Aquel año Paca habia creído que el invierno no se iba a terminar nunca, ya contaba con vivir siempre encogida dentro de él como en el fondo de un estrecho fardo, y se alzaba de hombros con indiferencia. Todos los periódicos traían grandes titulares, hablando de ventiscas y temporales de nieve, de ricos helados, de personas muertas de frío. La madre, algunas noches, leía aquellas noticias al calor del raquítico brasero, suspiraba y decía: «Vaya todo por Dios». Leía premiosamente, cambiando de sitio los acentos y las comas, con un tonillo agudo de colegio. A Paca le dolía la cabeza, tenía un peso terrible encima de los ojos, casi no los podía levantar.

—Madre, este brasero tiene tufo.

—Qué va a tener, si está consumido. ¿También hoy te duele la cabeza? Tú andas mala.

Se le pusieron unas fiebrejillas incoloras y tercas que la iban consumiendo pero no la impedían trabajar. Cosa de nada, fiebre escuálida, terrosa, subterránea, fiebrejilla de pobres.

Un día fué con su madre al médico del seguro.

—Mire usted que esta chica no tiene gana de comer, que le duele la cabeza todos los días, que está como triste...

—¿Cuántos años tiene?

—Va para catorce.

—Vamos, que se desnude.

Paca se desnudó mirando para otro lado; le temblaban las aletas de la nariz. El médico la auscultó, le miró el colorado de los ojos, le golpeó las rodillas, le palpó el vientre. Luego preguntó dos o tres cosas. Nada, unas inyecciones de Recal, no tenía nada. Era el crecimiento, el desarrollo tardío. Estaba en una edad muy mala. Si tenía algo de fiebre podía acostarse temprano por las tardes. En cuanto viniera el buen tiempo se pondría mejor. Que pasara el siguiente.

Todas las mañanas, cuando salía a barrer el portal, Paca miraba con ojos aletargados el anguloso, mondo, desolado esqueleto de los árboles de la plazuela que entre sus cuernos negros y yertos enganchaban la niebla en delgados rasgones, retorciéndola, desmenuzándola, dejándola ondear, como a una bufanda rota. Y sentía el corazón acongojado. Parecían los árboles palos de telégrafo, espantapájaros. Palos muertos, sin un brote, que se caerían al suelo.

«Si viniera la primavera me pondría buena, pensaba. Pero qué va a venir. Sería un milagro.»

Nunca habia habido un invierno como aquél; parecía el primero de la tierra y que iba a durar siempre, como por castigo. No vendría la primavera como otras veces, aquel año sí que era imposible. Tendría que ser un milagro.

«Si los árboles resucitaran, se decía Paca, como empenándose en una importante promesa, yo también resucitaría.»

Y un día vió que, durante la noche, se habían llenado las ramas de granitos verdes, y otra mañana oyó, desde las sábanas, pasar en tropel dislocado y madrugador a los vencejos, rozando el tejadillo del patio, y otro día no sintió cansancio ni escalofríos al levantarse, y otro tuvo mucha hambre. Salíó ensordecida y atónita a una convalecencia perezosa, donde todos los ruidos se le quedaban sonando como dentro de una campana de corcho. Había crecido lo menos cuatro dedos. Se le quedó corto el traje y tuvo que sacarle el jaretón. Mientras lo descosía se acordaba de Cecilia. Si ella estuviera se habrían medido a ver cuál de las dos estaba más alta. Casi todos los años se medían por aquellas fechas. Cecilia se enfadaba porque quería haber crecido más, y le agarraba a Paca los pies descalzos, se los arrimaba a la pared: «No vale hacer trampas, te estás empujando». Apuntaban las medidas en el pasillo de atrás, en un saliente de la pared, al lado del armario empotrado. Escribían las iniciales y la fecha y algunas veces el lápiz rechinaba y se desconchaba un poquito la cal. Ahora habían tirado aquella pared, lo andaban cambiando todo. Estaba el piso lleno de albañiles y pintores, porque en junio iban a venir los inquilinos nuevos.

La primavera se presentó magnífica. Por el patio del fondo se colaba en la portería desde muy temprano un paralelogramo de luz apretado, denso, maduro. A Paca le gustaba meterse en él y quedarse allí dentro quietecita, con los ojos cerrados, como debajo de una ducha caliente. En

aquella zona bullían y se cruzaban los átomos de polvo, acudían a bandadas desde la sombra, coleaban, nadaban, caían silenciosamente sobre los hombros de Paca, sobre su cabeza, se posaban en una caspa finita. Algunas veces, los días que ella tardaba un poco más en despertarse, el rayo de sol lo venía a buscar hasta el fondo de la alcoba y ponía en sus párpados cerrados dos monedas de oro que se le vertían en el sueño. Paca se levantaba con los ojos alegres. Todo el día, mientras trabajaba en la sombra, le estaban bailando delante, en una lluvia oblicua de agujas de fuego, los pececillos irisados que vivían en el rayo de sol.

La portería era una habitación alargada que tenía el fogón en una esquina y dos alcobas pequeñas mal tapadas con cortinillas de cretona. A la entrada se estrechaba en un pasillo oscuro y al fondo tenía la puerta del patio por donde entraba la luz. El suelo era de baldosines colorados y casi todos estaban rotos o se movían. Había en la habitación un armario, con la foto de un militar metida en un ángulo entre el espejo y la madera, cuatro sillas, la camilla, los vasos de encima del fogón y la máquina de coser, que estaba al lado de la puerta del patio y era donde daba el sol lo primero, después de bajar del calendario plateado, que tenía pintada una rubia comiendo cerezas.

Cuando Paca era muy pequeña y todavía no sabía coser a la máquina, miraba con envidia la destreza con que su madre montaba los pies sobre aquella especie de parrilla de hierro y los columpiaba para arriba y para abajo muy de prisa, como galopando. Aquel trasto que sonaba como un tren y que parecía un caballo gacho y descarnado, fué durante algún tiempo para ella el único juguete de la portería. Ahora volvía a mirar todas estas pobres y vulgares cosas a la luz de aquella rebanada de sol que las visitaba cotidianamente para calentarlas.

Por las tardes la señora Engracia sacaba una silla a la puerta de la casa y se sentaba allí a coser con otras mujeres. Paca también solía ponerse con ellas. Las oía hablar sin pensar en nada, sin enterarse de lo que estaban diciendo. Se estaba a gusto allí en la rinconada, oyendo los gritos de los niños que jugaban en medio de la calle, en los jardines del centro. Saltaban en las puntas de los pies, se perseguían, agitando sus cariocas de papel de colores, que se lanzaban al aire y se enganchaban en los árboles, en los hierros de los balcones, hormigueaban afanosos para acá y para allá, no les daba abasto la tarde. Levantaban su tiempo como una antorcha y nunca lo tenían lleno; Cuando el cielo palidecía los mayores les llamaban por sus nombres para traerlos a casa, para encerrarlos en casa, les pedían por Dios que no gritaran más, que no saltaran más, que se durmieran. Pero siempre era temprano todavía y la plaza empezaba a hacerse grande y maravillosa precisamente entonces, cuando iba a oscurecer y el cielo se llenaba de lunares, cuando se vían puntas rojas de cigarro y uno corría el riesgo de perderse, de que viniera el hombre negro con el saco a cuestas. A aquellas horas de antes de la cena, algunas niñas pobres del barrio —la Aurora, la Chati, la Encarna— salían a saltar a los dobles con una soga desollada. Le decían a Paca: «¿Quiéres jugar?», pero ella casi nunca quería, decía que estaba cansada.

—Ya, estoy yo grandullona para andar saltando a los dobles—le explicaba luego a su madre.

Una mañana vino el cartero a mediodía y trajo una tarjeta de brillo con la fotografía de una reina de piedra que iba en su carro tirado por dos leones. Paca, que cogió el correo como todos los días, le dió la vuelta y vió que era de Cecilia para las niñas del segundo. Se sentó en el primer peldaño de la escalera y leyó lo que decía su amiga. Ahora iba a un colegio precioso, se había cortado las trenzas, estaba aprendiendo a patinar y a montar a caballo; tenía que contarles muchas cosas y esperaba verlas en el verano. Luego, en letra muy menudita, cruzadas en un ángulo, porque ya no había sitio, venían estas palabras: «Recuerdos a Paca la de abajo».

Paca sintió todo su cuerpo sacudido por un violento trallazo. A la puerta de los ojos se le subieron bruscamente unas lágrimas espesas y ardientes, que parecían de lava o plomo derretido, y las lloró de un tirón, como si vomitara. Luego se secó a manotazos y levantó una mirada brava, limpia y rebelde. Todo había pasado en menos de dos minutos. Entró en la portería, abrió el armario, buscó una caja de lata que había sido de dulce de membrillo, la abrió y sacó del fondo, de debajo de

unos carretes de hilo de zurcir, un retrato de Cecilia disfrazada de charra y unas hojas escritas por ella, arrancadas de aquel cuaderno gordo con tapas de hule. Lo rompió todo junto en pedazos pequeños, luego en otros pequeñísimos y cada uno de aquellos en otros más pequeños todavía. No se cansaba de rasgar y rasgar, se gozaba en hacerlo, temblaba de saña y de ira. Se metió los papeles en el hueco de la mano y apretaba el puño contra ellos hasta hacerse daño. Luego los tiró a un barrero que estaba lleno de mondas de patata. Se sintió firme y despierta, como si pisara terreno suyo por primera vez, como si hubiera mudado de piel, y le brillaban los ojos con desafío. Paca la de abajo, sí, señor, Paca la de abajo, la hija de la portera. ¿Y qué? ¿Pasaba algo con eso? Vivía abajo, pero no estaba debajo de nadie. Tenía sus apellidos, se llamaba Francisca Fernández Barbero, tenía su madre y su casa, con un rayo de sol por las mañanas, tenía su oficio y su vida suyos, no prestados, no regalados por otros. No necesitaba de nadie; si subía a las casas de los otros era porque tenía esa obligación. Como ahora, a llevar el correo del mediodía.

Salió al portal con la tarjeta y echó por la escalera arriba. En el primer rellano se encontró con Adolfo, el chico del zapatero, que bajaba con unas botas en la mano.

—Adiós, Paca. Dichosos los ojos. ¿Dónde te metes ahora?

Ella se quedó muy confusa, no entendía.

—¿Por qué dices «ahora»?

—Porque nunca te veo. Antes venías muchas veces a esconderte al taller con las otras chicas cuando jugabais al escondite...

Paca le miró con los ojos húmedos, brillantes, y parecía que los traía de otra parte, como fruta recién recogida.

—¡Ah, bueno!, dices antes, cuando yo era pequeña.

—Es verdad—dijo Adolfo, y la miraba—. Te has hecho una mujer. ¡Qué guapa estás!

La miraba y se sonreía. Tenía los dientes muy blancos y una pelusilla negra en el labio de arriba. Paca se azaró.

—Bueno, me subo a llevar este correo.

El chico la cogió por una muñeca.

—No te vayas, espera todavía. Que nos veamos, ¿quieres?, que te vea alguna vez. Me acuerdo mucho de ti cuando oigo a las chicas jugar en la plaza y creo que vas a venir a esconderte detrás de mi silla. Dime cuándo te voy a ver.

A Paca le quemaban las mejillas.

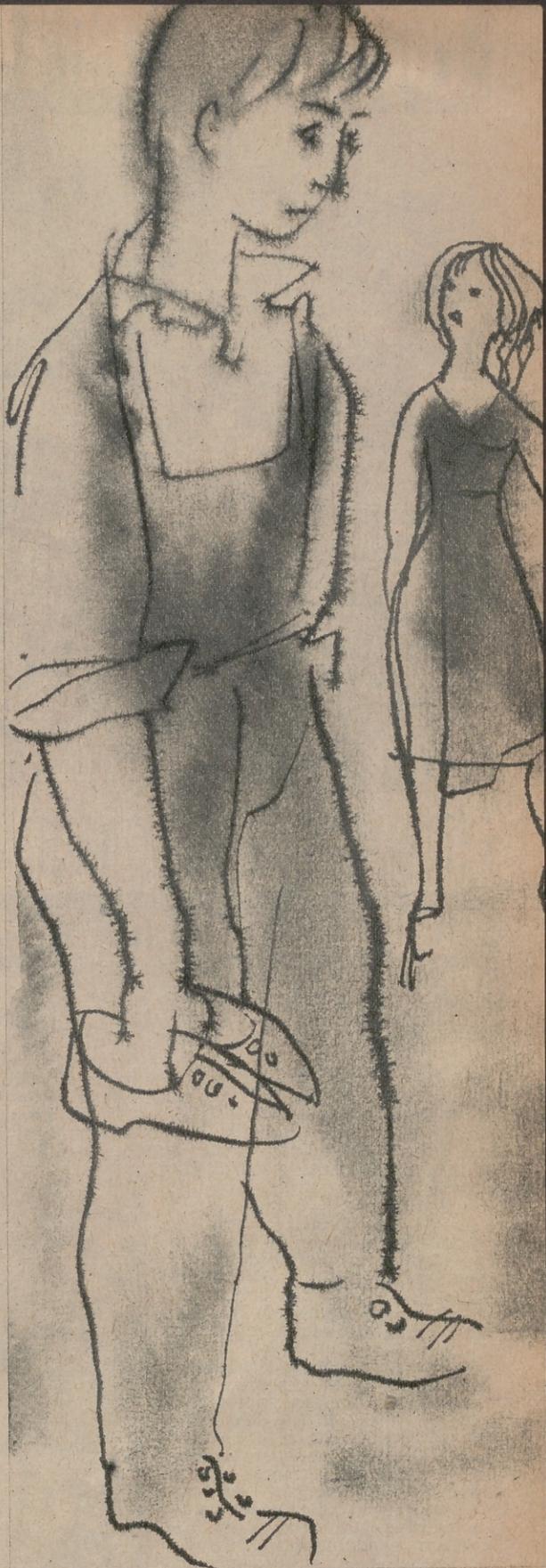
—No sé, ya me verás. Suelta, que tengo prisa. Ya me verás. Adiós.

Y se escapó escaleras arriba. Llegó al segundo, echó la tarjeta de Cecilia por debajo de la puerta (ni siquiera se acordaba ya de la tarjeta), siguió subiendo. Quería llegar arriba, a la azotea, donde estaban los lavaderos, y asomarse a mirar los tejados llenos de sol, los árboles verdes, las gentes pequeñitas que andaban —tiqui, tiqui— meneando los brazos, con su sombra colgada por detrás. Se abrió paso entre las hileras de sábanas tendidas. Vió a Adolfo que salía del portal y cruzaba la plaza con la cabeza un poco agachada y las botas en la mano. Tan majo, tan simpático. A lo mejor se iba triste. Le fué a llamar para decirle adiós. Bien fuerte. Una..., dos... y tres. «¡¡Adol-fooco!!», pero en este momento empezaban a tocar las campanas de la iglesia de enfrente y la voz se le fué, desleída con ellas. El chico se metió en su portalillo, como en una topera. A lo mejor iba pensando en ella. A lo mejor le reñían porque había tardado.

Sonaban y sonaban las campanas, levantando un alegre vendaval. A lo lejos de la torre de enfrente respondían ahora las de otras torres. Las campanadas se desgajaban, se estrellaban violentamente. Paca las sentía azotando su cuerpo, soltándose gozosas por toda la ciudad, rebotando despiadadamente contra las esquinas. Tin tan, tin tan, tin tan.

Le había dicho que era guapa, que la quería ver. Había dicho: «Cuando venías a esconderte con las otras chicas», ni siquiera se había dado cuenta de que iba siempre con la misma, con la niña más guapa de todas. El sólo la había visto a ella, a Paca la de abajo, era a ella a quien echaba de menos, metidito en su topera. «Que te vea alguna vez —tin tan, tin tan—, que te vea alguna vez.»

Arreciaba un glorioso y encarnizado campaneó, inundando la calle, los tejados, metiéndose por todas las ventanas. Más, más. Se iba a llenar todo, se iba a colmar la plaza. Más, más —tin tan, tin



tan—, que sonaran todas las campanas, que no se callaran nunca, que se destruyeran los muros, que se vinieran abajo los tabiques y los techos y la gente tuviera que escapar montada en barquitos de papel, que sólo se salvarán los que pueden meter sus riquezas en un saquito pequeño, que no quedará en pie cosa con cosa.

Sonaban las campanas, sonaban hasta enloquecer: Tin tan, tin tan, tin tan...

(Ilustraciones de Gabriel)

# POR LA RUTA DE LOS CONQUISTADORES

Transporte de madera a través de los ríos de Paraguay



## ARTURO MATEOS, EL MOTORISTA SOLITARIO, CUENTA SU AVENTURA

### 45.000 KILOMETROS A TRAVÉS DE HISPANOAMÉRICA

### FINAL DE UN VIAJE QUE BIEN PUDO TERMINAR EN TRAGEDIA

MI viaje terminó cerca de Sao Paulo, en Brasil. Recuerdo que al salir de la clínica, y ya en la habitación de un hotel, me asustó un poco ver mi rostro en el espejo. Ojos hundidos, mejillas demacradas, pálido; tenía verdaderamente el aspecto de un hombre que ha escapado por casualidad de la muerte.

Ya no existía mi «Rocinante», y esto dolíame como le dolería a Don Quijote la pérdida de su inseparable yamelo. La «Harley» se había quedado en una cuneta de la carretera, convertida en un montoncito de hierros retorcidos y quemados.

Todo ocurrió muy sencillamente: corría a ochenta por hora, se reventó un neumático, salí disparado de cabeza. El casco se abrió por el golpe y quiso la fortuna que fuera a parar a varios metros de distancia de la moto, que se incendió, convirtiéndose en una hoguera. Me recogieron unos automovilistas, que a toda prisa me llevaron a un hospital. Estuve veintiséis horas con conmoción cerebral; los médicos dudaban de que pudiera salvarme. Mi caso era desesperado; con semejante golpe, un uno por ciento sigue viviendo. Y yo fui ese uno. Tras varios días de clínica, volví a vivir.

Perdí muchas cosas en el accidente: casi todas las fotos, mi

equipaje, recuerdos, pieles, papeles... y la moto, mi compañera. Sólo se salvó un paquete que se desprendió del vehículo y lo que llevaba encima. Había recorrido ya casi cuarenta y cinco mil kilómetros y estaba llegando a la meta de mi viaje. Dios



Aquí vemos a nuestro compatriota Arturo Mateos, con su estampa de moderno conquistador, que no quiso ser menos que Valdivia y hoy es conocido en toda Hispanoamérica por su temeraria y audaz aventura a través de 45.000 kilómetros

quiso que el accidente ocurriera allí, en lugar civilizado, y no por un desierto o una selva, donde hubiese muerto sin remedio. Por fortuna, el lugar era de los más frecuentados de las carreteras brasileñas y fui atendido y obsequiado con verdadero cariño y esplendor. Todos los periódicos se preocuparon de mí; de todas partes me vinieron muestras de afecto. Los clubs deportivos me ofrecieron homenajes cuando estuve restablecido... No olvidaré nunca lo que debo a la tierra hermana del Brasil.

\* \* \*

Después de separarme de los gitanos en la isla Margarita, allá en el río Paraguay, frontera de la nación que lleva este nombre y de Brasil, han pasado muchas cosas y tiempo. Recorrí Paraguay, Argentina, Uruguay, Brasil, países que me depararon muchas sorpresas y aventuras. Mi viaje a través de Hispanoamérica me ha costado muchas dificultades, sufrimientos y dinero, pero todo lo doy por bien empleado a cambio de cuanto vi y sentí, cosas que me llenaron el corazón de orgullo por haber nacido español. Me han llamado loco; no me importa. Hice este viaje por poder escribir un libro, que cuando esté terminado ofreceré a los jóvenes de mi Patria, a aquellos que tienen sus ojos puestos en América y cuyos corazones aman y sienten las mismas cosas que sintieron los hombres de hace cuatro siglos, descubridores de aquellas tierras inmensas, sorprendentes y generosas.

Porque estamos ya a comienzos de 1954, termino el relato de mis aventuras con mis recuerdos de la Nochevieja, preludio del año que ha terminado.

#### AÑO NUEVO EN LA SELVA PARAGUAYA

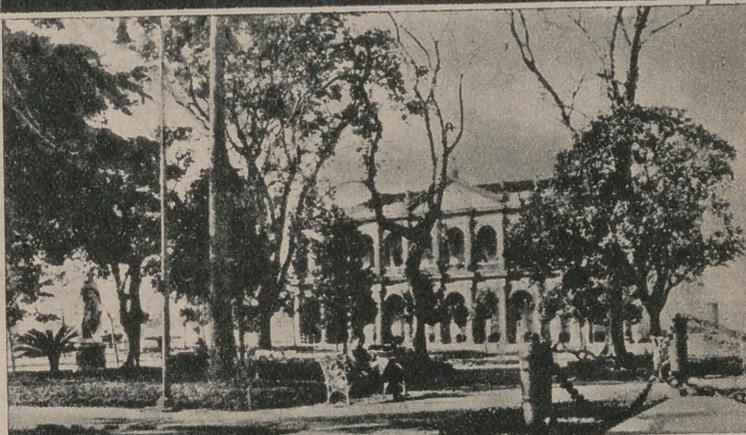
—¡Sigamos!

Los tres soldados estaban ante mí, en la cubierta del «Anita Marthe», un trasto antediluviano que había llegado pocas horas antes, resplandando y echando humo. Era un barco de ruedas, hermano de los que recorrían las aguas del Mississippi en tiempos de la guerra de Secesión. Yo estaba contemplando el mundo pintoresco que ocupaba la cubierta. Bajo un prieto «emparrado» de hamacas se amontonaban pasajeros, animales domésticos, equipajes y mercancías. Los viajeros eran un muestrario de todos los tipos. Indios estáticos y silenciosos, exploradores de todas las procedencias, aventureros, cazadores, madereros, traficantes... Predominaba el hombre paraguayo, distinguiéndose por ser muy alto y delgado y vestir las típicas *bombachas*, pantalón muy amplio recogido en las botas de fuele. Medio cuerpo llevaba desnudo y se ceñía con un cinturón que tenía tres bolsillos: para el reloj, para el revólver, para las municiones. Cantaban todos lentas y sentimentales canciones en idioma guaraní, que iba yo aprendiendo poco a poco.

La noche anterior la había pasado en un «hotel» hecho de troncos, a la orilla del río, contemplando la inmensidad tranquila del cielo estrellado, mientras los vigilantes recorrían las aguas negras persiguiendo a los contrabandistas. Cinco viajeros habían esperado conmigo la llegada del barco, y contamos todos nuestras vidas y aventuras, animados por las rondas de *tereré*, igual al mate argentino, con la diferencia que se prepara con agua fría. La materia había pasado de mano en mano; todos absorbimos por la misma *bombilla* (boquilla de plata cincelada) y llenamos luego la materia con el contenido de una gran jarra de porcelana, como manda la buena educación.



Vista parcial aérea de la ciudad de Asunción, donde Arturo Mateos rinde un homenaje después de su largo recorrido



Una estampa del Bolon de Asunción, situado en la plaza de la Constitución

#### ME TOMAN POR UN ESPIA RUSO

Pero ahora los tres soldados me arrancaban del barco para volverme a tierra y meterme en la Comandancia. Un sargento me dijo, con frías palabras:

—Nos comunican de la zona brasileña que de una balsa en que viajan gitanos se ha escapado un tipo, pasándose al Paraguay... Sospechan que es un «espía»—recalcó la palabra—que ha viajado en la balsa camuflado para escaparse... Espía ruso, ¿entiende usted? Se pasaba el día escribiendo y tomando fotografías; aseguraba ser español. ¿Qué dice usted a esto?

Yo, la verdad, no decía nada. La sorpresa me dejó de piedra. Lo único que me faltaba era verme convertido en espía comunista. Durante casi una hora me esforcé en demostrarles que era inofensivo viajero, enseñándoles mi diario y mis fotografías.

—Bueno... todo lo que dice puede ser verdad, puede no serlo. Le comunicamos que estará vigilado durante todo el viaje.

Sin más, me dejaron volver al barco. Entre los pasajeros se había corrido la noticia de que un espía ruso había sido apresado. En un lugar donde nunca pasa nada, aquello resultaba maravillosamente excitante. Durante la hora que estuve en la Comandancia, la noticia se había hinchado hasta resultar yo un peligrosísimo agente del Politburó. Hubo un desencanto general al verme regresar. No me lo perdonaron, y para muchos continué siendo espía ruso durante todo el viaje.

Con tal ambiente, nadie se molestó en hacerme un poco de sitio para colgar mi hamaca en aquel bosque que cubría completamente la cubierta. Un poco abochornado, saltando entre gallinas, cerdos, paquetes y viajeros, me salí hasta una repisa fuera de la cubierta, que servía para impedir que las ruedas salpicasen a los pasajeros. Allí estaba solo y tranquilo. Me senté con las piernas colgando, y mientras atardecía contemplé el vuelo de los

maravillosos pájaros multicolores que atravesaban de orilla a orilla en elegante vuelo. Los cocodrilos, alineados perfectamente, como si fueran piraguas, se despertaban cuando pasaba el barco.

Cayó la noche rápidamente. Tenía apetito, pero sacrifiqué la cena, aprovechando mientras los demás comían para buscar un sitio donde poner mi hamaca. Conseguí colgarla a popa, sobre la barandilla, a la que se agolpaba una piara de cerdos, que me acompañó toda la noche con sus gruñidos. El balanceo producido por el movimiento del barco tenía continuamente mi hamaca fuera de la borda, sobre las aguas negras y peligrosas. Naturalmente, la inquietud al principio me impidió dormir. Cada dos horas o así el «Anita Marthe» tocaba la sirena. Si en la orilla se encendía una hoguera, entonces se detenía. A poco, un bote llegaba trayendo mercancías o viajeros.

—Por estos lugares hay campamentos de madereros o cazadores, y este barco es el único medio de comunicación con el mundo. Cuando pita, si quieren algo, encienden la hoguera y traen la mercancía, el correo, los viajeros o los enfermos...

—¿Cada cuánto pasa el barco?

—Dos veces al mes... Y si el enfermo está grave, pues...

El paraguayo fornido que me hablaba hizo un gesto que valía por todas las palabras. Cerca sonaban, incansables, las guitarras; las gentes estaban contentas porque iban a pasar el Año Nuevo con su familia o sus amigos. La música y el ruido de los cerdos me arrullaron hasta que, rendido, me dormí.

Desperté, hambriento, muy temprano. La gente, madrugadora, se agrupaba en corros entre los bultos y los bichos Charlaban, pasándose continuamente la materia en signo de amistad y fumando grandes puros, a los que daban chupetadas uno después de otro. Las mujeres hacían lo mismo. Yo me fui deteniendo, silencioso, a contemplarlos y pronto brotó una corriente de amistad entre ellos y yo. Al poco rato me requerían a gritos de todos los grupos para que les contase cómo era España, de dónde venía y mis aventuras. Después de dos días de navegación era popular y todos querían compartir conmigo sus botellas de vino, su tabaco y su *terere*, que bebía ya como un perfecto guaraní.

Así aprendí a conocer al paraguayo y a admirarlo. Está lleno de cualidades: valentía, patriotismo sin límites y una orgullosa dignidad, que les hace preferir su pobreza a cualquier intromisión extranjera. Por todo esto me compenetré perfectamente con aquella gente sencilla que encontré sobre el viejo barco de ruedas.

#### LLEGAMOS A CONCEPCION

La ciudad de Concepción estaba a la vista. Un enjambre de botes cargados de frutas salían a esperarnos, y se oía vocear las mercancías en guaraní. Atracamos en un rudimentario embarcadero y salté a tierra para aprovechar la hora que estaríamos allí. La ciudad es como un pueblo no muy grande, con calles llenas de barro y bastantes tiendas, entre ellas almacenes llenos de pieles de tigre y serpiente, empaquetadas ya para enviarlas fuera. Cruzaban algunos automóviles y hacía un calor imponente. Al final de las calles se veía la selva tupida y exuberante. Me senté a la puerta de un establecimiento donde vendían de todo, rodeado de perros vagabundos, que aparecían por todas partes.

Un viajero, comerciante en maderas, de los pocos que viajaban en camarotes de primera, vino a sentarse a mi lado. Me había visto y oído en el barco y admiraba mucho a España y a los españoles. Me invitó a un *Guaraní*, sabroso refresco, y volvimos al «Anita Marthe» después de hacer estrecha amistad.

El barco estaba otra vez en marcha, y mientras nos alejábamos de Concepción vi algo que me impresionó. Entre los bultos andaba por cubierta, penosamente, un alto y fuerte gaucho, al que todos en silencio ayudaban a avanzar. Yo no le notaba ningún defecto físico, pero al acercarse vi que una barra de hierro sujetaba sus tobillos con dos gruesos candados. De la barra subía una cadena a sus manos.

—Es un tipo peligroso..., cuatrero y contrabandista; tiene una larga cuenta con la Policía... Aquel soldado está encargado de su custodia. Pero aquí, como no puede escapar, le deja un poco de libertad...—me dijeron.

Yo estaba asombrado; la embarcación y el pre-

so pertenecían a una época que no era la nuestra.

El barco se paraba de vez en cuando para aprovisionarse de leña en lugares donde unos hombres, que habitaban en cabañas, tenían ya cortado el combustible. Detrás de ellos estaba sólo la selva inescrutable.

En una de estas paradas nos sorprendió la llegada del nuevo año. Recuerdo que era en la confluencia con el río Jejuj; faltaba aún algún tiempo para la medianoche, pero el barco decidió esperar al año siguiente antes de continuar el viaje. Yo bajé a tierra con mi amigo el maderero, que era un paraguayo de origen argentino; vivía en Corrientes y estaba contratado como explorador y técnico por una Compañía que enviaba madera a España para travesías de ferrocarriles.

Se habían encendido hogueras y antorchas que alumbraban el salvaje lugar. Cabrilleaban las aguas, reflejando aquella alegre verbenas. Cuando fueron las doce, una *ensalada* de tiros saludó al nuevo año. Todo el mundo descargó sus armas, asustando a las fieras de la selva. Mi amigo se acercó para abrazarme:

—Este es un abrazo de Paraguay para España—me dijo.

Yo tenía un nudo en la garganta, que me impedía hablar. Jamás pude soñar en un Año Nuevo como aquél, en el más escondido lugar de las selvas americanas.

La gente bebía copiosamente fuerte ron y aguardiente de caña. Entre canciones y rasguar de guitarras volvimos al barco. La noche era tranquila, suave, y en el cielo aterciopelado brillaban las estrellas. Era una típica *noche paraguaya*, que significa todo lo contrario de nuestras *noches toledanas*. Los pasajeros cantaban sin cesar. Yo estaba contento, porque las canciones paraguayas son tan hermosas como sus noches.

#### UNA LUCHA A MUERTE

Al día siguiente, el alcohol había hecho sus efectos. Muchos hombres estaban ebrios y algunos dormían ruidosamente su borrachera. Yo me encontraba charlando con mi amigo el maderero, en la repisa sobre la rueda, mi lugar favorito. Charlábamos de nuestras respectivas patrias.

De pronto una pesada mano se apoyó sobre mi hombro y de un tirón me volvieron de espaldas a la ligera barandilla. Tenía enfrente un alto y fuerte marinero del barco, que sufría una borrachera de tamaño natural.

—Todos los españoles sois unos...—me dijo con voz pastosa.

Aquella inexplicable provocación me cegó, pero viendo su estado procuré dominarme y repuse:

—En estado normal, eres tú muy poco hombre para un español. Pero, ¡vete primero a curar la borrachera!

El tenía el cuchillo al cinto y yo dentro de la bota; era superior a mí físicamente; estaba yo al borde del agua, y si luchábamos nadie vendría a separarnos, pues es así la ley de la selva. Además, aunque saliera yo ganando, me repugnaba tener que herir o matar a un semejante, cuyas palabras no estuvieron pronunciadas en sano juicio. Otro marinero, no más sereno, le acompañaba. Mi amigo tenía que hacer frente a éste si intentaba intervenir en la riña. Nadie más, con el ruido de la rueda, se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

Mi contrincante se llevó la mano al cinto para sacar el cuchillo; rápido le di un rodillazo en el vientre, sujetando con mis dos manos la suya, que ya levantaba el arma. La única solución era desarmarlo, ya que si me inclinaba a sacar mi cuchillo él me dominaría. En la lucha que siguió, con un empujón le hice perder el equilibrio, quedando con medio cuerpo fuera; tuvo que emplear una mano en sujetarse a la baja barandilla... De pronto soltó el cuchillo y se agarró a mi cuello, para que muriéramos los dos entre la rueda... Su fuerza era terrible, aumentada por la inconsciencia de su estado; el otro marinero le animaba para que me liquidase pronto... Enroscé una pierna en la barandilla, pero no podía con el peso de los dos...; me iba venciendo y sus dedos, que yo no lograba apartar, me ahogaban... Con frenética desesperación le alcancé en el estómago; golpeé, logré ponerme de frente y me agarré a su garganta hasta que me soltó, quedando él colgado en la barandilla, por fuera... Pedía a gritos auxilio por miedo a morir destrozado entre la rueda...

Yo estaba medio muerto; su compañero y mi amigo le ayudaron a subir... Más tarde supe que el capitán le había encerrado hasta que yo desembarcase en Asunción... De todos modos, no se me quitó la impresión de aquella lucha, en que hubiera podido morir, o, lo que es peor, matar, sin ningún sentido. Y ya no dormí ninguna noche al borde del agua, como hice hasta entonces.

#### A CUARENTA GRADOS EN ASUNCIÓN

El 4 de enero estaba en Asunción. Me alojé en el Hotel Portugal, al lado del ferrocarril. Volví a encontrarme con el maderero, que había ido a visitar a un amigo, quien a causa de las fiebres y el sol había casi enloquecido. Estaba tendido bajo una gran mosquitera, bañado en sudor, y no le reconocí. La selva tiene a menudo estas bromas con quienes no pertenecen a ella.

Me fui a visitar Asunción, ciudad pequeña y bonita, con antiguas casas y modernos edificios. Las calles principales van todas hacia el muelle, curiosa obra, pues está constituido por un malecón sostenido por pilas de cemento que se levantan mucho sobre el nivel del agua. Así, para entrar a un barco tienen que bajar una pasarela, y para salir a tierra hay que subir; esto es por las grandes crecidas que lleva a menudo el río.

Como la temperatura era de cuarenta grados, busqué un lugar donde reposar al fresco. Me senté en un jardín, frente al panteón de los caídos. Un viejo que se abanicaba con su sombrero de paja me dijo su versión de la guerra del Chaco. En Bolivia y en Paraguay había oído contarla de distintas maneras; escuchando a unos y a otros era difícil saber quién tenía razón y quién la ganó.

—Fué muy larga y muy cruel... El ejército boliviano tuvo que retirarse por el Chaco, en la región de Boquerón... Eran seis mil quinientos y murieron de sed más de cinco mil quinientos... Se salvaron solo mil, casi milagrosamente... La retirada del Chaco costó más bajas que la misma guerra... Allí no hay agua potable y todo es naturaleza salvaje... Muchos vivieron porque los mismos enemigos, los paraguayos, salieron en su busca para socorrerlos... Esa es la verdad...

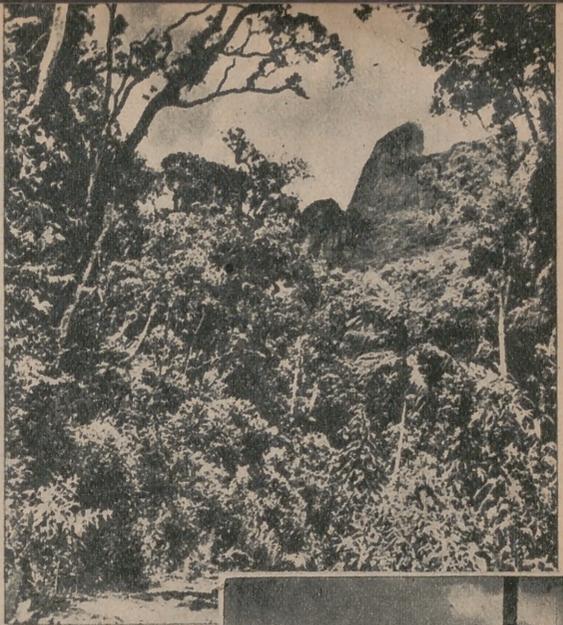
Esto me lo dijo el anciano allí, frente al monumento a los caídos. El me habló también del campamento de indios, al otro lado del río...

—Hay más gente que en la propia capital... El campamento lo dirige un general ruso blanco. Se llama Welayeff, que lleva el Centro Indígena Paraguayo también. Allí los indios aprenden las costumbres y las industrias modernas y se les dan facilidades para comprar y vender sus productos... Es una magnífica manera de hacerles partícipes de la civilización...

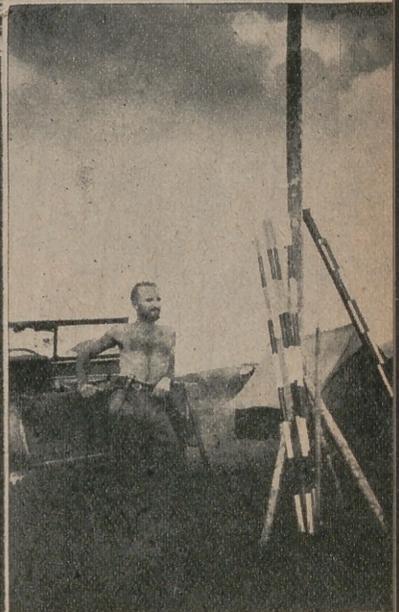
Supe también que no muy lejos de Asunción hay tribus tranquilas que viven su vida primitiva, sin contacto con los blancos. Monté en la moto, después de varios días sin hacerlo, y me lancé por un infernal camino, donde me sepultaba a cada momento en el barro. Además, yo no las tenía todas conmigo. Me habían dicho que aquellos indios, si no les molestaba, no se meterían conmigo, pero... Los primeros que vi eran guayencos, tipos espantosamente altos: pasaban de los dos metros. Anchos anillos de madera les deformaban las orejas, incrustándose en la carne; algunos los llevaban también en la nariz. Se dedican a la pesca, a la construcción de flechas, arcos y hamacas; solo tienen una mujer, se tratan con gran respeto y viven en chozas y tiendas. Grandes rayas azules cruzaban su rostro; entre otras cosas, indicaban si eran solteros o casados. Allí nadie podía hacer trampa. Su lengua, como todas las de las tribus comarcanas, pertenece al idioma guaraní, de una belleza y sonoridad asombrosas. Sus poesías son de gran dulzura y delicadeza, inspiradas casi todas en el amor al guerrero. El Centro Indígena se encarga de la protección y ayuda a estas tribus, numerosísimas, que pueblan la selva, viviendo muchas de la caza de tigres, ávestruces americanas, tapires, ciervos, onzas, etc.

#### PINTORESQUISMO BIEN EXPLOTADO

Estaba en una plaza de Asunción cuando vi pasar a un indio altísimo, con sus orejas deformadas, con las flechas y el arco a la espalda, seguido de dos mujeres, tan altas como él, envueltas en piezas de tela y cargadas con carretes de



El tenebroso «Inferno verde» del Brasil y Paraguay fueron mudos testigos de las peripecias últimas que Arturo Mateos realizara en sus correrías. Cuando nuestro compatriota parecía llevar a buen fin su aventura camino de Asunción estuvo a punto de perecer entre las palas de un viejo correo fluvial a causa de un percance



cuerda, que sin duda acababan de cambiar... Yo ya había visto muchos paseando por las calles, pero ningún grupo tan interesante como éste ¡Qué buena fotografía! Les salí al paso, pidiéndoles por señas que se estuvieran quietos. Pero al verme enfocarles con la máquina se taparon la cara y el indio empezó a gritar:

—¡Foto, dólar! ¡Foto, dólar!

Y al principio era tal la sorpresa que no comprendí. Algunos transeúntes se detuvieron y uno me dijo:

—Estos indios son muy modernos. Viven del turismo, dejándose retratar por los visitantes. Su tarifa es un dólar si le retrata aquí y tres dólares si quiere hacerle una fotografía en su campamento, con las mujeres. Cinco dólares si se quiere retratar usted entre ellos.

El día de Reyes, invitado por el secretario de la Embajada de España, asistí a una comida típica paraguaya, que me ofrecieron en una finca a las afueras de la ciudad. Estábamos unas treinta personas. Recuerdo que había diplomáticos sirios y argentinos, agregados de otros países, unos médicos españoles, hombres de negocios paraguayos... Formábamos una familia internacional, y se comió a lo criollo, mezclado con lo español.

Hubo canciones españolas, que sonaban extrañamente en aquella selva que nos rodeaba... Y charlando supe que una de las actividades de nuestra Embajada es sufragar los gastos de una escuela, donde se enseña y se atiende gratuitamente a numerosos niños...

Podría aquí contar muchas cosas de mis exploraciones, que realicé caballero en mi moto por el interior de Paraguay; pero ha llegado el momento de dar fin a estos relatos.

Arturo MATEOS

# Concha Espinae

La vida no es tremendista, dice

**"UNA NOVELA DE AMOR" ES UN EPISODIO SENTIMENTAL BASADO EN LA VIDA DE DON MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO**

**"EL PRIMER AMOR SERIO ES SIEMPRE UNA GRAN AVENTURA"**

*muchos que desconocen esta faceta de sensible enamorado, de galán impetuoso de Menéndez Pelayo, el libro puede ser una revelación.*

Sonríe con una insospechada frescura juvenil, se acaricia despacio las manos, y después de una breve pausa, como recordando cosas que ella sólo sabe, sigue:

—El primer amor serio es siempre una gran aventura. No hay que imaginar a don Marcelino continuamente metido en sus libros; tuvo también sus aventuras sentimentales, sus lances...

## LA VIDA NO ES TREMENDISTA

La pregunta era inevitable. Concha Espina responde sin vacilar, con sereno apasionamiento:

—La literatura actual, salvo afortunadas excepciones, es excesivamente partidaria del tremendismo, de las aberraciones, los complejos..., y la vida no está formada sólo por las cosas tremendas. Estas son, afortunadamente, las menos. Ahora mismo nosotros hablamos aquí tranquilamente y jacaso no formamos parte de la vida? Y el bello espectáculo de las olas que se estrellan, incansables, contra las rocas, también es parte de la vida. Y la abnegación, y el amor, y la felicidad. Y tantas cosas.

—¿Tiene ya planeado algún otro libro?

—Sí. Estoy impaciente por empezar algo exclusivamente mío, nacido de mi íntima inspiración y bajo mi exclusiva responsabilidad. Los libros como «Una novela de amor», en los que existe una pauta marcada de antemano por los hechos que efectivamente ocurrieron, limitan, naturalmente, la imaginación creadora, y tengo ganas de volver a sentirme más cerca de mí misma.

## SU LUCHA CALLADA

Concha Espina está desde hace catorce años ciega. Catorce años, como recuerda en el prólogo de este su último libro, teniendo que preguntar: «¿Qué hora es?», «¿Ha salido el sol?», «¿Qué hacen las estrellas?». No se puede imaginar mayor tragedia para un escritor. Porque si se exceptúa la pintura, ¿quién puede necesitar más la ayuda de los ojos que aquel que dedica su vida al noble oficio de escribir? Sin embargo, Concha Espina habla de su ceguera sin desespera-

Nuevo. Nos sentamos, y Concha Espina, recordando las entrevistas en rueda, inicia la conversación.

—Me alegra que venga acompañado sólo del fotógrafo. No me resultaría agradable, en mi actual situación, dialogar con tres personas al mismo tiempo. Así sé sin tener que esforzar la atención, dónde estamos sentados todos; así podemos «entrar» mejor en situación los dos y puede formarse la atmósfera de intimidad en la que deben transcurrir las entrevistas. Porque la intimidad es siempre necesaria para la creación literaria, y el periodismo, la tarea suya, es también creación. Debe serlo...

Y, efectivamente, al calor de su palabra, al conjuro de los gestos que esbozan sus manos delicadas, de largos y delgados dedos sensitivos, empieza a rodearnos un aire de cordial intimidad. Con apenas cuatro frases ha sabido concentrar en el rincón que ocupan nuestros sillones todo el interés y todo el movimiento de la sala. Y durante un buen rato, hasta que nos levantamos para visitar su gabinete de trabajo, pierdo la imagen de una prima suya, que la acompaña esta tarde, y la de Nuño, que de vez en cuando nos envía desde no sé dónde el pequeño y silencioso relámpago del «flash».

—¿Cómo nació *Una novela de amor*?

—De la iniciativa de la familia de la protagonista. Ellos me ofrecieron, seguramente por mi doble condición de montañesa y admiradora de la obra de don Marcelino, el tema, y lo he hecho con gusto. Es la historia de un amor juvenil y limpio. Para

EL ascensor arranca con suavidad y sube deslizándose por sus ralles verticales sin una vacilación, sin el más leve chirrido. Parece calculado para apaciguar el ánimo durante la breve ascensión al sexto piso, para borrar de los oídos los mil ruidos estridentes de la calle.

Una doncella vestida de negro nos conduce a una sala amplia, en la que dominan los tonos claros. Un gran lienzo aplicado directamente a la pared, que forma un reborde para ofrecerle marco, descubre un trozo de bosque donde descansa un fauno rodeado de tres ninfas y donde se mezclan y armonizan las infinitas tonalidades verdes de las hojas y los infinitos reflejos rosados de los cuerpos.

Unos pasos lentos y rítmicos sobre el piso de madera encerada. Unos pasos leves y silenciosos sobre la alfombra gris. Y entra en la sala una figura escapada de un cuadro de Goya. Porque ésta es la primera impresión que se siente ante Concha Espina: que con su «sweter» de angora negra rematado por el fino y blanco encaje antiguo de una blusa, con su faz pálida coronada por una corta y suelta melena gris, donde la naturalidad del peinado se ha convertido en exquisita y disimulada coquetería, y con su mirada posada un instante en un punto indefinido del aire, acaba de salir de un cuadro de Goya, de uno de esos ambientes grisados en que pintaba don Francisco a las duquesas.

## COMO NACIO «UNA NOVELA DE AMOR»

El saludo se convierte en una felicitación de la Pascua y el Año

# En el recuerdo

## de la ilustre escritora

ción, pero con valerosa sinceridad.

—Dicen que los ciegos viven alegres en su oscuridad. No sé qué sentirán los otros. Yo, desde luego, no estoy alegre, aunque esté resignada. El mundo es ahora, para mí, más triste. ¡Imagino lo que puedo sentir cuando, paseando por el Retiro, el perfume me advierte la proximidad de un rosal que ya no puedo ver? Y no crea que la imaginación compensa de algún modo. Es peor saber qué hermoso es el rosal. Es peor recordar...

Y Concha Espina, fuerte todavía de cuerpo y más fuerte aún de espíritu, sigue su lucha callada y triunfa todos los días de las tinieblas físicas. Trabaja más horas que nunca para compensar su dificultad. Rinde a dos secretarías jóvenes: a una, por la mañana; por la tarde, a otra.

Nos levantamos para visitar la habitación donde trabaja, donde encuentra el aislamiento, la intimidad consigo misma. Y nos muestra primero la mesa donde suele escribir, guiándose por un ingenioso artilugio: una especie de plana rejilla horizontal que le marca el surco de cada renglón. Los dedos de la mano izquierda van recorriendo el relieve de cada par de barritas paralelas, y la mano derecha maneja el lápiz, cuya punta camina entre los dos fieles guías, marcando con letra clara y levemente desdibujada todos los signos que componen cada palabra.

—No dicto nunca. Bueno, quitando alguna carta. Y ni aun antes, cuando podía, recurri nunca a la máquina. La máquina sería para mí un obstáculo, una barrera, entre la inspiración y el papel. Escribo así. Me pasan luego a máquina los folios manuscritos y me los leen. Corrijo entonces, y vuelvo a corregir ya en las gateradas.

¡Catorce años escribiendo sin ver! Catorce años teniendo que preguntar todos los días, al sentarse a escribir ante su artilugio: «¿Está ya escrito este renglón?»

### LA ALEGRÍA DE LA NAVIDAD

En la misma habitación, en un ángulo, se reúnen un escritorio, un aparato de radio y su sillón



Arriba: Doña Concha en un momento de su trabajo. Abajo: La ilustre escritora montañesa conversa con nuestro redactor



favorito, en el que a veces escribe.

Parece adivinar la mirada que lanzo a la radio.

—No la oigo apenas. No tengo tiempo. Me sirve, sobre todo, para seguir la misa. Tengo dispensa, y cumplo el precepto oyendo la misa radiada.

Sobre el escritorio hay una pandereta. Y Concha Espina, con una sonrisa, explica:

—Me la regaló uno de mis hijos Y en Nochebuena estuve tocando, por lo alto y por lo bajo, ante el Nacimiento.

En su cara, es la que el paso del tiempo ha respetado la línea aristocrática de la nariz, se refleja la alegría, un poco melancólica, de la Navidad.

El hijo con el que vive es médico. Siempre se han combinado bien la literatura y la medicina.

Quizá también influya esta circunstancia, además de la principal del cariño entrañable que la tienen todos los hijos, y todos los nietos y bisnietos, en el ambiente de serena paz y armonía que se respira en toda la casa. ¡Y cómo no imaginar qué interesantes conversaciones pueden mantener sobre los hombres, y sus penas y sus alegrías, una madre escritora y un hijo médico!

### QUE VENGA PRONTO LA PRIMAVERA

No apetece escapar de la red cordial en la que nos ha atrapado el encanto personal de Concha Espina. Pero todo tiene su tiempo, y al final de lo agradable se llega pronto. Nos despedimos y bajamos la escalera en silencio.

La calle está llena de la niebla fría de enero. Seguimos sin hablar.

—¿Qué piensas?— me pregunta Nuño.

—No sé... Que me gustaría que llegara pronto la primavera para que doña Concha pudiera bajar antes, en 1954, a pasear al sol en el Retiro, a sentir, aunque no los vea, los árboles y los rosales, que le gustan tanto... Que estoy seguro de que alguna vez en no sé qué tiempo, ha debido de hacerle un cuadro Goya.

Diego JALÓN



Este es el rincón predilecto de doña Concha, donde encuentra el aislamiento y la intimidad consigo misma

DE LA HISTORIA SENTIMENTAL

CONCHITA PINTADO

en la vida de Menéndez y Pelayo



Conchita Pintado

EL último libro de la ilustre escritora tiene este sugestivo título: «Una novela de amor».

¿Sugestivo? —se preguntarán quizá algunos con sonrisa de escepticismo—. Pues, sí. Lo encontramos sugestivo por lo que hay en él de valiente. La palabra «amor» parece desterrada hace tiempo de los títulos literarios; de los títulos y quizá de los contenidos. No está en uso; no se lleva.

Y Concha Espina, valientemente, con un valor sin jactancia, apacible y sereno, no vacila en titular así esta obra, cuyos personajes no pertenecen al mundo de la ficción, sino que son personajes reales; personajes que existieron... y que amaron. Así, como suena.

#### LA HISTORIA DE UN MARINO ESPAÑOL Y DE DOÑA MARIA LLORCA Y PEREZ DE GUZMAN

Don Agustín Pintado, capitán de la Marina española, es un hombre que se enamora de pronto, en un instante; le basta ver a doña María Llorca y Pérez de Guzmán detrás de su ventana, en la casa de Benidorm, para sentirse irremediable y definitivamente atraído por ella. Y así, la arribada de don Agustín al puerto alicantino, se convierte para él en un acontecimiento que marca un nuevo rumbo en su existencia.

Para suerte suya, doña María Llorca se enamora también. Se enamoran los dos —viuda ella, con dos hijas— y en la primera entrevista, sin que hayan mediado entre ambos otras palabras, el marino la pide que se case con él. Y doña María acepta.

Nace un niño del nuevo matrimonio; después una niña —Conchita—, luego otro varón. Los esposos viven varios años en Filipinas; gozan y sufren como todos los humanos. Una de las hijas del primer matrimonio de doña María muere a los diecisiete años; la otra se casa. Todo esto lo «ve» el lector a través de las páginas de «Una novela de amor» con el mismo realismo —un realismo lleno de ternura— que si se tratara de imágenes cinematográficas desfilando ante la pantalla. He ahí, quizá, uno de los grandes méritos de Concha Espina; tal vez su mayor mérito. Esa forma suya de dar vida a los personajes, de presen-

## UN TEMA SUGESTIVO SOBRE UNOS PERSONAJES QUE EXISTIERON

tar sus ideas, sus pensamientos, sus modos de ser, hasta conseguir que el lector se identifique con ellos, se sienta ligado a sus vidas, ya extintas, que parecen resucitar en la pluma de la eximiosa escritora.

Don Agustín y doña María regresan a la Patria al cabo de varios años de ausencia. Las dos hijas del primer matrimonio de ella se quedan allí, en Cavite; bajo tierra la una; casada la otra. Es una partida triste la de la madre.

«Hay una capacidad de llanto para cada pasajero temporal; si se agota con excesivas lágrimas en el primer dolor, no quedan reservas para los grandes infortunios.» Así habla don Agustín. Así escribe Concha Espina.

#### CONCHITA PINTADO

La vida sigue. Concha Espina sigue narrando la vida de este matrimonio al que ya sólo queda una hija: Conchita.

Conchita Pintado va creciendo, camino de hacerse mujer. Es hermosa y canta admirablemente. Su madre sufre pensando en esta hija que un día, por la muerte o el matrimonio, le será arrebatada como las otras.

Pero es antes el esposo el que muere. Y por segunda vez, doña María Llorca se encuentra viuda; con dos hijos varones y una hembra junto a ella, y la que vive al otro lado del Océano. Huye de Valencia, con algunos síntomas de locura y se establece en Sevilla, encerrada en un luto riguroso; concentrando en su hija Conchita un cariño egoísta que le hace temer por ella, celosa de que pueda separarse de su lado.

Conchita Pintado, con sus diecisiete años, triunfa en la capital andaluza. Triunfan su belleza y su voz. La Infanta Isabel, que la oye cantar, la ofrece su apoyo. Y doña María Llorca se rebela contra esto; no quiere que su hija cante para ganar dinero; no quiere que se haga famosa.

En Alicante Conchita tiene el mismo éxito que en todas partes. Allí canta en público, causando el asombro y el entusiasmo de los alicantinos; surgen los galanteadores y los pretendientes. Doña María parece resignarse al éxito de su hija.

Vuelven a Sevilla en la primavera. Tiempos de la Princesa Mercedes de Orleans, la del triste romance, novia por aquel entonces del rey don Alfonso XII.

#### UN NOVIAZGO DE MENENDEZ Y PELAYO

Y allí reciben un día la visita de un jovenzuelo, sobrino del difunto don Agustín Pintado; un jovenzuelo que se llamaba Marcelino Menéndez y Pelayo, y al que doña María acoge cariñosamente.

Al decir de Concha Espina —que ya advierte en la autocrítica que no ha pretendido hacer un estudio biográfico—, don Marcelino queda en pie, trastornado y mudo, al ver a Conchita. Tan pasmado, que cuando Conchita se ausenta de la estancia y el joven queda a solas con la madre, pregunta a ésta si se podrá casar con su hija.

El flechazo existe —existía entonces, al menos— y don Marcelino, igual que años antes don Agustín Pintado, ha sufrido el flechazo. Y el noviazgo surge con la misma rapidez que el amor.

Menéndez y Pelayo es un extraño en casa de

los Pintado. Los hermanos de Conchita no le comprenden, aunque sin comprenderle le admiran. Ha terminado ya el primer tomo de «Los heterodoxos españoles», obra que se comenta en todas las Universidades como algo sensacional.

Es el suyo un noviazgo ingenuo, juvenil, porque en el amor de los veinte años apenas hay distancias en lo fundamental y tiene los mismos caracteres en los grandes talentos que en los analfabetos.

Pero doña María vuelve a tener miedo; tiene miedo de aquel joven que habla de matrimonio, que quiere casarse cuanto antes, sin haber rebasado apenas los veinte años. Y prepara un viaje a Granada, pensando tal vez que una separación de los novios convierta rápidamente en cenizas el reciente amor.

Menéndez y Pelayo se queda en Sevilla, en casa de los Pintado, obseso y contrariado, nervioso, impaciente. Al regreso de Granada, doña María parece decidida a aceptar ya como irremediable el noviazgo de su hija con su sobrino político. Hay paseos en coche junto al Guadalquivir y por los viejos barrios sevillanos llenos de flores y de luna.

Menéndez y Pelayo estudia, escarba en los archivos, investiga, escribe incansablemente. Y ama.

Doña María, sin embargo, cuando oye a los novios hablar de matrimonio, desvía la conversación. Aun son muy jóvenes; es prematuro que piensen en casarse.

Don Marcelino se traslada a Santander; los Pintado, por decisión de la madre, abandonan Sevilla para instalarse en Madrid. En su escritorio cántabro, Menéndez y Pelayo escribe versos a su amada. De esa época son aquellos que comienzan:

«Soñé mi amada en la ideal belleza,  
fuente de toda luz y toda vida,  
que de Dios en la mente concebida  
es arquetipo de inmortal grandeza.»

Viaja él a la capital de España, cada día más enamorado, más rendido, más ardiente. Sevilla, Madrid y Santander son los tres puntos de la geografía hispana en los que Menéndez y Pelayo, ígneo y exuberante, vierte todo su talento en el trabajo y todos sus sentidos en el amor.

Noches del Buen Retiro, veladas del paseo del Prado, fiestas elegantes en las que ya se recibe a don Marcelino con admiración y respeto.

Y cartas de amor en las ausencias; cartas de una deliciosa vulgaridad, con los mismos tópicos y las mismas frases tantas veces repetidas que igualan al culto con el ignorante, al superdotado con el de escasa inteligencia.

«Amadísima Conchita, andaluzita mía. Estoy con un fuerte dolor de muelas. Dicen que es mal de enamorados...»

Aunque parezca mentira, así escribía a su novia don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuyos años más fecundos, en lo poético, fueron los de su primer amor.

El sueña con su novia y con las oposiciones que han de colocarle en situación de contraer matrimonio, como cualquier otro mortal. Las oposiciones llegan y con ellas el triunfo.

#### EL OBSTACULO INSALVABLE

Se establece en la capital, conocido y honrado ya como paladín de las letras españolas. Y un día forma parte de un tribunal de oposiciones a las que concurre el hermano de su novia, Agustín.

Agustín, según comunica Menéndez y Pelayo a doña María, ha estado muy bien. El pudo influir para que, dándole mayor puntuación, obtuviera una plaza mejor, pero no le pareció correcto, teniendo en cuenta sus relaciones con la familia Pintado.

Doña María Llorca le escucha, trémula de indignación. No es pariente suyo el que niega a sus hijos, el que los posterga en lugar de apoyarlos. No quiere volver a ver a don Marcelino, ni oír su nombre, siquiera. Le echa de su casa airadamente.

Menéndez y Pelayo sale de allí abatido el ánimo, baja la cabeza, entristecido y amargado.

—Es un estrambótico —asegura doña María a Conchita—, un loco, un perturbado.

El poeta busca refugio familiar en el Norte, entre sus padres. Interiormente se rebela contra la injusticia, pero no lucha; quizá se siente ven-



Marcelino Menéndez y Pelayo

cido de antemano por la adversidad y prefiere esconder su dolor en la lejanía.

Ve pasar los meses enfermo. Sabe que su novia ha vuelto a la región andaluza. Más tarde, los Pintado regresan a Madrid. En la capital, Menéndez y Pelayo se hace el encontradizo con Conchita, aunque no se decide a detenerla, a hablarla. Y no por timidez, sino por dignidad.

Realmente todo acabó así. No es el libro de Concha Espina una biografía, sino una narración; una narración maravillosa, llena de ternura y de verismo. Concha Espina se limita a contar delicada y sutilmente los amores del insigne hombre de letras. ¿Para qué detenerse más en analizar sensaciones, ideas, sentimientos, posibilidades? Ocurrió así y lo demás ya no importa.

Lo mismo en la vida real que en la ficción, muchas veces las mujeres enamoradas se casan con otro: Conchita Pintado se casó con otro.

Años más tarde, viviendo ya don Marcelino en Madrid, en una modesta estancia del viejo palacio de la Real Academia de la Historia, recibe la visita de su antigua novia.

Ella va a pedirle un favor, a pedirle que inter venga para conseguir el traslado de su esposo, enfermo, a una región de clima más benigno para su salud. Conchita es una mujer enlutada y triste. Han muerto sus hermanos y su madre.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo piensa quizá que fué cobarde, que no luchó por ella, que la dejó abandonada cuando surgió un obstáculo en sus amores. ¿Qué más da? Promete hacer cuanto esté en su mano para conseguir el traslado del esposo.

Se despidieron y un año más tarde Conchita Pintado moría en tierras andaluzas, en un mes de mayo. También en un mes de mayo, el año 1912, dejaba de existir don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Ha dejado tras él tantas cosas que acaso a nadie le importen sus amores y sus sentimientos. Los llevó dentro; murió con ellos. Lo humano, a veces, está muy escondido.

Joaquín RUIZ CATARINEU

# LOS SIETE DIAS DE VERSALLES

## La elección de René Coty para la Presidencia de la República francesa

### UN RESULTADO CONTRA TODAS LAS PREVISIONES Y SEGURIDADES

Senadores y diputados dieron libre curso a su fantasía

#### "CUALQUIERA ANTES QUE AURIOL"

EN una sola sesión fué elegido el Presidente de la República... en Berna, no en Versalles; el Presidente de la Confederación Helvética, no el de la República francesa. ¿No es Suiza una democracia porque practica el referéndum? En cambio Francia, la nación de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la patria de Voltaire y de Landrú, sí, ¿qué duda cabe!

Vamos a hablar en serio, aun tratándose de esta elección de Versalles. Si la carrera ciclista anual de «Six Jours» en el Velódromo de Invierno de París es el acontecimiento deportivo por excelencia, los «siete días» de Versalles quedarán en la Historia. ¿Cómo? La Prensa parisiense, harta de vocear durante esos siete días su favor por la reelección del señor Auriol, de darlo por seguro, o, por lo menos, que Herriot se sacrificaría, a la postre esta Prensa, decepcionada, clama su disgusto: «Hemos ofrecido un espectáculo degradante. Los comentarios de la Prensa extranjera nos avergüenzan, nos llenan de rubor», dice *Combat*, que ha patrocinado hasta el último momento la reelección de Auriol. Viendo la resistencia de moderados y conservadores a conservar el puesto a Auriol, *Combat* propuso en la vuelta undécima que se designase a Herriot como Presidente provisional, antes de que muriese, formando un Gobierno que preparase otra ley electoral susceptible, sea cual fuere la opinión del sufragio universal, de mantener un Parlamento de centroizquierda por lo menos. *Franc Tireur* se indignó de la aparición de Jacquinet o de Coty: «Es preferible cincuenta mil veces Herriot, a pesar de su parálisis, ya que conserva su inteligencia. Además, ¿por qué no reelegimos a Auriol? *L'Humanité* celebró líricamente el espectáculo de Versalles: «La vitalidad del pueblo

francés se demuestra palmariamente.»

Ha salido M. René Coty. Contra todas las previsiones y seguridades. En la undécima vuelta desistió en su favor Jacquinet. Ambos habían sido designados por los jefes de grupo de la antigua mayoría gubernamental. Luis Jacquinet era el preferido de los jefes de grupo, pero el M. R. P. y el propio Laniel patrocinaban a Coty, hombre discreto que no esperaba, ni mucho menos, su entrada en el Eliseo. En cambio, Jacquinet, casado con la viuda de Petsche, nacida Lazard, es ambicioso, capaz de nombrar jefe de Gobierno a un Mendes France, por radical y por judío. Coty es hombre de convicciones amistosas, y le dijo a Laniel: «Confío en que si por cansancio se me elige Presidente, usted se encargará de la formación del nuevo Gobierno; no me deje, por favor.» En la duodécima vuelta sólo le faltaban a Coty once votos para la mayoría absoluta, y entonces se retiró Jacquinet, pues el triunfo de su correligio-

nario era seguro. En la misma noche se procedió al décimotercero escrutinio y se proclamó a M. René Coty Presidente de la República francesa por siete años.

Hasta el *New York Times*, en su edición continental, se impacientaba. Salzburger, el único director de empresa periodística norteamericana con simpatías francófilas (por lo menos en su edición de París) tuvo que hacerse eco de la rechifla general.

FOR DONDE QUIERA QUE VA... EL ESCANDALO VA CON ELLA

Se habían presupuestado 80 millones de francos para los gastos de la elección de Versalles. Se prolongaron las sesiones y hubo que obtener un suplemento de crédito, primero de 150 millones, y el total, al conseguirse la designación del nuevo Presidente, llega a la suma, aunque sea en francos franceses, astronómica de 250 millones. Esto es lo que ha costado lo que el socialista Daniel Mayer llamaba durante estos días «el zoo de Versalles».

La persistencia de la candidatura de M. Laniel, obligando a los parlamentarios a depositar sus votos durante diez días en la urna, se ha atribuido, como siempre, en las cosas de Francia, a móviles secretos. ¿Cuáles? Se habla de que en la III como en la IV República pesan mucho las órdenes de las Grandes Logias (Gran Logia de Francia, domiciliada en la rue de Puteaux y del Gran Oriente de Francia, de la rue Cadet). A un católico le es casi imposible ser Presidente de la República, ni ministro del Interior, ni ministro de Educación Nacional. Tampoco le es posible pertenecer a otra religión, pero se mira casi con repugnancia que sea un practicante cabal de la fe católica. Una ley secreta parece reservar los puestos claves a ciertas fuerzas.

Es muy probable que antes de su designación por los grupos de la mayoría gubernamental se hayan estudiado los antecedentes de M. Coty, diputado desde 1923 por el mismo departamento del Sena Interior, donde manda el actual ministro de Educación Nacional, M. Marie, gran maestro de la Orden. Por de pronto, de la ley Barangé, relativa a la subvención a las escuelas libres, no se ha dicho una palabra, por lo



M. Pinay

El general Koenig

Georges Bidault



Curioso aspecto de la explanada ante el palacio de Versalles ocupada por los coches de los participantes en la elección de Presidente de la República

menos públicamente, en el Congreso del Parlamento.

Se recordará que en 1946 el candidato a la Presidencia de la República que iba a contar con los votos de luego tuvo para ser elegido Mr. Auriol; era el también socialista Félix Gouin. Se desistió de su presentación por el escándalo de los vinos, en el cual se acusaba fuertemente al que ya había sido presidente del Gobierno provisional de la IV República. Había otro escándalo en puerta, que se ha evitado merced a la posición actual del gaullismo. En el tráfico de las piastras indochinas apareció comprometido M. Andrés Diethelm, que había sido ministro con el general De Gaulle después de la liberación.

Esta vez el empeño de M. Daniel en mantener su candidatura hasta el penúltimo día se atribuyó por algunos periódicos al deseo del multimillonario Presidente del Consejo de que no se diera pábulo a la fuga de un notorio estafador judío que logró escapar a Israel y que debía alcan-

zar la Tierra Prometida, mientras duraba el interminable torneo parlamentario. Esto decían también las malas lenguas en los pasillos del Palacio de Versalles.

Las rencillas personales, las animosidades veladas, la ambición de muchos y el ruin apetito de otros tuvieron también curso libre en las sesiones del Congreso del Parlamento.

#### LOS SIETE DIAS DE VERSALLES

En los «Six Jours» del «Vel d'Hiv» se sabe poco más o menos cuál es la marca de bicicleta que se llevará el premio, pero en el Congreso del Parlamento de Versalles, como la Prensa se empeñaba en que no saliese elegido nadie sin el permiso de Auriol o de Herriot, y como los partidos, de derecha o de izquierda, están deshechos a punto fijo, la com-

petición tenía que ser movida. Las tropas, escalonadas a todo lo largo de la carretera de Versalles a París para rendir los honores al nuevo Jefe del Estado, recibieron, prudentemente, tres días de viveres, por si acaso el Presidente no resultaba elegido a la primera vuelta. La mayor parte de los Presidentes salieron nombrados en la primera, en los tiempos que se califican de ominosos de la III República, y cuatro solamente lo fueron en cuatro: Sadi Carnot, Félix Faure, Poincaré y Paul Doumer. El primero y el último murieron a mano airada en la calle, y el segundo, en la intimidad amorosa de madame Steinheil. Poincaré, de la próstata, ese órgano perfectamente inútil, como no pocos mecanismos palamentarios.

El día de la apertura del Congreso del Parlamento se presentaron siete candidaturas: las de Bidault, Cachin, Delbos, Médécin, Fourcade y Laniel. Siete candidaturas de tanteo. El M. R. P., uno sólo, porque sus correligionarios sabían que el fracaso era cierto. Dos radicales que demostraban la escasa disciplina del partido, y dos independientes: Laniel, jefe actual del Gobierno, y el indispensable Fourcade, el hombre que bate la marca de los apretones de manos y que, por su constancia, llegará un día al Eliseo. Al socialista Naegelen, sin grandes probabilidades de éxito, lo presentó el partido como cuña para cerrar las puertas a los conservadores y entreabrirla a Auriol o Herriot. Este Naegelen cumplió su cometido hasta el final. Jacques Duclos, en nombre del partido comunista, se asoció a la manobra de defensa de los «inmortales principios» anunciando que sus 112 votos permanecerían fie-



Robert Schuman

Yvon Delbos

M. Queuille

les a Naegelen, «la técnica de Nesus».

Bidault, viendo que no desperdició eco, se retiró. El 18 sólo tres candidaturas quedaron en el cartel: las de Laniel, Naegelen y Delbos. Las dos últimas tenían por exclusivo objeto cerrar el paso a Laniel, que carecía, al propio tiempo, del apoyo unánime de su grupo. La táctica de restar votos al moderado triunfó en los escrutinios restantes, y si se retiraba Delbos venía a sustituirle el independiente Montel, diputado independiente del Ródano, que defiende el radical de Eduardo Herriot. Intrigas, zancadillas, incluso una de Pinay y Laniel... El 21 y 22 de diciembre. Laniel se da cuenta de que se le trata de reaccionario y de antirrepublicano y en la misma noche en que los radicales deciden reclamar el arbitraje del oráculo, Laniel se anticipa, vuela en coche a París y somete al presidente de la Asamblea a varias preguntas, exigiendo una respuesta categórica: ¿Conoció usted a mi padre? ¿Era, a su juicio, un buen republicano? Sí. ¿Y yo? ¿Cree usted que soy también republicano? Sí. Con la patente de republicanismo puro y sin tacha se volvió Laniel a Versalles exhibiendo el certificado herriotista.

Ya no le podían negar la solidaridad republicana. En efecto, no se la negaron, pero en el voto secreto siguió sin alcanzar la mayoría absoluta. Todo lo más, lo dejaron solo enfrente del socialista Naegelen. No podía continuar el juego, los miembros del grupo de la antigua mayoría gubernamental, contando con el voto del M. R. P., de los gaullistas, tanto disidentes como ortodoxos, es decir, con un número bastante de sufragios para ganar el Elíseo, deciden reunirse y designar el candidato. Fueron dos, como digo antes: Jacquinet y Coty, y este último resultó agraciado. Estábamos en la víspera de Navidad, se

habían celebrado trece sesiones y el escándalo trascendía demasiado. Pinay se reconcilió con Laniel. «Cualquiera antes que Auriol». Este, además, no tendría los votos necesarios para la mayoría absoluta, ni Herriot tampoco. En la reunión de conservadores, independientes, M. R. P., gaullistas y campesinos, la pregunta era invariable «¿Quién?», y la respuesta también la misma: «Cualquiera». Y si Jacquinet no acierta, ¿quién? «René Coty», propuso autoritariamente Laniel.

Jacquinet, por temperamento personal y porque a su joven y ya viuda esposa le interesa mucho la política, haría a su antojo la resolución de las crisis ministeriales. Pero M. Coty, hombre de amistades personales, le dijo al oído a Laniel: «Si, por casualidad me echan al Elíseo, no me abandone, Joseph».

Así terminaron los «siete días de Versalles». Los fastos del gran siglo en la Ciudad de los Reyes, los «rodó» Sacha Guitry días antes en una película, presentada solemnemente en el teatro de la Opera con una interpretación de primer orden, vestuario de época y en el mismo marco de la construcción inmortal de Mansard. Pronto irrumpirá en los cines y los franceses se consolarán de la vergüenza de ahora con el recuerdo de lo que fué. Se titula la película: «Si Versalles vous était conté... vous auriez un plaisir extrême...»

#### M. RENE COTY, SUSTITUTO DE M. AURIOL EN LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA FRANCESA

Un café de Versalles puso en la fachada un gran cartelón durante las últimas votaciones del Congreso del Parlamento:

*«Vuelta del Congreso. Novena etapa. Laniel conserva la camiseta amarilla.»*

En la décima vuelta comenzó a sonar el nombre de M. René Coty,

vicepresidente del Consejo de la República, senador elegido del distrito del Sena Inferior (capital, Ruan). Ha sido ministro dos veces, la primera con Rober Schuman, y la segunda, por pocos días, con André Marie, su paisano, electorero máximo de la región, actualmente ministro de Educación Nacional. Ocupó sin gran relieve el departamento de la Reconstrucción, por representar regiones bien devastadas. Antes fué también diputado en la III República y después, gracias a la amistad con M. André Marie, radical, miembro de la Asamblea Constituyente.

Entre los cargos ministeriales que ocupó estuvo bajo la Presidencia de Tardieu y de Laval. Durante la ocupación alemana, el 10 de julio de 1940, siendo senador, votó la delegación de poderes al Mariscal Pétain, reintegrándose entonces a la vida privada, al recibir las consignas de quien podía dárselas. A pesar de ello, el grupo que dirige Paul Boncour no le puso el veto para figurar en la Asamblea Consultiva. Las amistades personales... y otras... le valieron.

Se asegura que es hombre de convicciones arraigadas, aunque no se conocen con exactitud y en detalle. No será tan astuto como Auriol, pero tampoco un lacrimoso como Lebrun. La vicepresidencia del Consejo de la República (Senado) puede imponerle, en cambio, ciertas obligaciones, especialmente la de restaurar en sus privilegios la segunda Asamblea, que, la Constitución de 1946 relegó a un papel de sancionadora sin discusión de la todopoderosa Asamblea Nacional.

En la reunión de independientes, propuesta por Laniel para designar los candidatos de la coalición gubernamental, susceptibles con sus solos votos de conseguir la mayoría absoluta, el A. R. S. (Acción Republicana y Social) disidentes del R. P. F., propuso a Bergasse (ex alcalde y diputado de Marsella, que perdió el primer puesto al separarse de De Gaulle para ser ministro), a Luis Jacquinet, Jacques Fourcade y René Coty.

Los independientes de Duchet, Pinay y otros, propusieron «por el triste privilegio de la edad» a sus decanos: Pernot y Coty, poniendo en tercer lugar al joven esposo de la señorita Lazard: Luis Jacquinet.

El M. R. P. se contentó con Pernot y Coty, juzgándolos los más inofensivos, para acabar de una vez con el enredo de Versalles.

El señor Pernot, en su dilatada legislatura, no varió nunca de programa: protección de la familia, lucha contra el alcoholismo, etc. De Coty no se sabía nada:

—¿Cuál es el suyo?—le preguntaron.

—No tengo—contestó lacónica y sinceramente.

—Pues será usted el elegido y si no al tiempo.

—¡Ah!, pues será el segundo, porque en mi distrito hubo ya un Presidente de la República: Félix Faure.

En la noche de su elección por el Congreso del Parlamento, el jefe del protocolo le llevó la chistera y la levita de rigor, y luego,



Entre dos escrutinios este pequeño grupo de periodistas aprovechan la proximidad de unas camillas para echar un sueño

después de las alocuciones de costumbre, el prefecto de Versalles le condujo a su dormitorio, que es histórico: en él se alojó Thiers en 1870 cuando no quiso ir a París al ser nombrado Presidente. No pasó allí la noche Coty, prescindiendo del ceremonial y de las genuflexiones del servicio. La señora del prefecto, madame Genébrier, que arreglaba la habitación todos los días, en espera del huésped ignorado, pudo, por fin, descansar. «Ya lo hemos acostado.»

Desdeñando el protocolo, monsieur Coty quiso pasar la noche en su domicilio de París, en el número 5 del Muelle de las Flores (Quai aux Fleurs), a orillas del Sena, en el sitio más delicioso y tranquilo de París, en donde le esperaba su numerosa familia (nueve hembras y un varón). Volvió por la mañana temprano a Versalles a cumplir el rito protocolario de la entrada en París. Monsieur Coty tuvo 477 votos, contra 329 de socialistas, comunistas y algunos moderados, que olieron mal la candidatura inopinada de monsieur Coty. Le sobrarón 30 votos en la mayoría absoluta, los que faltaron a los anteriores que no la consiguieron.

Se formó el cortejo para la fase final de la elección: conducir al Eliseo al nuevo Presidente. Precedido el coche presidencial por los motoristas con guante blanco, su paso por las carreteras asombró a las tropas de la guarnición que rendían los honores y que suspiraron de alivio. Siete días y siete noches a la intemperie estaban aguardando. Era el momento feliz de romper filas. Puente de Vauresson, St. Cloud, allí esperaba el escuadrón de gala de la Guardia Republicana, con el sable desenvainado. El jefe del protocolo, que con Laniel acompañaba al Jefe del Estado, le indicó que al entrar en París debía ponerse en pie, con la chistera en la mano, y saludar a los «abnegados de la brigada de aclamaciones» apostados «siete días y siete noches detrás de las vallas blancas». Por la avenida de los Campos Elíseos el cortejo llegó al Faubourg St. Honoré, donde la guardia presentó armas y pronto se celebró la primera entrevista con el saliente.

—Mi querido amigo —le dijo Auriol—, nunca presidencia fue tan merecida; conservo un gratísimo recuerdo de su colaboración ministerial (no recordaba ni siquiera su voz). ¿Cómo está su señora? ¿Y los nietos?

La señora de Coty es una dama bondadosa y afable, a la que el nombramiento causó gran sorpresa y algo de contrariedad. Su única preocupación en estos días era el árbol de Navidad para sus nietecitos y no tenía tiempo de comprar lo necesario. Así es que no fué al Eliseo hasta el día siguiente para hablar con la señora Auriol de problemas domésticos. El 17 de enero, monsieur Auriol se mudará al Quai de la Mégisserie, la casa de su hijo Pablo. ¿Volverá a la política? No tan pronto, pero lo bastante para justificar el recelo de los socialistas, que temen que Auriol eche a Guy Mollet de la secretaría general y la recobre en el plan de desquite político. En cuanto a monsieur Coty, cuando

Laniel le acompañaba a su domicilio particular, le decía:

—¡Vaya unos líos que me esperan!

#### EL PALCO NUMERO 9

Desconcierto, incoherencia en el hemiciclo y en las salas de juntas. Con el voto secreto de los parlamentarios, todas las intrigas y cabileos de pasillos no desvelaban el enigma de las urnas. Iban y venían los votantes, subiendo a la tribuna, entregando a la derecha una bolita de presencia y metiendo a la izquierda una papeleta en la urna. La voz tonante del socialista Le Troquer, que presidía, resonaba: —Terminó la votación del escrutinio; se dará cuenta dentro de dos horas. Se suspende la sesión.

En las tribunas, el palco número 9 era el más importante. Se reservaba a las familias de los candidatos y miembros del Gobierno. La señora de Laniel, con su hijo y su nuera, una joven pelirroja muy elegante, no se movió del palco hasta la duodécima vuelta. Las señoras de Jacquinet y de Delbos no estuvieron más que el tiempo preciso del desistimiento obligado de sus respectivos esposos. La de Fourcade, tan sonriente como su marido, no se desanimó nunca, y la única que a las pocas horas, dando pretexto de que le habían quitado el sitio, se marchó para no volver, fué la señora de Naegelen, socialista, que también compartía la esperanza de no ver salir del Eliseo a monsieur Vicente Auriol. En ningún momento apareció por allí la señora de Coty.

Se habló de todo durante las interminables sesiones y al acabar las cosas de la política surgió el acuerdo final: la señora esposa de Jacquinet puso sobre el tapete la cuestión de si saldría beneficiada Francia con la elección de una mujer a la Presidencia de la República. Por unanimidad fué rechazada la sugerencia. «¡Qué horror...!», dijeron todas.

#### LAS FRASES «HISTÓRICAS»

Bidault: «Nos retrotraemos a ciento cincuenta años a la revolución; ahora es la del desprecio general.

Otro congresista, amargado como el anterior: «Este es el Rastro (el marché aux puces) de las levitas presidenciales. Balzac no inventó nada en la «Comedia humana». Cosas peores estamos viendo.

En el despacho que ocupaba Laniel en el Palacio de Versalles figuraba un valioso tapiz repre-



Uno de los escrutinios. En el decimotercero sería proclamado M. René Coty Presidente de la República francesa



Una de las galerías del palacio de Versalles animada por los corros de políticos y periodistas que comentaban el desarrollo de la votación

sentando la escena histórica de los Consejos generales, cuando el famoso apóstrofe de Mirabeau al Presidente Marqués de Dreux-Breuze: «Estamos aquí por la voluntad del pueblo y sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas».

Un éxito de risa en los congresistas.

He aquí otra de un parlamentario, maravillado por la esplendidez de los salones del Palacio de Versalles: «Este Luis XIV merecía ser republicano».

#### LOS CANDIDATOS «ESPONTÁNEOS»

Ninguno fué admitido en el recinto del Congreso. Los 450 se



La escolta de honor, motorizada, esperando en Versalles la proclamación del nuevo Presidente para participar en el cortejo que le acompañaría al Eliseo



Cuando la presidencia de la República parecía inclinarse favorablemente en la persona de M. Laniel, los periodistas someten al candidato al fuego de sus preguntas, mientras su adversario, M. Naegle, árbitro de la elegancia francesa, sonríe satisfecho ante el round decisivo que para los dos contrincantes se avecinaba con el triunfo de M. Coty.

quedaron en la puerta. El más consecuente —de siempre— fué Ferdinand Lop, que iba de un sitio para otro, ofreciendo su protección. A Pinay le dijo: —Cuenta usted con la presidencia del Consejo.

—Es usted el único que se atrevería a dárme-la — contestó Pinay.

Daladier le recibió de mal talante:

—¡Vaya a que le encierren!— le dijo con aspereza.

—Lo que usted quiera —repuso Lop—, bastante hacen con prohibirme la entrada en el Congreso, donde he tenido, sí, señor, más de 20 votos, lo cual supone de parte de Le Troquer un abuso, porque incluye mis votos en la categoría de «diversos» sin enumerarlos. En la Academia francesa tuvo dos últimamente y no se escondieron...

En ciertas votaciones llegaron a 40 los votos que públicamente monsieur Le Troquer incluyó en la categoría de «varios» sin citar nombres. Algunos, aparte de los ganados por el consecuente Lop, recayeron en Mauriac, Maurras, Misinguette. El Glau, el Conde de Paris, pretendiente al Trono de Francia y amigo inseparable de Eduardo Herriot; Boussat, propietario de una cuadra de caballos de carreras, el gran de Goll, Biak Boda, diputado parlamentario africano, que

goza de gran predicamento de actas sin electores. Otros nombres se citaron, pues diputados y senadores dieron libre curso a su fantasía.

#### LA TRANQUILIDAD DE VERSALLES

La ciudad de los Reyes ha vuelto a su calma provinciana, los mozos de limpieza de Palacio, riegan y friegan, lamentándose de la suciedad que dejaron los parlamentarios. Estaba cerrado el salón de sesiones, a piedra y lodo, con motivo de los fríos y heladas exteriores, y más de un congresista tuvo que ser asistido en la enfermería por con-gestión. A todo esto, ¿se resolvió en la elección de Versalles alguno de los problemas candentes, tanto interiores como exteriores? Las huelgas de Correos y de Aviación se generalizan y los que esperaban que el designado respondería a cualquiera de los conceptos debatidos en la Asamblea, se quedan a oscuras. Monsieur Coty es neutro en todo, y en «eso» de la C. E. D. (Comunidad Europea de Defensa), que incluye el rearme alemán. Tampoco puede relacionarse la actitud del Congreso con las relaciones internacionales con la U. R. S. S., Inglaterra, Estados Unidos... ¿Qué se piensa del conflicto Este y Oeste? En las votaciones se juntaron elementos de opuestas tenden-

cias. Los degaullistas, adversarios del Ejército alemán, votaron con los resignados en los partidos de derechas, independientes y moderados andaban a la greña. Lastaneau-Lacau, del grupo de campesinos, quería la reelección de Auriol. «Vale más un malo conocido que dos buenos por conocer», decía. Pinay echaba zancadillas a Laniel, Montel se ponía al servicio de Herriot para torpedear a sus correligionarios los independientes, Jacquinet estaba de acuerdo con Mendes France, pero todos por razones de índole personal.

#### DESINTEGRACION DE PARTIDAS

Están los partidos franceses más desintegrados de lo que podría desear el general De Gaulle. La maniobra comunista, mechando la candidatura del socialista Naegelen, con sus 112 votos, quería obligar a sus «primos hermanos» a una política internacional que no sabemos si es la que hoy día preconiza el Kremlin; los radicales, entre la mayoría gubernamental, de que forman parte, y su deseo de que no se les escapa para la Presidencia de la República, fueron de bandazo en bandazo y definitivamente desunidos; los mismos socialistas tienen en su seno tres o cuatro tendencias contradictorias, en política exterior e interior, y fueron a lo inmediato: dejar a Auriol en el Eliseo. El M. R. F. se reservó discretamente para no perder, sea cual fuere la solución, alguna cartera; los degaullistas, disidentes y ortodoxos, al verse solos, se han vaciado del contenido espiritual del R. P. F., y Chaban-Delmas ve por un lado, Soustelle con Daladier por otro y Luis Terrenoire es el único que conserva la pureza del dogma degaullista.

Se acabaron los partidos en Francia. Los partidos sueltos votaron en Versalles.

B. CALDERON FONTE

Se halla a la venta el número 23 de

## POESIA ESPAÑOLA

en el que colaboran Juan Emilio Aragonés, Dmytro Buchinskyj, Pablo Cabañas, Jaime Campmany, Eduardo Cote Lamus, Fernando Díaz Plaja, C. Fernández Luna, José Hierro, Rafael Lasso de la Vega, Ernesto Mejía Sánchez, Rafael Melero, Eugenio de Nora, Leopoldo Pámero, Miguel de Salabert, José María Souvirón

El ejemplar se vende a 10 pesetas. Si desea suscribirse, solicítelo a la Administración de POESIA ESPAÑOLA,

Pinar, 5 :: MADRID

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# ESPAÑA Y EL IMPERIO (1519- -1643)

Por Bohdan CHUDOBA

Spain and  
the Empire

1519 - 1643



BOHDAN CHUDOBA

Al resumir «España y el Imperio» hemos pretendido recoger únicamente el juicio valorativo del historiador checo Bohdan Chudoba sobre tan importante tema, visto desde un ángulo poco corriente: la Europa Central. Tiene singular interés la investigación histórica del autor respecto a la influencia española en el reino de Bohemia, que fué el último baluarte del Sacro Romano Imperio, la concepción política que encarnaba esa idea año a año tan de moda de la unidad fundamental europea que nos transmitió como hijuela de la paz romana la cristiandad medieval y que destruyeron los europeos a costa de los españoles primero y de todas las demás naciones en la última guerra mundial.

Quizá por ese proceso que definió Churchill como «la conversión tardía a lo evidente» están hoy los europeos—este es un buen ejemplo de un checo—en condiciones de comprender mejor que nunca la historia y el ser de España.

Bohdan Chudoba, que ya no puede seguir dando lecciones en el Studium Catholicum de la bella y desgraciada Praga, es ahora profesor de Historia del Iona College, en los Estados Unidos. Como tantos otros, está desengañado de los sueños de aquellos apóstoles del naturalismo y del racionalismo de la época liberal que al mismo tiempo que creaban la leyenda negra antiespañola traerían la esclavitud a las masas y la división y la ruina a Europa. Pero eso era cuando ya España se había desangrado luchando por una sociedad basada en principios morales inmutables con una generosidad y una gallardía que en este libro son objeto de público y documentado reconocimiento.

«Spain and the Empire», 1519-1643.—Por Bohdan Chudoba, Prensa de la Universidad de Chicago, 1952.

## EL ENIGMA DE UNA EPOCA

HUBO tiempos, especialmente en el siglo XIX, en que no se apreciaron en modo alguno los esfuerzos políticos de los hidalgos. La injusta mala fama de Felipe II en relación con la muerte de su hijo mayor don Carlos, que Federico Schiller utilizó para su popular drama, es un caso típico de la estimación histórica que preferían nuestros padres y nuestros abuelos. En cambio, nuestra generación—no por mérito propio—se ha encontrado en una situación en la que por lo menos tiene más facilidad para comprender el pensamiento de los estadistas españoles. Si la estructura levantada por los españoles se vino abajo fué porque se vió minada por la misma concepción «natural» de la sociedad humana y de sus objetivos que en opinión de Maquiavelo era el curso lógico de todos los esfuerzos políticos. Esta «política de naturalidad» fué arraigando más y más en los países europeos. Fué utilizada para apoyar el «derecho natural» de los monarcas absolutistas, una transformación caprichosa del concepto cristiano del Derecho Natural. Fué explotada en mayor grado todavía por los apóstoles de «la bondad natural del hombre» y por los varios sistemas decimonónicos de «reajuste natural de sociedad», mientras duró la época en que los profetas políticos y los dirigentes modernos buscaban un orden natural y científico. Hasta que, por lo menos, una parte de la humanidad descubrió que ese orden nuevo podía significar la esclavitud, y que no proporcionaba libertad creadora, nos resultó imposible comprender a la España imperial. Ahora, transcurridos casi tres siglos, volvemos a estar mejor predispuestos para comprender aquella «política tradicional», una política originada en una serie de principios morales que son útiles para preservar la libertad espiritual del hombre.

## UN PROGRAMA IMPERIAL

Cuando en 1607 Francisco de Quevedo pintaba en una de sus escenas satíricas a Lutero ante el juicio, le colocó al lado de Mahoma y a ambos les hizo pretender ser Judas Iscariote. Ante esto, el propio Judas protestó indignado: «¡Oh, Señor! Yo soy Judas y Vos debéis saber que soy mucho mejor que estos dos; cuando yo Te vendí el mundo salió ganando con ello, mientras que ellos, vendiéndose a sí mismos, a la vez que te vendían a Ti, no han acarreado más que destrucciones al mundo». Después de salvar a Europa de Mahoma los españoles se impusieron la misión de salvarla de Lutero. Pero por entonces ya el Emperador había terminado su larga peregrinación en busca de la unidad europea.

## YO, EL REY

Lo más característico de Felipe II era su celo por la justicia y el sentido del deber extraordinariamente desarrollado. Si hubo alguna vez un gobernante deseoso de no ser injusto para nadie, ese fué Felipe. Puede decirse que desde el comienzo de su reinado la economía española había ido decayendo. Los financieros eran más fuertes que el Rey. En el año 1575, cuando se había resuelto, por lo menos parcialmente, el problema de la defensa contra los turcos; pero surgían nuevas dificultades en los Países Bajos, la Tesorería del Rey llegaba a un punto de casi absoluta falta de solvencia.

¿Estaba el Reino al borde de la ruina? Ciertamente, no. Era un Reino que iba a cambiar su misión tradicional—la de defender Europa contra los invasores mahometanos—por otra misión, lanzándose como consecuencia de ello a una guerra larga y desastrosa.

## MUERTE DE FELIPE II

Las últimas semanas de la vida de Felipe fueron, como es sabido, una prueba extremadamente triste.

Treinta agujeros tenía;  
por poco que le tocase  
muy grande dolor sentía...

Cantaba el pueblo en una balada compuesta con motivo de su muerte. En el gran palacio de El Escorial que él había construido y a donde había venido a morir, estaba colgado el cuadro en el que el Greco le había representado arrodillado entre los Santos, pero muy cerca del abismo de la condenación eterna. El simbolismo que el Greco tenía en su mente era, desde luego, de carácter religioso. Pero, ¿No había también allí una alegoría política? Todo el pensamiento político de Felipe, desde el comienzo mismo de su carrera, había girado en torno a la idea central del orden tradicional. Su difunto padre le había recomendado que defendiese ese orden. Aceptó la tarea con toda seriedad e hizo todo lo que pudo para cumplirla. No tuvo la culpa si concibió el orden tradicional de una manera más bien estática y no comprendió sus fuerzas dinámicas. Pero lo que no cabe duda es que comprendió una cosa: que Europa no corría menos peligro ante el imperalismo turco, ahora que se estaba él muriendo, que cuarenta años antes. ¿Debería enviar una gran fuerza expedicionaria desde el sur de Italia a través del Adriático y asestar un golpe en el corazón de los Balcanes? Este fue uno de los planes estratégicos que meditó hasta que empezó su enfermedad mortal. Pero su vida estaba exhausta.

### ¿OTRO IMPERIO?

El Rey de España había muerto. Durante medio siglo los hombres habían estado acostumbrados a obedecer sus órdenes, admirar su gloria u odiarle. Pero ya no estaba allí, en su sobria habitación de El Escorial. El vacío que se nota al morir una gran personalidad se hizo sentir indudablemente en este caso. Y los que se concentran

en el estudio de los gobernantes y sus acciones pueden decir de Felipe III que es el primer Rey que personifica el ocaso del poderío español.

Sin embargo, si seguimos el desarrollo de las relaciones entre España y el Imperio y la política exterior española en general, no encontramos mucha diferencia entre la época de Felipe II y la de Felipe III. Por el contrario, nos sentimos inclinados a considerar esta última como culminación de la anterior. No hubo ningún cambio grande en la política española bajo el duque de Lerma. La idea de un bloque occidental, tal como había sido formulada por Carlos V y perseguida por su hijo, siguió siendo el principio rector.

Un factor que ayudó enormemente a difundir la gloria de España al empezar el siglo XVII fue la creciente popularidad del sistema absolutista.

Las tendencias absolutistas de los Reyes que tenían sus raíces en la historia medieval de Europa no fueron un simple fruto de ambiciones personales. Por una serie de razones se hicieron generalmente aceptables e incluso populares. Las disputas religiosas y los conflictos del siglo XVI venían a añadir una nueva razón a las anteriores. Aumentaba continuamente el número de personas que vivían en países atormentados por luchas religiosas que deseaban un poder capaz de restablecer la paz interna. La centralización absolutista era una solución atractiva de todas las dificultades internas, en todos los países y en todos los Estados.

Es evidente que el sistema de administración creado por Felipe II tenía un atractivo cada vez mayor, aun después de que su autor hubo cerrado definitivamente sus cansados ojos. Constituía una tentación para los que se oponían al movimiento protestante y se mostraban impacientes por buscar una solución, sin confiar en la fuerza de la persuasión y dudando de que fuese posible la coexistencia pacífica de dos o más concepciones cristianas en un solo Estado. También atraía a aquellos que, hartos de disputas religiosas, y aun más de guerras de religión, deseaban paz y orden. También atraía a los ambiciosos. En el sis-

## DE LAS PIEDRAS, PAN

## TODAVIA NO

AL iniciarse el año 1954, los españoles tenemos sobrados motivos para reafirmarnos en el júbilo y en la alegría de la esperanza. Diversas circunstancias nos hacen confiar en el futuro. Podríamos hablar del Concordato y del acuerdo con los Estados Unidos, pero basta fijarnos en nuestra interna realidad para poder experimentar el estremecimiento y el gozo de un optimismo realista y activo. El año 1953 a los españoles nos ha proporcionado un gran caudal de esperanza.

Existe un viejo periodismo cuyo principal recurso dialéctico es el aire de tragedia, el pánico total frente a los males del mundo y el temor a toda innovación por inocua que sea. Nosotros creemos que en este momento cualquier artículo pesimista estaría injustificado. Creemos, asimismo, que la moral de la comodidad, por un lado, y la moral del miedo, por el otro, han contribuido en gran medida al desorden social que existe en muchos países del mundo y a la falta de rigor y de precisión en las ideas.

En la actualidad, empero, está de moda el tema de la esperanza. Numerosas son las obras teológicas modernas que versan sobre esa virtud, tan desatendida en el siglo pasado. En España ha sido traducido un estudio de Pieper con este título: «Sobre la esperanza». El católico de nuestra hora quiere liberarse de las realidades pequeñas y provisionales que absorben con frecuencia sus energías para mirar desde más arriba, para ver las cosas con una conciencia más profunda, desde un

punto de vista permanente. Este afán de horizontes amplios y universales que caracteriza a los sectores más vivos y creadores del vigente catolicismo, así en orden al pensamiento, a la doctrina, como en orden a la acción, a la organización del apostolado, sólo se puede sostener con el impulso creador de la esperanza. Pieper afirma que frente a la desesperanza que es un «ya no» y la presunción que es la afirmación del «ahora», está la actitud del hombre esperanzado, activo y realista, que afirma «todavía no». Nosotros, españoles y católicos, terminamos el año con esta actitud. Creyentes en el futuro y al mismo tiempo descontentos del «ahora», porque aspiramos a mucho más. Pero nuestro descontento no puede esterilizarse por un camino de pesimismo, aunque este pesimismo tenga aire y petulancia intelectuales, sino que lo queremos fecundo por la acción, el esfuerzo y el trabajo.

El hábito que se ha apoderado de amplios sectores de contar con el Gobierno para la resolución de todas las dificultades es responsable de que puedan arraigar procedimientos que pugnan con la iniciativa privada y el respeto a la personalidad de cada cual en numerosos países. Una buena orientación doctrinal y práctica entre nosotros debe comenzar, sin duda, estimulando la iniciativa de los organismos de la sociedad. En este terreno de estímulo y de valoración de todo lo que se realiza en España, sea por iniciativa de particulares, sea por los organismos paraestatales, se ha des-

tema español había una serie de carreras prometedoras para los nobles que un siglo o dos antes sólo habría podido satisfacer sus aspiraciones organizando una facción sediciosa.

En una palabra, el poderío español, aunque su desarrollo prácticamente se había detenido, continuaba expandiéndose como leyenda y como ejemplo. Como un ejemplo atractivo. Así era considerado por la Europa Central, y esto condujo a decisiones que iban a tener consecuencias trágicas.

España cayó del pedestal que ocupaba como gran potencia al final mismo del reinado de Felipe III, al estallar la guerra de los Treinta Años. Pero los veinte años transcurridos desde la muerte de Felipe II hasta la defenestración de Praga habían de ser testigos de la culminación de la influencia española. Esta evolución había de hacerse aun más notable en Bohemia, el país donde iba a empezar la guerra. En ningún otro país fué tan directo el contacto entre la influencia española y sus contrincantes. En los Países Bajos la frontera militar funcionaba como una especie de barrera. En Alemania, las fronteras entre los principados protestantes y católicos estaban casi definitivamente fijadas y los príncipes católicos alemanes, bajo la presión de la opinión pública nacionalista, evitaban, más o menos, la influencia española. Pero en el reino de Bohemia un miembro antiguo y todavía independiente del Sacro Romano Imperio, las dos esferas de influencia se penetraban mutuamente.

Por una parte la reforma luterana se iba abriendo camino hasta el corazón del país. Su progreso no era un simple proceso de propaganda ideológica. Era mucho más. Cada vez que se nombraba un predicador luterano o se confiaba una escuela a un maestro protestante prevalecía la lengua alemana—el idioma de la famosa traducción de la Biblia de Lutero—sobre la lengua checa. Así fué germanizada toda Silesia, lo mismo que muchos distritos fronterizos de la misma Bohemia y de Moravia. En las tierras más ricas se asentaban nobles alemanes. Su influencia política era cada vez mayor. En 1561 dos inmigrantes alemanes fue-

ron recibidos en la Dieta de Bohemia junto a los habitantes del reino. En 1565 volvemos a ver a estos dos hombres figurar entre la nobleza de la Dieta.

Por otra parte, la simple presencia del embajador español en Praga y los contactos constantes entre España y la Corte Imperial bastaban para dar un fuerte apoyo a los católicos checos, tanto de rito romano como de rito checo, reuniéndose en un grupo cuyas esperanzas estaban cifradas en España.

Llegó un momento en que el embajador, Zúñiga, de acuerdo con el Nuncio papal en Praga, envió a Madrid a un entusiasta predicador capuchino, Lorenzo Brindisi, el futuro Santo, con la misión de explicar la situación en que se encontraba el Imperio al Rey Felipe y pedirle que ayudase a la Liga Católica si es que llegaba a constituirse. La desesperada situación del Emperador y la posibilidad de que el reino de Bohemia siguiese a los Países Bajos en su marcha revolucionaria bastaron para cambiar la política exterior de Madrid. Antes de que Brindisi llegase a la capital en agosto de 1609, Felipe III había decidido ya concentrar una gran fuerza en Nápoles y el Milanesado lista para su envío a Europa Central en caso de necesidad.

Tres cuartos de siglo después de haber estado en manos españolas, el viejo reino de Bohemia se convertía en el centro de un trágico capítulo de la historia de la preponderancia española. Zúñiga escribía al Rey Felipe que si el Emperador se ponía del lado de los protestantes y aceptaba un sucesor elegido por ellos, los católicos podrían perder el título de Sacros Emperadores Romanos. Pero aun en este caso era más importante conservar Bohemia que conservar el título imperial.

Por su parte, en Bruselas, Ambrosio de Espinola declaraba abiertamente que Felipe III debía recordar que su madre era hermana del Emperador y declarase a sí mismo heredero de Rodolfo y sucesor suyo en Bohemia. ¿Iba a revivir al cabo de estos años el Imperio de Carlos V?

#### EL CAMINO DE ROCROI

Las guerras no deberían ocupar un lugar tan destacado en la Historia. Aun cuando un conflicto signifique un jalón para la humanidad a través del tiempo hay que tener en cuenta que un jalón no sirve de nada sin un camino, mientras que en cambio los caminos pueden existir sin jalones. Desde luego, se ha considerado a la guerra de los Treinta Años como la frontera entre dos épocas. El entusiasmo de los años anteriores murió en el campo de batalla por el escepticismo inicial de una nueva época. La catástrofe, en sí misma, no añadió nada a lo que se había logrado en las décadas precedentes. No hizo más que destruir y consumir.

También destruyó la alianza de familia sobre la que se habían basado las relaciones entre España y el Sacro Romano Imperio desde los días de Carlos V. Y casi llegó a destruir totalmente a España y al Imperio. En las dos décadas que siguieron se desarrollaron simultáneamente dos guerras: una religiosa en la que estaba en juego la existencia y el carácter católico del Sacro Romano Imperio y otra por la preponderancia militar de Europa en la que España fué batida por Francia. Los dos conflictos empezaron juntos y terminaron separadamente. Con ellos pereció la idea de la política tradicional que había moldeado la época de la preponderancia española.

El tratado de paz de los Pirineos entre Francia y España fué concluido en 1659. Significó no sólo la confirmación de la posesión por parte de Francia del Rosellón y del Artosis, juntamente con algunas ciudades de la frontera oriental, sino, sobre todo, el reconocimiento por parte de España de la preponderancia francesa en Europa. Pasaron los días en que la riqueza fabulosa y el extraordinario poderío de los Reyes españoles habían servido de fondo a unos planes idealistas.

¿Cuáles fueron los resultados de esos planes? No debemos juzgarlos por las devastaciones materiales que dejaron tras sí. La fuerza dramática de una historia está en la historia misma y no en el silencio que se produce al terminar su narración.

arrollado el semanario EL ESPAÑOL, prosiguiendo en este primer año de su segunda etapa la trayectoria iniciada cuando su aparición después del Glorioso Movimiento Nacional. Se ha dicho que nuestro semanario es el periódico de los pantanos; nosotros deseamos que sea el periódico de la realidad española. Un semanario optimista y esperanzado, con un optimismo ajeno al color de rosa y ajeno asimismo a la adulación y al tópico. El periódico de los hombres con la mano ocupada.

El año para los españoles nos ha dado, repetimos, nuevos motivos de esperanza. En lo internacional y en lo interno. Los que escribimos en esta revista, revista del optimismo y la esperanza nacionales, nos podemos sentir reconocidos a este año clave para nuestro país que será el 1953 y creyentes ya en lo que nos depara el 1954. El Estado y la sociedad española están en un momento creador. La iniciativa privada hace en España honor a los éxitos obtenidos por la actual política española. De la unión y coordinación entre el Estado y la sociedad puede salir ese futuro del cual el ahora —el 1953 ó 1954— no es otra cosa que la semilla. Para ello en 1954 y siempre el equipo de EL ESPAÑOL, abierto a todos los españoles, estará unido alrededor de las grandes verdades que nos llevaron a la Victoria bajo la jefatura de Francisco Franco. Evidentemente puede cada uno de nosotros —usted, querido lector; aquél y yo mismo— encontrar algún motivo personalista de disconformidad. Pero no importa. Las instancias de unidad son mucho más fuertes y decisivas. Y en último extremo, aun en nuestras posibles discrepancias personales, sabemos, como dice el proverbio chino, que para luchar contra la oscuridad es preferible encender una vela que maldecir las tinieblas.

Claudio COLOMER MARQUES

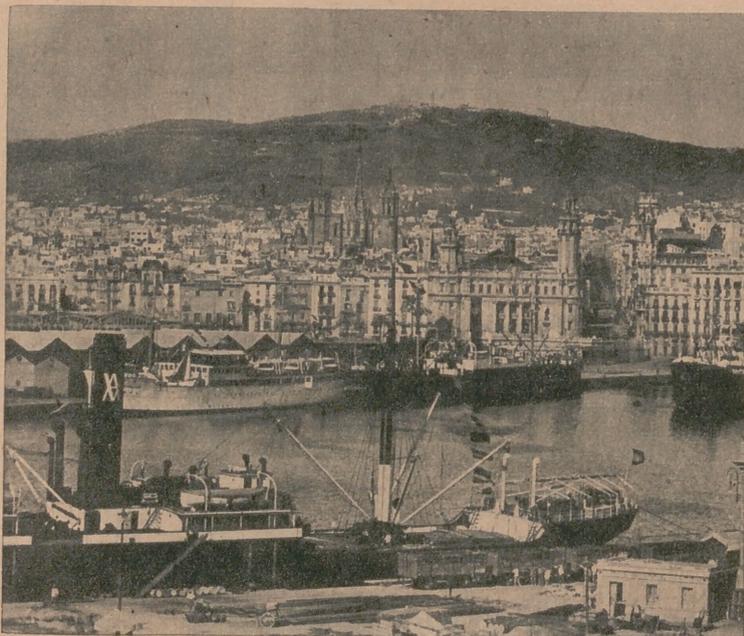
La CAMARA ESPAÑOLA DEL YUTE agrupa a 70 fábricas españolas, con un total de 50.000 obreros, y moviliza 1.000 millones de pesetas al año. Por una importación concertada con Gran Bretaña, atendida con divisas obtenidas de sus propias exportaciones, la CAMARA ha iniciado una renovación completa del utillaje fabril de la industria yutera española.



# CAMARA ESPAÑOLA DEL YUTE

La CAMARA ESPAÑOLA DEL YUTE tiene un carácter íntegramente privado. NO ES UN CARTEL NI UN TRIST. Es una Sociedad Limitada civil de la que forma parte, por su libre y voluntaria asociación, el 99,5 por 100 de la industria yutera española. A través de ella se realizan importaciones de yute, exportaciones de arpillera y saquerío de yute puro, importaciones de maquinaria precisa para esta industria, etc.

De los puertos de Barcelona, Valencia, Bilbao y Sevilla salen continuamente para todo el mundo vapores nacionales y extranjeros con arpillera de yute manufacturada por las fábricas españolas y vendida de acuerdo con las normas generales de la libre competencia internacional. Mercados que hace años no adquirían un solo kilogramo de estos productos compran ahora con regularidad millones de yardas de arpillera, que revalorizan nuestra mano de obra, aumentan nuestro prestigio nacional y suponen un ingreso considerable de divisas para nuestra economía.



# LA RENTA NACIONAL MARCA EL PROGRESO ECONOMICO DEL PAIS

Una suma de productividades presentan favorablemente al año 1954 en la vida económica de España

SE llama Renta Nacional al valor expresado en moneda corriente de la suma de todos los bienes individuales que provienen de la participación de todos los hogares en todas las producciones y en toda clase de servicios. El grado de desenvolvimiento económico de un país viene definido por su Renta Nacional. Observando la variabilidad de la Renta Nacional puede colegirse en qué manera o de qué modo aumentará o disminuirá en lo sucesivo la totalidad de la riqueza de la nación y, en definitiva, el nivel de vida de sus habitantes.

Por tanto, una acertada política económica encontrará reflejo adecuado en el logro de sucesivos y cada vez más altos niveles de Renta, si se mide en unidades monetarias internacionales, de mayor cantidad de moneda por individuo o de superación absoluta en el conjunto de la renta nominal.

La Renta Nacional es el índice que muestra el incremento o el retroceso del nivel medio de bienestar como resultado de una mayor expansión industrial y de una mayor productividad en el trabajo.

La productividad es el rendimiento por hora-trabajo de un individuo activo en el conjunto de actividades profesionales de la nación. El que aumenta la Renta por individuo activo es señal de que la productividad ha aumentado. Al aumentar la productividad ocurren, entre otras, dos cosas: que el trabajo se ha racionalizado en mayor grado, con lo cual por el mismo esfuerzo anterior se obtiene un mayor rendimiento en cantidad de productos y, por consiguiente, en totalidad de riqueza, o que ha habido una redistribución de los individuos encaminada a que éstos se ocupen en aquellas actividades más en consonancia con sus particulares aptitudes personales, que llevan análogamente al mayor rendimiento en cantidad de productos. Esta racionalización del trabajo o esta redistribución del personal activo, al estar auxiliada por máquinas adecuadas, produce una mayor cantidad de bienes, que repercuten, en definitiva, en el nivel de vida de la comunidad. Un ejemplo de esto es la producción en serie. Salen entonces al mercado una mayor cantidad de productos con un precio más barato y, por tanto, susceptibles de ser comprados por una mayor cantidad de población consumidora, la cual, en función de este aumento de productividad, ha aumentado su capacidad adquisitiva, con lo que se ha elevado el nivel medio de vida de los elementos humanos integradores de aquella población.

El incremento de la Renta Nacional es una consecuencia de la aplicación de la técnica a la producción. Al crearse nuevas actividades la masa de fuerzas de trabajo disponible encuentra nuevos lugares de ocupación y, aún cuando las nuevas actividades restarán potencial económico a las existentes, éstas, al ver disminuir su cantidad disponible de fuerzas de trabajo, se ven obligadas a incrementar la producción unitaria, es decir, la



En la industria tiene lugar también este aumento de productividad global de productos manufacturados

productividad por persona empleada, contribuyendo de esta manera a la elevación del nivel de renta de la nación.

La Renta Nacional es la suma de las productividades individuales; luego la elevación de la Renta Nacional estará influida por el progreso de la técnica de la producción. Veamos cómo todas estas premisas hacen presentar un favorable porvenir para el año de 1954 en la vida económica de España, teniendo en cuenta todo el proceso anterior de aumento de la Renta Nacional.

## ESTABILIDAD DE LA MONEDA

La Renta Nacional no es sólo, desde luego, una función de los factores naturales de cada país ni de las particulares configuraciones profesionales de cada pueblo. Es fruto de algo más; es consecuencia de la suma de los esfuerzos oficiales y privados encaminados a conseguir una economía floreciente y próspera.

El obrero más competente eleva su nivel de vida al emplearse en mejores condiciones de remuneración



La Renta Nacional de España se da en dos cantidades monetarias: una, en pesetas de cada año, que es el valor actual de los bienes y servicios producidos y efectuados, y otra en pesetas del año 1929, que es una medida relativa para contrarrestar el influjo que la depreciación de la moneda pueda tener en la valoración de los conceptos que integran la Renta Nacional.

Pues bien, en el año 1942 el valor de la renta nominal era de 53.578 millones de pesetas; el año pasado, en el mismo concepto, la renta nominal fué de 250.340 millones de pesetas. De igual modo se ha superado, en pesetas del año 1929, la media del quinquenio 1926-30 y la del 1931-35. El valor medio de la Renta Nacional, expresada en pesetas del año 1929, del primer quinquenio citado, fué de 23.571 millones de pesetas y el valor medio de la Renta Nacional en el segundo quinquenio considerado, fué de 24.880 millones de pesetas del año 1929. Desde el año 1946 estas dos cifras ya fueron rebasadas y, salvo el ligero retroceso del año 1949 —siempre teniendo en cuenta que nos referimos a pesetas del año 1929— se ha llegado el año pasado a la cifra de 34.038 millones de pesetas como expresión del valor neto de los bienes producidos y servicios prestados por la nación en este último año y que pueden ser objeto de uso, consumo y ahorro por todos los individuos residentes en esta extensa y férrea piel de toro que es España.

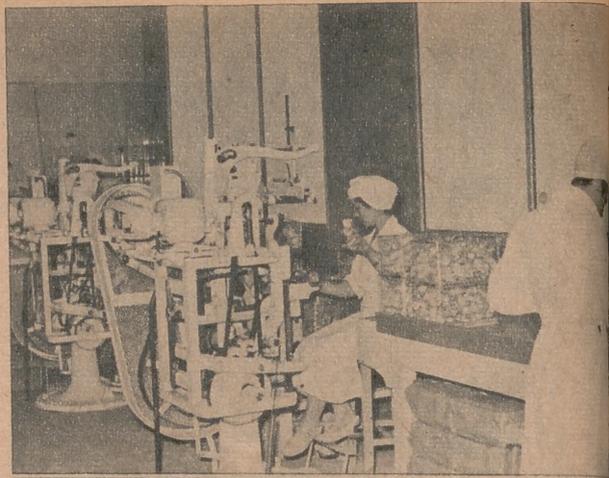
Si se comparan estas cifras de la Renta Nacional de 1952 con las de 1951, se ve que la capacidad adquisitiva de nuestra moneda ha adquirido ya una estabilidad apreciable. Teniendo en cuenta que los 233.851 millones de pesetas de la renta nominal de 1951 se transforman en 32.071 millones de pesetas del año 1929, se deduce que el incremento de pesetas nominales es del 7 por 100 y el de pesetas reales el del 6 por 100, es decir, una cantidad sensiblemente igual, debido a esa estabilidad de los precios y de la capacidad adquisitiva de la moneda a que hemos hecho referencia.

#### ELEVACION DEL AGRO

Observando, pues, la serie de la Renta Nacional puede inferirse que, aunque no varían las actuales condiciones técnicas de nuestra industria y se conservasen tal como están ahora, el aumento de la Renta Nacional continuaría, quizá con un ritmo más estacionario, pero continuaría. Mas teniendo en cuenta el avance técnico de la industria, las perspectivas de recepción de maquinaria en virtud de los recientes acuerdos internacionales y la cada vez mayor y mejor formación profesional del trabajador español —tanto manual como especializado— no es aventurado afirmar que el próximo año de 1954 representará un enorme avance en las dos cifras de la Renta Nacional, avance que se traducirá en el mejoramiento de las instalaciones industriales existentes y en la implantación de otras nuevas y más capaces para toda clase de actividades como consecuencia forzada del aumento de productividades individuales que son, como ya hemos dicho, las que componen el conjunto de la Renta Nacional.

Naturalmente, de dos países en igualdad de condiciones morales obtendrá mayor beneficio aquél que resulte más favorecido por la naturaleza. Sin embargo, hay factores que tienen más importancia que el puramente geográfico. Tales son la racionalización de la producción y la implantación de nuevas industrias. Ya Adam Smith decía que «la intensidad económica depende de la pericia, destreza y juicio con que se aplica generalmente el trabajo a la producción». Esta pericia, esta destreza y este juicio se expresan modernamente en mayor cantidad de energía que mueva las fábricas y en mayor cantidad de máquinas que contribuyan a la velocidad y al abaratamiento de la producción que se lanza al mercado. Cuando la Renta Nacional se eleva, es consecuencia de este aumento de fábricas, ya que las fábricas no son más que entes reguladores y distribuidores de la mejor disposición del conjunto de máquinas en orden a la especialidad de la producción a la que están dedicadas.

Pues bien, esta creación de potencial de trabajo por parte de la industria lleva a una absorción de material humano que, antes estaba entregado a las faenas agrícolas. Entonces el campo, al disponer de menos brazos, se ve forzado a lograr una mayor productividad en los individuos que le quedan disponibles. Como aumenta la Ren-



La creación del potencial trabajador en la industria lleva a una absorción de material humano antes dedicado a las faenas agrícolas

ta Nacional, aumentan de un modo paralelo los ingresos medios de todos los individuos, aumenta la capacidad adquisitiva de la generalidad de la población y aumenta, por tanto, la demanda de limentos y de materias primas agrarias, ya que se crean, a tenor de la elevación de la Renta, una elevación de necesidades de otro tipo, más lujosa si se quiera en la anterior concepción del término, pero que ahora resultan de primera necesidad. Es el caso, en otro orden de cosas, de la asistencia a sesiones de cinematógrafos de grandes núcleos de población que hace tan sólo seis años no sentían la menor necesidad de admirar las dotes seductoras de Ava Gardner ni las conquistas femeninas de Joseph Cotten o Gregory Peck, por ejemplo. Por consiguiente, menos hombres no han de producir lo mismo, sino que han de producir más, ya que, por otra parte, ha de tenerse en cuenta el aumento regular de la población. Se constituye en esta circunstancia un estímulo suplementario al incremento de la productividad del trabajo en la agricultura y se derivan, de esta manera, dos beneficios: uno para el propio agricultor que, al agudizar el ingenio y emplear medios racionales de cultivo, ve aumentado, con menor mano de obra, sus cosechas y, por ende, sus ingresos, y otro para el consumidor, que tiene posibilidad de adquirir en el mercado mejores y más delicados productos alimenticios que antes, debido a sus bajos ingresos, le estaba vedado adquirir.

La elevación del nivel de vida agrícola al aumentar los medios racionales de cultivo como consecuencia de la favorable perspectiva de la Renta Nacional, es una de las consecuencias que se deducen para el año 1954.

#### NEUVAS Y MEJORES INDUSTRIAS

En la industria tiene también lugar este fenómeno de aumento de productividad y de aumento global de creación de fuentes originarias de productos manufacturados. La demanda de fuerzas de trabajo por parte de las industrias de nueva creación se ejerce, en una primera fase, sobre la misma población industrial. Con ello el obrero más especializado o el obrero más competente, en suma, eleva su nivel de vida al emplearse en mejores condiciones de remuneración que las que anteriormente tenía. Puede encarecerse la mano de obra disponible, desde luego, pero en un plazo breve estos obreros especializados se convierten a su vez en los maestros de las nuevas generaciones trabajadoras que, viniendo, por ejemplo, del medio rural, ven aumentados sus ingresos medios y elevado, en definitiva, su nivel de vida. Una parte de las nuevas industrias se dedican a fabricar útiles y maquinarias para labrar la tierra, con lo cual se aumenta la productividad unitaria agrícola y nos encontramos en el caso anterior.

Para cada nivel de Renta, es decir, para cada Renta Nacional en concreto, ha de existir en la nación una serie de medios instrumentales indispensables para alcanzar el volumen de producción que corresponden a aquella Renta Nacional



El campo, al disponer de menos brazos, se ve forzado a lograr una mayor productividad en los individuos que le quedan disponibles

que se considera. Por eso, a medida que aumenta la Renta Nacional se perfila, en la agricultura, un mayor volumen de máquinas y de cabezas de ganado que relevan a la mano del hombre, a la vez que un mejor y más completo sistema de regadíos y de obras hidráulicas que conviertan en terrenos doblemente productivos aquellos que hasta hace poco lo eran de secano. Este mismo fenómeno, con sus peculiares características, se vislumbra en la industria. El incremento de la producción de bienes físicos lleva anejo una mayor red de transportes que distribuya esta producción por todo el país con su correspondiente secuela de carreteras, vías férreas, barcos de cabotaje, líneas de aeronavegación, etc. Al alcanzarse un nuevo nivel de producción, con sus transformados productos en calidad y cantidad, a la par que la introducción de otros antes inexistentes, se pueden llevar a cabo importantes obras cívicas, tales como embalses o centrales térmicas capaces de generar energía aprovechable luego por las mismas industrias, embellecer las ciudades dotándolas de mejores condiciones de habitabilidad y salubridad y un auge rápido en los medios culturales y artísticos, anejo a toda superación en el orden material. La Renta mide el volumen de producción, sea cual sea su origen. Y, como en este caso que tratamos, al poderse observar una fuerte tendencia al aumento en la Renta Nacional, queda bien patente esta tendencia al aumento en la producción, ya que ambos fenómenos están conexiónados y no son independientes uno del otro, antes al contrario, guardan estrecha correlación y dependencia.

#### MEJOR ALIMENTACION

De esta suerte, la industrialización de un país, medida por el volumen de su Renta Nacional, es el generador de su progreso económico. Para desarrollar una energía hacen falta máquinas, materias primas que sean por ellas elaboradas, fuentes de energía que muevan a aquellas máquinas y una técnica directora que ordene acertadamente todo este conjunto. Cuando esta técnica triunfa, la Renta Nacional aumenta; cuando esta técnica fracasa —bien sea por incapacidad o por falta de elementos materiales— la Renta Nacional disminuye. En España no ocurre esto, al contrario, estamos ante la más favorable alza en la Renta Nacional a lo largo de los últimos veinte años.

Hay además otro aspecto que ha de tenerse en cuenta. Las actividades económicas pueden considerarse divididas en dos grandes grupos: uno, que es el que hemos analizado, integrado por las fuerzas de trabajo destinadas a obtener el volumen de producción corriente; otro que labora para el futuro y crea los bienes de nuevo capital que permitirán más adelante el aumento de la Renta Nacional en los años venideros. Se produce así una capitalización en la Nación, destinada a la creación de nuevas fuentes de trabajo. Es lo que ocurrió en Estados Unidos antes de llegar a su actual Renta Nacional. Mientras mayor sea la formación de capitales destinados a la inversión

creadora de fuentes de trabajo más rápido será el aumento de la Renta Nacional, y ahora, precisamente, nos encontramos en este periodo. El mecanismo ahorro-inversión es el que realiza de forma automática esta asignación.

Consideremos, por último, el capítulo de la alimentación. En España se ha observado en estos últimos años de normalización una tendencia al consumo en mayor cantidad que antes de carne, leche y derivados lácteos, huevos, pescado, etc., mientras que el consumo de trigo, alubias, garbanzos y arroz ha disminuido proporcionalmente. Esto indica que las perspectivas de nuestra Renta Nacional son muy favorables. Cuando la Renta Nacional de un país está en una tendencia de aumento, el incremento de la demanda de productos agrarios se verifica, más que en cantidad, en valor. Y esto ha ocurrido ahora en España.

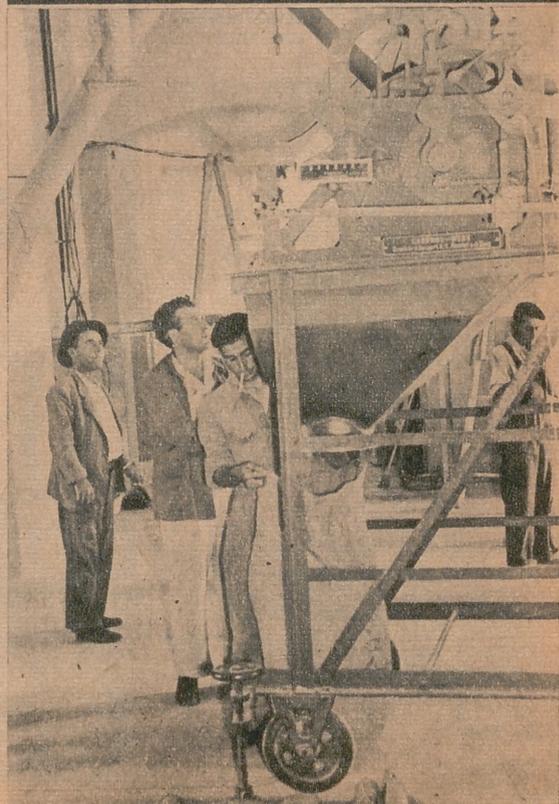
#### CONCLUSIONES

Resumiendo: el año de 1954 traerá—se puede demostrar científicamente—un gran aumento en la Renta Nacional. Este aumento repercutirá en la creación de nuevas fuentes de riqueza. Las nuevas fuentes de riqueza serán de tres tipos: agrícola, industrial y de servicios. En la agricultura se verificará una mayor mecanización del trabajo del campo, lo cual, unido a los regadíos puestos en servicio, aumentará la cantidad total de la producción y la productividad individual, que compensará la falta de mano de obra dedicada a la industria. La industria creará más y mejores fuentes de riqueza que permitan nivelar estas afirmaciones teóricas. Al producirse la instalación de nuevas fábricas, junto con el mejoramiento de las ya existentes, se dará trabajo a una nueva masa de mano de obra, especializada o no, y se aumentará la producción de bienes encaminados a elevar el nivel de vida de sus consumidores. Y, por último, los servicios sufrirán una modernización y un mejoramiento en cuanto a condiciones de rapidez, sanidad y comodidad. Todo ello, unido al ahorro destinado a proporcionar nuevas inversiones en un plazo más largo, permitirán mirar con acendrado y máximo optimismo este año rentable de 1954 que ahora comienza.

Gaspar DE CALDERON

(Fotos de Mora, Mamelam y Torremoncha.)

La constante más característica en la industria agrícola es el mayor estímulo al incremento de la producción en los medios racionales de cultivo



# LAURENTI BERIA O "EL DOCTOR JECKILL Y MR. HYDE"

## PROCESO, CONDENA Y EJECUCION

## DEL PODEROSO FOUCHÉ GEORGIANO

### Contrapunto del pliego de cargos y de la gran enciclopedia rusa

CUANDO todo el mundo esperaba asistir al proceso de Beria, después de su rocambolesca «excursión» por el extranjero y en el curso del cual se repondría la vieja y desacreditada comedia de las famosas purgas del 39, en las que tan lucido papel tuvo Andrei Vichinsky, he aquí que de Rusia nos llega la nueva de haber ya procesado, condenado y ejecutado al ex todopoderoso Fouché georgiano. Tratándose de un capitoste comunista podemos decir que Beria ha muerto de muerte natural, pues sólo los burgueses mueren de arterioesclerosis o de embolia, enfermedades reaccionarias.

La Prensa soviética hizo la crónica necrológica de Laurenti Beria con los adjetivos acostumbrados en estos casos: espía, traidor, reaccionario, etc., etc. Como tantos otros colegas suyos, el jefe de la M. V. D. georgiano, como Stalin, se convirtió, de la noche a la mañana, en todo lo contrario de lo que había venido siendo desde la revolución. Estamos habituados ya a estas fulminantes metamorfosis que en veinticuatro horas hacen de un héroe un cobarde, de un comunista feroz una ursulina y de un amigo del pueblo un agente del consabido Wall Street, calle que jamás deja de ser citada en los procesos soviéticos. Pero en el caso de Beria, triunviro heredero de Stalin (en artículo mortis), el contraste entre las versiones ya angélicas, ya demoníacas, divulgadas por la Prensa rusa nos ofrece un espectáculo singularmente parecido al de la famosa novela de Stevenson «el doctor Jeckill y mister Hyde», llevada a la pantalla con el título «El

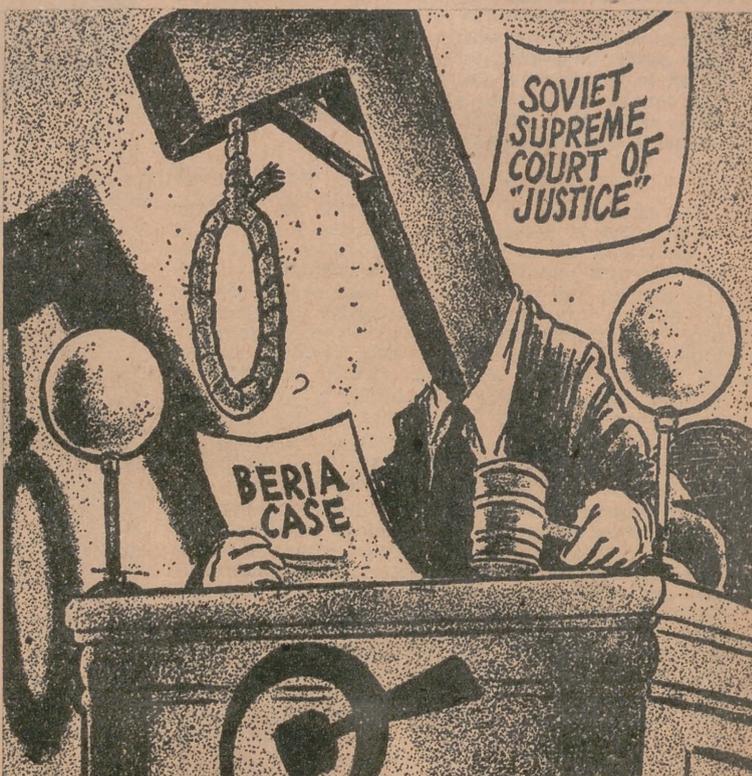


Los jerifaltes soviéticos marchan tras el féretro de Stalin. El Zar ro- les dejó la herencia de la discordia para que se devoraran entre ellos. El primero en caer ha sido el georgiano Beria, que camina el segundo a la derecha, meditativo y astuto

hombre y el monstruo». Así tenemos un Beria bonísimo, por un lado y un Beria monstruoso por otro sin dejar de ser el mismo; un Beria que durante el día trabajaba para la causa del proletariado y durante la noche un Beria que trabajaba a favor de los «imperialistas». La primera versión puede encontrarse en las enciclopedias comunistas editadas

anualmente; la segunda, en los cargos que le llevaron expeditivamente al patíbulo. He aquí las maldades de Mr. Hyde-Beria, seguidas, en cada apartado, por las bondades del Dr. Jeckill-Beria:

**CARGO NUMERO 1**  
«Beria estableció enlace con agencias extranjeras de espionaje, ya en tiempos de la guerra



El fiscal de todos los procesos soviéticos es siempre la Muerte, esta vez simbolizado en la horca por un dibujante americano. («The New York Times»)

civil. En 1919, Beria, que se encontraba entonces en Bakú, incurrió en traición prestando servicios a una agencia secreta del servicio de información del Gobierno contrarrevolucionario de Mussavattist, del Azerbayán, que actuaba bajo el control de organismos británicos de espionaje. En 1920, en Bakú, cometió otra traición estableciendo contacto con la policía secreta Menchevique, en Georgia.»

#### LOA NUMERO 1

El Diccionario Político publicado en Moscú en 1940 decía, por el contrario, que Beria había ingresado en el partido bolchevique en 1917. «En los años 1918-20, durante el período en que los mussavattistas y los mencheviques se hicieron dueños del Cáucaso, realizó trabajos clandestinos en Bakú y Georgia. Fué detenido por los mencheviques y metido en la cárcel.»

#### CARGO NUMERO 2

En los años que siguieron Beria estuvo permanentemente en contacto con espías extranjeros, a los que protegió contra los castigos que merecían. «Mantuvo también contactos secretos con los emigrantes contrarrevolucionarios mencheviques georgianos y con agentes de servicios de espionaje extranjeros.»

#### LOA NUMERO 2

Aparece en la Gran Enciclopedia Soviética, publicada en Moscú en 1950: «De 1921 a 1931, Beria desempeñó cargos directivos en los organismos soviéticos de espionaje y contraespionaje. Beria cumplió las instrucciones del Comité Central del partido comunista, realizando un gran trabajo en la destrucción de los partidos clandestinos antisoviéticos, Menchevique, Dashnafi y Mussavattista, como también de los trotskystas y otros grupos antisoviéticos. Beria fué recompensado por su lucha contra los contrarrevolucionarios en el Cáucaso.»

#### CARGO NUMERO 3

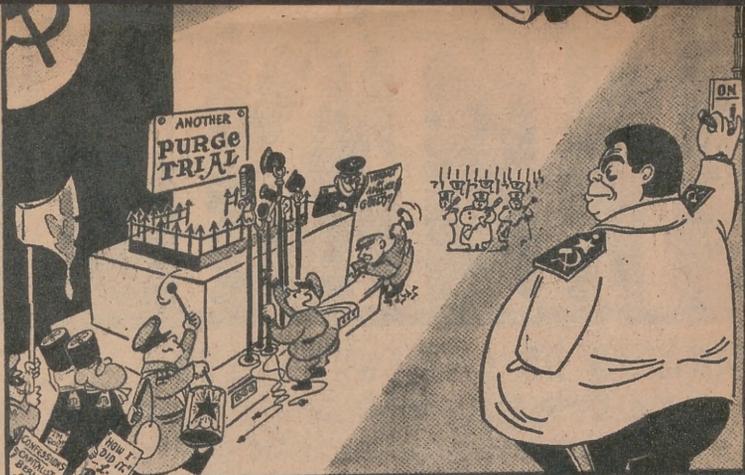
Beria empleo como métodos la mentira, la intriga y toda clase de provocaciones contra los trabajadores honestos del partido y contra los gobiernos locales que sospechaban su hostilidad al Estado soviético. Con estos métodos logró alcanzar puestos principales en Transcaucasia y Georgia, juntamente con sus cómplices, comportándose arbitrariamente con la gente que no le seguía en sus traiciones al partido y al Estado.

#### LOA NUMERO 3

De la misma fuente. «Las organizaciones del partido en Transcaucasia y en Georgia, bajo la dirección de Beria, realizaron un gran trabajo para el fortalecimiento de la organización de las filas del partido para la educación ideológica de los miembros del partido, etc. Fué condecorado con la Orden de Lenin por su extraordinario éxito en el desarrollo de la industria y de la agricultura durante un período de años en las repúblicas de Georgia y del Azerbayán.»

#### CARGO NUMERO 4

Se dedica a glosar las actividades de Beria como organizador



La gran farsa del proceso Beria, donde su rival, Malenkov, dirige el montaje para el exterior, resulta ya inevitablemente repetido. Sin embargo... el «teatro burocrático» parece que sigue gustando a los rusos. (De Yardley, en «The New York Times»)

de criminales complotos contra los honestos cuadros del partido, a los que quería exterminar. También se el acusa de intentar debilitar la capacidad defensiva de la Unión Soviética.

#### LOA NUMERO 4

La misma fuente: «De 1938 a 1945, Beria fué comisario del pueblo para los asuntos internos de la U. R. S. S. Hizo un gran trabajo mejorando las actividades de los organismos chekistas (o sea, de la Policía Secreta). Un decreto del Presidium del Soviet Supremo, fechado en 30 de septiembre de 1943, nombró a Beria héroe del trabajo socialista por sus servicios especiales en el terreno del aumento de producción de armamentos y suministros bélicos en las difíciles condiciones del tiempo de guerra. Por servicios extraordinarios prestados al partido comunista y al pueblo soviético, Beria fué condecorado con cinco Ordenes de Lenin, con la Orden de Suworov de primer grado, con dos órdenes de la Bandera Roja y con siete medallas de la Unión Soviética.»

#### CARGO NUMERO 5

Después del fallecimiento de Stalin, Beria aumentó sus actividades subversivas para alcanzar sus criminales objetivos, utilizando especialmente los organismos de la M. V. D. para la conquista del Poder.

#### LOA NUMERO 5

Esta vez la hizo el propio Beria en su discurso, nombrando a Malenkov primer ministro. En este discurso Beria dijo de su futuro verdugo: «Nuestro partido y todos los pueblos de la Unión Soviética reconocerán y respetarán profundamente al camarada Malenkov como talentoso discípulo de Lenin y como leal camarada de armas de Stalin.»

#### CARGO NUMERO 6

«Habiéndose convertido Beria en marzo de 1953 en ministro de

asuntos internos de la U. R. S. S. comenzó más intensamente a poner en puestos dirigentes del ministerio del Interior a los miembros del grupo de saboteadores..., los cuales persiguieron e hicieron víctimas a los trabajadores de la M. V. D. que se negaban a cumplir las criminales instrucciones de Beria». Se le acusa también de pretender resucitar los restos de los nacionalistas burgueses.

#### LOA NUMERO 6

El 6 de abril de 1953 el periódico «Pravda» publicó un comunicado del Ministerio del Interior en el que se decía que un grupo de personas (los famosos doctores judíos acusados de traición, actividades terroristas, etc., habían sido injustamente encarcelados por el anterior ministro del Interior, el cual había obtenido sus «confesiones» en virtud de métodos «inadmisibles y específicamente prohibidos por las leyes soviéticas». Este comunicado apareció en la Prensa rusa exactamente un mes después de haberse hecho cargo Laurenti Beria del Ministerio del Interior.

El lector no necesita romperse la cabeza para deshacer este crucigrama. De lo único que puede estar seguro en todo caso es de que ninguno de estos dos Berias es el auténtico Beria. Ni héroe ni traidor. Entre otras cosas, un aspirante al poder supremo que ha fracasado. Y en cuanto a la veracidad de estas historietas recordemos que los comunistas rusos han hecho suya aquella famosa frase de Federico II: «Si es necesario ganar alguna cosa por vía de honestidad, nosotros seremos tan honrados como los que más; pero si es preciso recurrir a la mentira nosotros nos convertiremos en unos bribones.»

Fueron y son unos bribones.

El impresionante relato de «La niña que jamás creció», de la novelista norteamericana Pearl S. Buck, que hemos venido publicando en las páginas de nuestro semanario, será en breve puesto a la venta por la Editorial Planeta

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 110



Funerales del Zar rojo en la Casa Sindical de Moscú. Empezando por la izquierda: Molotov, Vorochilov, Beria y Malenkov meditan frente al cadáver de Stalin las posibilidades de cada cual



Laurenti Beria, implacable ex jefe de la Policía soviética, cuando aun no había palidecido su estrella

## LAURENTI BERIA

o "EL DOCTOR JECKILL y MISTER HYDRA"

PROCESO, CONDENA Y EJECUCION DEL  
TODOPODEROSO FOUCHE GEORGIANO

CONTRAPUNTO DEL PLIEGO DE CARGA  
Y DE LA GRAN ENCICLOPEDIA SOVIETICA

AMPLIA INFORMACION  
A PARTIR DE LA PAG. 62